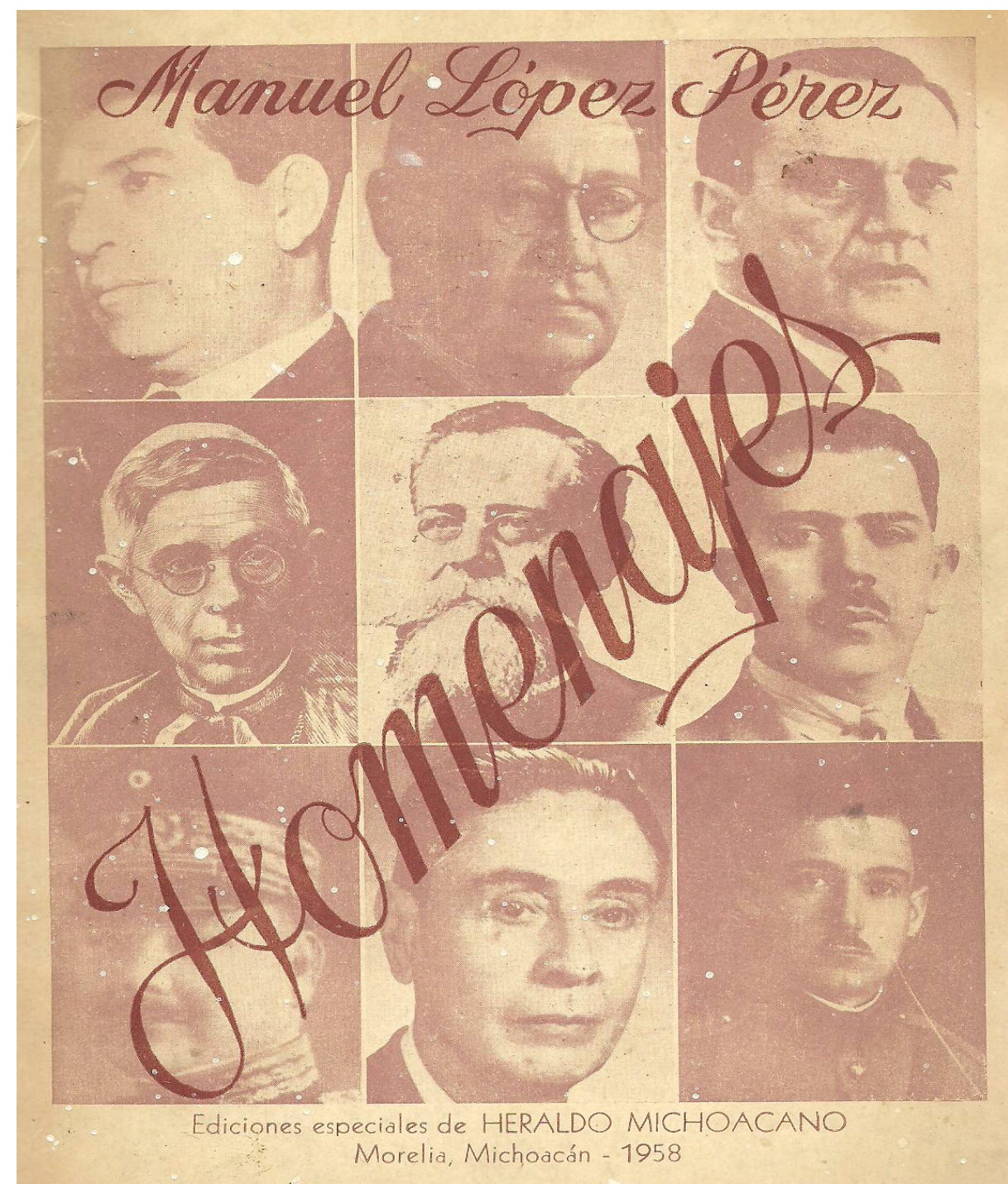




Manuel López Pérez

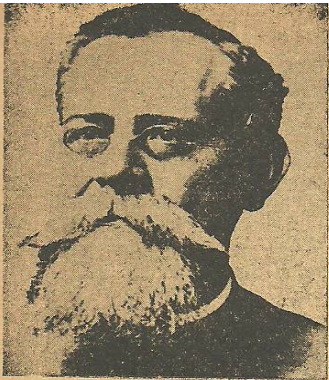
Homenaje

Ediciones especiales de HERALDO MICHOACANO
Morelia, Michoacán - 1958

Manuel López Pérez

Homenajes

Ediciones especiales de HERALDO MICHOACANO.
Morelia, Michoacán — 1958



D. Venustiano Carranza, ilustre Jefe de la Revolución de 1913, y Presidente de la República cuyos restos reposan en el Monumento de la Revolución

D. Venustiano Carranza.

Con preferencia a cualquier filosofía, con preferencia a cualquier doctrina, dejo que impresionen mi conciencia, con relación a la verdad histórica, los juicios que contienen las grandes, las luminosas intuiciones populares. Hoy estamos bajo las arquitectuaras más robustas que haya levantado el pueblo mexicano después de las pirámides toltecas y de las majestuosas catedrales , y ante los restos que guarda la urna que, en hombres devotos, peregrinó desde los bordes de la tumba igualitaria, hasta este nuevo gran teocalli de la fe nacional; estamos en el Monumento a la Revolución y ante los restos de Venustiano Carranza.

Los huesos que reciben nuestro tributo de amor y admiración en un culto laico, ¿pertenecen a un hombre tal como ha sido historia por sus enemigos? Muerto el hombre y sin el poder sus amigos directos, ¿cómo es que nos encontramos en este sitio, bajo este monumento dedicado a perpetuar la memoria de la Revolución Mexicana, y ante los despojos mortales de quien ocupando este santuario cívico parece ser un dueño, como el autor lo es de una obra, de esa que las arquitecturas aluden?

La tumba de Cuauhtémoc nos es desconocida, pero honramos al héroe sobre la urna de Cortés; los caudillos de la Independencia tienen su lámpara encendida al pie del ángel de

Para mi hijo
Monus Pontaud López Méndez,
con la varonil ternura
de su padre.
M. López
Monclis, Mich.,
a 10.º de Sept.
de 1981.

historiado

la Victoria; la tumba de Juárez recibe culto en San Fernando; el sepulcro de Madero recibe devociones en el panteón francés, y mientras esto sucede, sólo Carranza ocupa el Monumento de la Revolución.

Yo, que siempre subo a la tribuna temblando, porque la tribuna es la cátedra sagrada del civismo, quiero explicar que Carranza se encuentra aquí por la voluntad nacional iluminada por una intuición clara, deslumbradora como las auroras boreales.

La historia, y en esta vez la historia de América, enseña que los grandes hombres suelen tener, como los soles, sus transitorios ocasos: los Andes, que "un día se inclinaron ante la subyugante mirada de San Martín", lo hubieron de ver dirigir la proa de una nave buscando un rincón del mundo para su exilio, después de una entrevista con Bolívar en favor del que, generosamente, abdicó de su gloria. Y después de muchos años, cuando un escritor joven rompió el silencio popular extendido sobre el héroe, narrando la batalla de Chacabuco; cuando se habló del grande y de lo que fue más que nunca en la entrevista de Cuayaquil; cuando se vió que la "razón para condenar a los grandes hombres es que la condenación de las grandes figuras absuelve y agranda las pequeñas; entonces, la rehabilitación de San Martín se hizo, lenta, larga como si de suyo se hiciera en la conciencia humana; sin argumentos, sin panegíricos, sin controversia. En veinte años se había saciado el celo, la envidia, y las pasiones satisfechas purificaron, —como los insectos purifican la atmósfera,— la Historia. ¿Qué decir contra el héroe, si se le había hecho abandonar la obra? Y la voz de Sarmiento saludó al fin las cenizas del gran caudillo, cuando regresaron a su propio sitio, al lugar de honor de la Patria suriana".

Semejante ha sido la glorificación de Carranza, y es que las intuiciones justicieras del pueblo han llegado a crear el mito sutil que modifica y agranda los cantos de Homero cuando el mérito de alguno de sus héroes no es reconocido y no es premiado: Correspondían a Ajax, como herencia, las armas de Aquiles. Un Consejo de Jefes las cedió a Ulyses, pero en el primer naufragio de éste, cuenta Paussanias, bogaron sobre el mar hasta que pudieron detenerse en la isla donde estaba el sepulcro del bravo Telamonio.

Así, la historia se ha purificado en torno de Carranza, y

por eso honramos aquí al hombre en cuyos ojos brilló el genio tras la severidad de los lentes; al hombre cuya barba se derramó sobre su pecho como un haz de corrientes caudalosas cargadas de destino. ¡Esto confirma que la historia, como decía Tácito, es narración, pero también sentencia, y sentencia para la eternidad!

*
* *
*

No pretendemos que Carranza haya sido un hombre perfecto, porque la perfección, como la verdad, no se encuentra en un solo hombre. La verdad se integra con lo que cada hombre posee de ella, y la perfección de la misma manera, puesto que perfección es belleza y la belleza es verdad: Se cuenta en "México y su Evolución Social", que Zeuxis, encargado por los crotonianos de embellecer el templo de Juno, exigió un gran número de mujeres hermosas, como modelos, porque —explicaba— así se acercaría más a la belleza —recogiendo de cada mujer su tributo ideal— al hacer la estatua de la Diosa.

No pretendemos que Carranza sea perfecto, no; pero afirmamos con la energía de la convicción, que Carranza fue un héroe, y esto sin privar a nadie de mérito alguno, porque sería injusto piratear con la virtud, llegando a la desgracia de inventar, con malicia, un Zapata, para negar a Don Venustiano; de rebajar a Obregón para exaltar a Carranza; de exaltar a Villa para denigrar a Obregón, y así sucesivamente ungir con óleos santificantes a unos a costa de los otros. Los héroes no pierden su condición de hombres y en esos límites —¡pequeños y grandes a la vez!— hay que honrarlos a todos. Por lo demás, nada hace más daño que contrariar el afán con que el pueblo hace mitologías, porque el pueblo es infalible cuando atiende a su corazón iluminado por la mirada de la fe.

*
* *

Se ha dicho que Carranza fué porfirista, y en verdad fue senador durante tres lustros. Pero "los revolucionarios de antes de 1910 (Madero sobre todo) —dice Cabrera—, no pensábamos al principio en derrocar al General Díaz; lo que queríamos era que se respetaran y fueran efectivos los derechos de todas

las clases sociales y especialmente de las clases proletarias y de la clase media. Y el mismo Madero, en los últimos días del mes de abril de 1910, después de la Convención del Tívoli en que se había designado la fórmula Madero-Vázquez Gómez, pedía al Dictador, en célebre conversación, que cumpliera, al menos, la promesa de la entrevista Creelman, permitiendo una elección libre en cuanto al Vice-Presidente". La característica "de hombre del pasado" también la tuvo Juárez con su gobierno de Oaxaca. Por lo demás, no fué porfirismo reprochable el porfirismo de Justo Sierra.

Don Venustiano Carranza fue, también, amigo de Don Bernardo Reyes, como lo fueron otros muchos hombres muy ilustres; pero dados los antecedentes históricos, Madero acaudilló cuando Reyes hubo declinado su candidatura.

Cuando, poco antes de que culminara la campaña presidencial, y el voto público fuera burlado, se encarceló a Madero en San Luis Potosí; cuando habiendo escapado el apóstol se se formuló el Plan Revolucionario que triunfó en los Arreglos de Ciudad Juárez; cuando se permitió el interinato del Presidente Blanco y finalmente, cuando cambiada la fórmula Madero-Vázquez Gómez por la fórmula Madero Pino Suárez, el caudillo llegó al poder, contó entre sus viejos luchadores a Don Venustiano. Al venir el pronunciamiento de Félix Díaz y Mondragón, culminó con el cuartelazo de Huerta y fueron asesinados el Presidente y el Vice-Presidente; y cuando amenazada la Cámara había aceptado a su tiempo la renuncia arrancada pérfidamente a las víctimas, y cuando la mayoría de los Estados toleraron el crimen y reconocieron al usurpador, no con vacilaciones, como dicen los irresponsables historiógrafos, pues tan sólo hay ocho días de intervalo entre la tragedia y el grito revolucionario de Coahuila, Carranza se levantó en armas para vengar a los caídos y continuar en la entorpecida marcha de la Revolución. Al triunfo del movimiento que tuvo como plataforma de principios el Plan de Guadalupe, don Venustiano cumplió su palabra y convocó a la Convención que le ordenó continuar en el mando; y nada importa que no hayan asistido, mañosamente, los villistas y los zapatistas, azuzados los primeros por quienes habiendo callado, emboscados en y durante el huertismo, y mal vistos y peor tratados por éste, fueron recibidos por el Primer Jefe, cuando se agregaron, con prudente desconfianza. Y es tiempo de decir que la división revo-

lucionaria fue obra de éstos, pues Carranza, queriendo aprovecharlos para que frenaran los extremosos arranques de Villa, los colocó cerca de éste, y lo que hicieron fue encender en el guerrillero la animadversión para el varón de Cuatro Ciénegas. Decimos entonces, que no obstante trasladarse la Convención a Aguascalientes, diz que para deliberar con libertad, asistieron los delegados carrancistas, y habiendo sido presionada la asamblea por el villismo, tuvo Carranza probada razón para desconocer sus acuerdos, pues es curioso que convencionistas como Obregón se pusieran a las órdenes de Don Venustiano, y que Eulalio Gutiérrez, Presidente convencionista, no hubiera podido gobernar. ¿Quién iba a regir los destinos de México; el villismo o el zapatismo? Don Eulalio Gutiérrez y Vasconcelos, su historiador, han dado la respuesta narrando su fracaso y cómo pusieron a Villa fuera de la Ley y del mando.

La postulación de Bonillas es otro cargo al ilustre hombre que hoy honramos. Concedemos que fue un error práctico, pero fue un acierto en cuanto a principios: se trataba del civilismo y la franqueza de Obregón resulta justiciera en una de sus certeras y agudas frases. Los generales, —dijo— hemos librado al pueblo de sus enemigos, pero ¿quién lo librará de nosotros? Esta interrogación se la había hecho también Carranza, y por ello quería en la presidencia un civil, un hombre de letras, un cultivado ciudadano. En esta última lucha el Presidente fué infortunado. Fue asesinado un 21 de mayo en Tlaxcalantongo, y transitoriamente fue condenado al olvido a veces, y a veces al oprobio que fue lanzado sobre su memoria, sobre su obra trascendental.

*
* *

El Presidente Carranza trabajó en la realización de la justicia social. La reacción fue abatida. Se cultivó la ciencia, se protegió la industria, se fomentó el arte. La Ley del 6 de enero de 1915, dictada en Veracruz, canalizó las aspiraciones agraristas, y el Congreso Constituyente, reunido en Querétaro en 1917, bajo la inspiración del Primer Jefe, dió a la Constitución el contenido avanzado de los artículos 27, 28, 123 y 130. Mejoramiento de la clase trabajadora; golpe a la libre concurrencia mediante las actividades de control del Estado; entendi-

miento de la propiedad como función social; reconocimiento de la personalidad jurídica de los Sindicatos y Organizaciones de Trabajadores para la defensa de sus intereses. Además quiso don Venustiano redimir a la mujer haciéndole más humana su situación jurídica en las relaciones familiares; marcó los lineamientos más adecuados para que el Gobierno cumpliera su misión de educador y vigilara la salubridad pública; limitó a la Iglesia a los confines de su ministerio espiritual haciendo que se inhibiera de la posesión de bienes y de intervenir en asuntos de poder temporal; por último, fue su ensueño la unidad nacional mantenida con lazos de cultura propia de México, pero sin desconocer la necesidad de entroncarla con la cultura criolla, hispanoamericana, peninsular y europea en general.

Con respecto al Artículo 3o. Constitucional, como con relación a otros, los historiadores **amigos de la musa del baile**, han insistido en su crítica consistente en quemar frases en los pebeteros de la legislación colonial y tildan de jacobino a Carranza. Estos filósofos en nada parecen estimar la persona humana. No es cierto que hombre alguno pueda pertenecer a otro hombre, sea quien sea porque la persona no es cosa. La persona es el contenido esencial, totalizador del ser, que la hace única, insustituible, sin precio, precio correspondiente solo a las cosas que lo admiten como una equivalencia. Estos devotos del imperio español serían capaces de hacer el elogio de la castración de niños denunciada y anatematizada por el padre Feijóo, nada más porque así lo desearan, en servicio de Dios, el padre de familia y el Estado, con el objeto de dar sopranos a los coros de la Iglesia. Estos hombres que copian páginas enteras a Francisco Bulnes, deberían recordar que el corrosivo lenguaje del tribuno, sintetizó así la lección española a sus esclavos: "creer y agacharse", "no creer, pero agacharse", "callar y obedecer"; es decir, se señaló a los hombres de la colonia el deber de la mula, el del carnero, el del perro, el del buey. El indio tenía que leer en su altar de adobe —las onrmas morales porfiristas fueron eco de la lección colonial— "fuerza y piedad"; el famélico, en sus textos de desnutrición, "sable y empleo"; el reaccionario en su egoísmo, "sable y privilegios"; y la clase intelectual: "sable y chivos", entendiendo por éstos lo que se entiende en Cuba: negocios sucios **convenidos entre el gobierno y los particulares**.

Sépanse estos señores colonialistas, que el Estado no es para crear derechos individuales (como diría Bentham), sino para lograr un conjunto de condiciones bajo las cuales los derechos que pertenecen a los hombres como posibles contribuyentes al bien común, puedan llegar a actualizarse. Es necesario que se comprenda que la voluntad, en el gobierno, debe sustituir a la fuerza, porque el supremo bien que los políticos rechazaron como finalidad del Estado, era un bien concebido teológicamente, y ahora se concibe ese bien como la libertad, a la que se llega por el principio laico de la razón. Así, la democracia es una forma de desarrollo, y no una forma de gobierno ni una doctrina abstrusa.

Carranza postuló en su legislación el valor de la personalidad, la igualdad metafísica de los hombres, la fe en la colaboración obtenida por el método de persuasión.

Carranza fue un carácter, porque el carácter no es sino fuerza ordenadora; actitud de disciplina frente al caos; conciencia que dicta la creación de la historia. El recreó la Patria, vislumbró su destino y orientó su conducta hacia la realización de su ideal. Así nació el héroe. Todo héroe es la síntesis de dos amores: el amor de sí mismo —afán de exaltación— y el amor a los demás —sentido cósmico de la vida concreto en actos generosos—. Todo héroe auténtico es un amante. Todo amante auténtico, es un héroe. Carranza se amó a sí mismo; amó mucho a la humanidad. El primer amor le dió su prestigio deviniendo su autoridad; el segundo amor lo condujo a labrar una Patria. Pero el héroe impone su orden, o no lo impone, pero muere violentamente, trágicamente o bien declinando en el horizonte de su propia historia. La resolución de encararse con las pasiones o con el caos, para hacer ética personal o para complicarse en el devenir universal aun a costa de morir, eso es el heroísmo. Carranza arrancó sus designios al hado, decidió luchar con la fatalidad, consiguió vencerla, y murió, pagando su victoria histórica.

No murió como Sigfrido, atravesado por la lanza de un héroe; no murió como Roldán, abrumado por el número de sus enemigos; murió como un redentor: traicionado. Pero esa muerte fue tan solo la muerte física, porque el heroísmo, en esto semejante a lo que postula la ley de la conservación de la energía, subsiste como una causa en sus efectos, con la diferencia de que el valor de las ejemplaridades históricas no per-

manece igual, sino que se sobrecarga dinámicamente en la cultura.

Que esto último es verdad, lo prueba nuestra presencia aquí, recordando al caudillo. La conducta es parte de la estatuaría, —dice un ilustre maestro mexicano—, porque debe ser resuelta, grande, de manera que pueda esculpirse en bloques; debe ser acción que merezca la eternidad, porque lo ruin y lo mediocre no subsisten; el asco o la indiferencia los maten. La muerte no es quizá, sino la supresión de lo feo, de lo monstruoso, de lo malo. En la eternidad no hay nada de esto, pues aun cuando todas las acciones quedan fotografiadas en el panorama sin términos, nadie mira las falsas, las monstruosas, las feas, las malas; como no hay quien las ame —concluye el maestro—, nadie las evoca y jamás resucitan: se confunden con la nada.

Nosotros estamos resucitando a Carranza, y en presencia del hombre vivo, pedimos al pendón patrio que lo envuelve, diciéndole con frases de Miguel Madrigal: ¡Bandera de México, "quien toque a tu Carranza, con el reptil de tu águila se mira estrangular...!!

21 de mayo de 1948.

Palabras pronunciadas en el Monumento a la Revolución, en honor de D. Venustiano Carranza, al ser trasladados sus restos a ese recinto consagrado por la Patria.



El gran Internacionalista Mexicano, Sr. Lic. Isidro Fabela; Ministro de Carranza que luchó por la salida de los americanos que habían invadido territorio Mexicano en 1914; diplomático toda su vida, representó al país como su Delegado en la Sociedad de Naciones, fue Gobernador del Estado de México y Juez de la Corte Internacional de Justicia. Es escritor, poeta, historiador, cate-drático, político de altos vuelos y patriótica trayectoria. Autoridad para tirios y troyanos.

Lic. Isidro Fabela.

Para hablar sobre el señor Licenciado don Isidro Fabela, sería necesario escribir un tratado sobre educación. La razón ya queda apuntada: es un Maestro. Lo que no es lo mismo que decir Profesor. Precisamente en esta diferencia se funda lo que podría llamarse mi pesimismo pedagógico, porque si ha de tenerse presente para definir el optimismo, que la educación lo puede todo en el perfeccionamiento del hombre, para el pesimismo aludido, el mío, ha de considerarse que el Profesor es muy limitado en sus alcances y por ello casi desaparece ante el concepto que se expresa con la palabra Maestro. Es éste y no aquél, el que debe ligarse con nuestro pensamiento cuando hablamos de educación y le atribuimos poderes suficientes para transformar valiosamente una entidad —que estrictamente hablando no pasa de entidad biológica— en humana. Sólo la vida educa, nos aseguraron en las aulas, cate-dráticos inolvidables, y el maestro constituye la personificación del ethos vital actuando en la formación de la persona. Por eso la información de la escuela es casi nula como influjo de perfección, y la verdadera configuración personal —personismo, antropología filosófica, son conceptos que deben ligarse al vocablo "personal" que acabamos de usar,— la logramos en contacto con las ejemplaridades que la vida nos regala, burlando con ello las pretensiones de los programadores y de

los fabricantes de horarios para las labores docentes organizadas, consagrandos sus fueros al demostrar que la verdadera educación tiene un magisterio cuyos miembros trabajan sin más patente o título que los atributos que les impuso el destino de "ladrones de almas", de salvadores de espíritus. Ladrón de almas es llamado Sócrates, y la advocación la merece como pocos don Isidro Fabela. Para educarse hay que penetrar en una atmósfera, y este término, de origen astronómico, concierne —diremos con una subraya pleonástica—, a los astros, y astros humanos son los auténticos maestros. Sólo ellos crean ámbito en cuyo seno se muestran, como en el último canto del "paraíso", los círculos concéntricos que irradian los fulgores de los tres atributos divinos: bondad, verdad y belleza. La educación se encuentra por ello, potencialmente, en el seno de la vida social, incluyendo las virtualidades del educando, y objetivamente, en mostración de aciertos, en las regiones extraescolares, porque el magisterio-vida, los maestros-vivos, están allí.

En mis andanzas fuera de mi amada patria michoacana, tuve la fortuna de encontrar un día al señor Licenciado Fabela. Circunstancias imprevisibles, inesperadas, propiciaron el nacimiento de nuestra amistad que yo no acepté con la significación ordinaria de la palabra, sino exigiendo que se le llamara como lo que yo quería que fuera: una disciplina en cuanto a mí; un magisterio en cuanto a él. Y el astro generoso me acogió cordialmente en su campo gravitatorio, en el campo donde prodiga los fulgores de su enseñanza.

Necio hubiera sido aceptar vanidosamente la advocación de amigo que me ofrecía, porque la amistad —decía el viejo Aristóteles— ha de definirse como una igualdad entre iguales, y yo no era su igual: nada tenía yo de su genio de escritor, nada de su astro poético, nada de su capacidad para los enfoques novelísticos, nada de jurista —él es una autoridad indiscutible en Derecho Internacional, aquí y en donde quiera, ahora y siempre—, nada de político en la noble acepción con que se designa al hombre de Estado. Pero si me encontraba huérfano de estos atributos, desamparado he sido siempre por las virtudes más esenciales; la capacidad de comprender al semejante, que nos permite actuar en nuestras relaciones con él, compadeciéndolo sin humillarlo, guiándolo sin deslumbrarlo, auxiliándolo sin sustituirlo, es decir, respetando la sin-

gularidad de su conciencia y por ello consagrando con ese respeto el dogma de la dignidad humana. Yo he carecido siempre de la inclinación al bien; mi alma pecadora se complace en consentir las tentaciones, y el Maestro Fabela era todo lo contrario, el predicador con la palabra y con el ejemplo, de los principios de justicia que algunos fariseos llaman caridad.

Por ser él quien es y yo quien soy, mi amistad tenía que haber sido ante el Lic. Fabela, una disciplina, una actitud de aprendizaje, una conducta de veneración. Y eso, eso sí he tenido la satisfacción de lograrlo y de presumirlo, de ostentarlo.

En este libro que recoge mis devociones por los hombres que me han enseñado con su vida, en la proporción en que yo podía comprenderlo, lo que sé de lo bueno, de lo bello, de lo justo, el Maestro Fabela no podía faltar. El iniciado está escribiendo con respeto el nombre de los luminares. A Fabela le debo estímulos, consuelos en su condición de hombre negado en su propia tierra, apoyo en sus afanes de luchador universitario con el estandarte de Caso levantado como un lábaro de combate, consejo en los trances de sus luchas como Jefe del hogar y formador de sus hijos, regalos de optimismo en las jornadas de ciudadano. Fabela historiador, Fabela Revolucionario maderista, de la XXVI Legislatura atropellada por la tiranía; Fabela el Estadista, Fabela el tratadista, Fabela el cultivador de la novela mexicana, el poeta, el diplomático, Fabela el Maestro, el hombre, le ha dado al autor de esta nota el afecto, la estimación, la oportunidad que por otros hombres, en otras tierras, le han sido negados. Que ello explique el énfasis devoto con que expresa los méritos de un hombre que a cada semejante le regala un universo, al descubrirle, al ayudarlo a descubrir su propia esencialidad, el universo íntimo de su propia conciencia.

Maestro indoibero llamó Humberto Tejera al señor Licenciado Fabela, y aunque la advoción es justa, es limitada, tal vez porque en ella hizo caber su autor la connotación que a él le pareció universal. Pero este "universal" es el vocablo preciso para calificar el Magisterio fabeliano. Que se lea "Belice", "Los Estados Unidos contra la Libertad de los Pueblos de América", "La Doctrina Drago", "Neutralidad", "Cartas a Lázaro Cárdenas", "La Política Internacional de Cárdenas", etc. y quien haya comprendido el mensaje que la obra del Lic. Fabela contiene, verá que el hombre a quien estamos llamando

Maestro, es efectivamente un astro humano alumbrando los horizontes de la Patria. Y que allí lo quisiéramos tener por los siglos de los siglos, como un Mentor, como un faro, como un centinela y como un exponente de nuestros anhelos, como el símbolo tutelar de nuestros destinos.



Don Adolfo Ruiz Cortines, Preclaro Presidente de México. El ha propiciado la esperanza de "tiempos magníficos".

D. Adolfo Ruiz Cortines

I

¡Feliz quien logre hacer una leyenda de su hombría de bien! (Alfonso Hernández Catá.- Mitología de Martí).

La senda del deber es el camino de la gloria.- Tennyson.

Nos conviene, y también conviene a nuestros lectores, imaginar a don Adolfo Ruiz Cortines disfrutando de su primera "hora silenciosa" después de que alguna comisión del Congreso o del Partido Revolucionario Institucional le haya hecho la visita protocolaria para comunicarle que la Cámara Federal lo declaró Presidente Electo. Su pensamiento debe haber tomado el rumbo del hogar en que vió la primera luz de nuestro mundo, para recordar, convirtiendo en ofrenda el triunfo alcanzado, a sus progenitores, primero; a la esposa abnegada, a la clase social a que debió su origen, al pueblo, a los amigos, y finalmente hacia sí mismo encarando la hora presente que en potencia contiene el porvenir: ¡sensación abrumadora de que se han cumplido infinidad de deberes que han engendrado uno inmenso, el de guiar al éxito las aspiraciones de su Patria!

Ser un hombre honrado, ser un ciudadano ejemplar al grado de formar una leyenda —nos place utilizar el término usado por Catá, poniéndolo en labios del Santo de América— con esa bonhomía cívica que no pudieron vulnerar las diatribas surgidas del fragor del combate electoral; triunfar, en una palabra, con ese símbolo inscrito en las banderas de su lucha, deja cumplido, satisfecho el sublime deber de "honrar padre y madre", y lo mismo el de adornar los prestigios de una clase social, por humilde que fuera; de robustecer los ideales de los amigos sinceros y del pueblo, porque un hombre virtuoso honra a la humanidad. Nuestro meditador debe haber sentido en su hora solemne, la plenitud de ser hombre. Hombre de la Revolución que se encuentra con ella, porque así lo ha querido el destino de los dos.

La experiencia debe haber dejado oír su voz ante el alma atenta. ¡Felíz quien logra hacer una realidad de su hombría de bien! . . . En seguida, sonaron, tal vez, las voces augustas del consejo: la Democracia en el poder encuentra siempre juntamente con el problema político y social, el que se refiere a la moralidad pública y que demanda urgente remedio. Por lo que ve a los primeros, el uno, por constar de términos muy conocidos y discutidos, ameritará perfeccionar perfiles y decidir rectificaciones; el otro, requiere decisión y discreción para consolidar en ocasiones, y formular, cuando sea necesario, las sucesivas y parciales soluciones que quepa dar al mismo en la esfera de la legislación que lo vierta en causas vitales. Pero el tercer problema, el de la moralidad pública, exige QUERER, porque no se trata de dilucidar la verdad de un principio, la utilidad de una institución o la necesidad de éste o aquel organismo, sino de que NO HAYA DOS MORALES, una para la vida privada y otra para la vida pública, y de que la probidad, la rectitud, la sinceridad y la lealtad sean virtudes tan exigibles y estimables en la una como en la otra. Si el deber no impulsiera esta línea de conducta, la aconsejaría la conveniencia, pues marchando por ese camino, se ganará el entusiasmo de los adeptos a la Democracia, la simpatía de los indiferentes y el respeto de los adversarios . . .

El hombre capta la voz del consejo, pero el sentido de la realidad evoca el material humano de su medio, la base práctica de la política, la falta de fórmulas exactas en esta ciencia de gobernar, lo difícil que es lograr el conocimiento de los

hombres. Pero interrumpen la serie de sofismas la voz de autoridades indiscutibles, de sabidurías reconocidas: "Por sus frutos los conoceréis" se dijo en el evangelio de Jesús, y también en ese otro que escribió el gran florentino "autor de un libro que es el libro de los republicanos": la primera opinión que se tiene del juicio de un Príncipe (Gobernante, hay que leer) se funda en los hombres que lo rodean; si son capaces y fieles, podrá considerarse prudente a un Príncipe (Gobernante); pero no si el primer error que comete, lo comete en esta elección. Para conocer a un Ministro (o colaborador, agregamos), hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un Ministro (colaborador) piensa más en él que en uno, y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un Ministro que nunca será bueno...

El hombre sigue meditando: Sí: vivimos en un mundo en que todo se hace cada día más relativo, y el triunfo no es una consolidación plenaria, sino simplemente un episodio. Cualquier victoria está amenazada no sólo por los corrosivos internos de un cuerpo en plenitud, sino también en la medida en que un régimen nacional es, a la vez, principio y consecuencia, en el devenir político mundial. No se puede seguir el consejo de Maquiavelo, relativo al manejo de hombres a base de intereses, porque son deleznable, y porque en aquellos tiempos se aspiraba a una estabilidad definitiva y ahora no, pues apenas se integra un equipo hay que combatir ya los gérmenes de descomposición que sutilmente denuncia Tucídides, al hablar de los malos días de Grecia: La imprudencia se llama celo en favor de los amigos; la cordura y moderación, cobardía, y el engaño, cuando logra su objeto, prueba de talento. ¡Ninguna fórmula más clara de la degradación a que pueden llegar los pueblos, cuando se da validez al dualismo moral! ¡Es cierto!... Azcárate, Passy y Gratry combaten en forma muy semejante el dualismo "moral-privada, moral-pública". Cuando este dualismo entre las dos morales adquiere cierto carácter de permanencia, tiende a resolverse, no purificándose la pública bajo el influjo de la privada, sino corrompiéndose ésta con el contacto de aquélla. Si la inmoralidad política no se detiene ni ante la publicidad, se produce el escándalo, pero el hábito va paulatinamente embotando el sentido moral hasta que aquél cesa de causar repugnancia, y entonces nace la tendencia a desafiar también la sanción social en la esfera pri-

vada, esperando que con el tiempo la costumbre dé en ella análogos resultados. Y es que no hay posibilidad de que la ley moral se doblegue en ninguna de sus aplicaciones, sin doblegarse al mismo tiempo en todas ellas. Suele suceder que aquellos que quieren y predicán la justicia de hombre a hombre, no la ven cuando afecta una forma colectiva y se manifiesta en la vida de la nación . . .

Voces mefistofélicas hablan al oído del meditador, de "realismo" y de "filosofía": El mundo es así, y hay que tomarlo como es: por otra parte, el objeto del Estado no es la santidad, sino la vida terrena . . . Pero el hombre justo tiene inspiraciones: Sí, el mundo hay que tomarlo como es, pero para poder saber a donde hemos de conducirlo con nuestro esfuerzo. Se transige con ejércitos en pie de lucha, pero no con cuadrillas de bandidos; se puede transigir con los puntos de vista de los partidos, pero no con los propósitos de los caciques. El Estado tiene por objeto la vida terrena, pero la mejor, y para el mayor número, si no es posible para la totalidad, debiéndose trabajar incansablemente por ello; pero esto entraña una ética, y aunque los perversos no quieran admitirlo, hay escuelas económicas, la de los fisiócratas, por ejemplo, que consideran, y con verdad, que la virtud es germen de prosperidad, porque tiene valor económico el manejo honrado de una administración; y así debe ser, si se trata de una administración de la riqueza física y humana de una Patria . . .

El hombre responsable reposa. Velan su sueño la Patria y los grandes pensadores cuyas valiosas enseñanzas ha recordado en sus "horas más silenciosas". Y no ha de dejar este fantaseador cronista de decir que tuvo razón Federico Nietzsche al afirmar que "los pensamientos que vienen con pies de paloma son los que rigen al mundo". Esos pensamientos están en la mente del hombre de México y en la Constitución de la República que lo ha inspirado siempre.

I I

El lector acaba de ver cómo describimos una de las meditaciones de don Adolfo Ruiz Cortines, en aquellos días inquietos—inquietos por esperanzados— que con su transcurso lo acercaban al poder. Quisimos entonces hablar de una de sus "horas más silenciosas", inspirado por su propia leyenda:

la de su hombría de bien, que aludimos en un epígrafe tomado de Hernández Catá. Nos regocijó imaginarlo como un hombre, sintiendo la euforia mezclada de angustia, esa angustia eufórica con que el destino regala al corazón del héroe, a la hora del triunfo. Epico es el parto de la libertad de un pueblo, pero el dolor matiza esa epopeya cuando llega la hora de responsabilizarse de la vida de una nación; acatando y haciendo acatar el valor de sus instituciones. Porque entonces el hombre siente la pena de que graviten en su conciencia las deficiencias que caracterizan a todo ser humano y de que levanten la voz traicionera los vicios de una época, las cualidades negativas de otros hombres. Es la hora en que adquieren proporciones gigantescas los fantasmas del obstáculo, los endriagos de las resistencias al bien, los señuelos de la tentación, de las invitaciones o insinuaciones al error. La palabra de los intereses creados, de las ambiciones desmedidas, de las interacciones negativas. Sin el vencimiento de estas presencias malignas, no podría haber un héroe, no podría existir un santo. En esos instantes tremendos, es cuando debe llegar hasta los grandes hombres, la fe del pueblo para confortarlos, reafirmándolos en su virtud. Lo que más lamentó Jesús en el huerto fue indudablemente el sueño de los suyos, la rotura de su atmósfera de sacrificio, indispensable para tonificar al Hijo del Hombre, en el supremo trance del inicio de la pasión. Nuestra fe estuvo, hace cinco años, con el ilustre Presidente de México. Y sigue encendida en nuestros corazones la lámpara de esa fe. Pero ya no es una fe esperanzada, sino una fe constatada, consagradora, devota, de reconocimiento. En el último año de esta Administración que la historia con justiciero fallo consignará como gloriosa, porque fue una administración de la virtud, suenan ya los hosannas, los aleluyas por el México Nuevo, surgido de los brazos, del pecho y de la venerable cabeza de don Adolfo Ruiz Cortines. No es posible acallar el júbilo con que reconocemos que nos está gobernando un hombre enamorado de su Patria, y que existen ya las pruebas para asegurar que en las palabras con que anunció su evangelio, al acercarse al sitio que ocupó Juárez, estaba contenido el caudal de realizaciones que ha dado al país. La vida, en este hombre ilustre, concordó con su pensamiento, y en esta sincronización de la acción con las ideas encontraba el clási-

co castellano con certero juicio, el más alto logro concebible entre los individuos de nuestra especie: el de ser hombre.

Los grupos que en su último mensaje, es decir en su más reciente mensaje, aludió con el calificativo de "privilegiados"—y seguramente que el término lo recogió del vocabulario popular—no lograron hacer de México un campo de dominio para las oligarquías no por definición, porque la riqueza que los tratadistas les atribuyen como nota clásica deben preexistir a su ascenso al poder, sino por formación, dado que venía padeciéndose en México el tipo de oligarcas que ya presentía Bolívar, cuando hablaba de evitarlas en exposiciones relativas al Congreso de la Angostura y que se configuran al adquirir la riqueza desde los puestos públicos; tampoco se consiguió una jaula para los importadores de tácticas que corrompen toda moral, porque niegan fundamentalmente los atributos de la persona humana; no hubo resistencias capaces de hacer detenerse el avance institucional revolucionario de México, y menos aún se permitió influencia alguna que menoscabara la soberanía nacional.

La administración de don Adolfo Ruiz Cortines se mantiene serena por dentro y por fuera. Las conmociones de su seno han sido el señorío de un hombre que no sólo ha presidido con la majestad de Juárez y que como él ha puesto de moda el cumplimiento respetuoso de la máxima ley nacional, sino que considerando a la Constitución como programa de la Revolución, ha dado pasos de frente en el cumplimiento de los postulados por los cuales se vertió la sangre y estalló la palabra en páginas ardientes o en arengas encendidas.

Los arcángeles del mal deben tener más ennegrecidas las alas con que revuelan en torno de su aciago destino, porque don Adolfo Ruiz Cortines ha consagrado como dogma político el derecho de los mejores, encontrados por el único camino posible para conseguirlo: el de la deliberación popular, sin guías oficiosos, sin falsos apóstoles, sin agoreros prometedores, orientada exclusivamente por las necesidades padecidas, por los sueños acariciados. Y esto debe ser así, porque los mejores—como queda probado con la presencia del actual Presidente en el solio del Benemérito,—no entienden el gobierno que se les encomienda como una ocasión para el esquileo del rebaño, sino como la gloriosa ocasión de entregar la vida, de sacrificarse en las aras del servicio público, luchando por ob-

tener la felicidad del pueblo que los ha ungido con los sagrados óleos de su dolor y de su esperanza.

Asistimos al enmudecimiento de las voces tentadoras, de las escépticas, de las cínicas, de las adulatoras, de las amenazantes. Don Adolfo Ruiz Cortines ha "puesto de moda la virtud", ha hecho —y bienaventurado sea por ello— "una leyenda de su hombría de bien"; ha propiciado y garantizado la transformación de México. La limpieza moral que se hizo necesaria en sus días como circunstancia inevitable, ahora es una imperativa condición SIN LA CUAL NADIE PODRA LLEGAR AL PODER. Este es el gran signo con que el preclaro veracruzano ha coronado anticipadamente su obra inmortal, y el pueblo ha escrito en su conciencia donde es más efectivo que sobre las piedras frontales del Palacio de los Virreyes, la ruizcortinista divisa: SOLO LA VIRTUD PODRA GOBERNAR AL MEXICO NUEVO.

1.—*Revista EXITO.* México 1952.

2.—*HERALDO MICHOACANO.* 3 de diciembre de 1957.

Las “Relaciones Humanas”

En los generosos labios dedicados a pronunciar palabras dictadas por la vocación a la docencia, los términos adquieren las claridades de una potente lámpara enfocada hacia los episodios valiosos de la historia; esclarecen en otras ocasiones los acontecimientos actuales, atisban a veces en el misterio del porvenir. Y estas misiones las cumple la palabra del hombre constituyendo la esperanza empírica y serena de un sembrador sencillez que por una inducción generalizada confía en que si lo que se ha sembrado fructificó hasta ahora, de la misma manera habrán de constatarse las fecundidades del verbo. Pero este poder de la palabra influyendo simplemente como la palabra, se agota en la confiada espera de una germinación afortunada en el pensamiento de los discípulos.

Más activa nos parece la palabra de los apóstoles que predicaban un credo religioso, político, científico o social, porque procede de una fe militante, de una pasión batalladora; fe y pasión que ponen la conducta del hombre como puntal a las plataformas en que concreta los ideales que inspiran su evangelio. Y sin embargo, estas ejemplaridades del anhelo apostólico, con ser dueñas, algunas veces, de prestigios que invaden toda la extensión de los siglos, no logran convertir en bienes los diversos valores que en conjunto representan.

Por eso la lenta evolución que se muestra en las consecuencias de la palabra, ya sea que se origine en bocas apostólicas o en bocas magisteriales —sobre todo perceptible para las mentes de escaso o nulo desarrollo— sufre la injusticia del desdén sanchopancesco, porque la considera irrealista, dado que no tiene la mágica virtud de convertir en oro las vulgares piedras, o de servir de instrumento al que habla para transformar, en beneficio del hambriento o del haragán, el taller, la parcela, la fábrica —templos del esfuerzo— en las acogedoras “bodas de Camacho”. Entonces es cuando no el pueblo, pero sí el plebeyismo, dicen con sorna escuderil, ante la palabra generosa: Tortas y pan pintados son las palabras. Los más elegantes plebeyos se han aprendido de memoria, para adornar su ignaro escepticismo, la célebre expresión del personaje de Shakespeare: ¡Papalabras, palabras, palabras!

Muy otro es —y en ello se revela la perspicacia humana— el caso en que la significación de los términos y su originalidad misma, esa originalidad que preocupa y desvela a los eruditos que siempre carecerán de ella, pasan a segundo plano ante un mensaje verbal que brota de unos labios que no beben en las copas doradas del poder, sino en los vasos de aceite de la lámpara de las meditaciones dedicadas a postular y realizar una reforma. El Verbo entonces renace, limpiándose de las vulgaridades del uso. Y la fe del que escucha, también resucita, porque cuando se habla desde arriba, a la validez del significado lleva unida la palabra una vigencia normativa, influyente, quiérase o no, sobre la conducta pública. Y si el hombre que habla garantiza con su acción presente y pasada la sinceridad de su voz, entonces las multitudes se regocijan, porque están escuchando a un reformador. Eso es lo que ha pasado con las palabras presidenciales de don Adolfo Ruiz Cortines. Así las ha recibido su pueblo, directa o indirectamente: cuando se ha dirigido personalmente a él o cuando ha inspirado a sus colaboradores convertidos —y nada hay de deprimente en ello— en despiertos y nobles discípulos.

Fundamentalmente humana ha sido la palabra de don Adolfo apoyando con ella la conducta de su régimen que, ya casi para concluir, ha obtenido estruendosa aprobación con los aplausos que en Monterrey, una asamblea internacional de industriales dedicó a las vibrantes afirmaciones de López Mateos: El trabajo no es una mercancía, sino un atributo de la dignidad humana.

¡Qué intérprete tan atinado y tan fiel se manifestó el Secretario del Trabajo —el trabajo es y será siempre la auténtica fuente de la cultura— del sueño viviente en que se ha llevado a cabo la obra ruizcortinista! López Mateos, con genial sentido de su encomienda, trasladó, sin abandonarlo, el problema económico de México, al plano de lo moral. Esto, en otros términos, quiere decir que el actual régimen ha consagrado para siempre en nuestra vida pública, la eterna verdad de que el hombre debe ser hermano del hombre, y como la fraternidad es amor comprensivo, el ser humano no deberá mediatizar a su semejante, sino que habrá de verlo como un fin en sí mismo; no como un instrumento, no como una herramienta o como una acémila; no como un medio destinado a obtener riqueza con su uso, sin hacerlo partícipe de beneficio al-

guno; sino considerando que todo hombre es igual a otro hombre dentro del género y que por respetar nuestros anhelos, por aliviar nuestros dolores, habremos de comprenderlo como igual, también con anhelos, también con dolores. Si esta valoración descrita de las "relaciones humanas" es la base de la lucha que los ciudadanos del país hemos de llevar a cabo, ¿cómo no ha de brillar un sol de esperanza sobre los horizontes de la Patria? ¿Cómo no ver en esto la proximidad de un nuevo día? Y ¿cómo no confiar en que el Presidente Ruiz Cortines piensa en ello, cuando medita en el porvenir de México?

López Mateos ha sido el vocero de una auténtica reforma. Y repetimos categóricamente: no porque los términos usados sean nuevos. Sino porque proceden de las meditaciones de un estadista que ha buscado la mejor manera de guiar a su pueblo y ha dado a su Ministro la inspiración para que exprese a ese mismo pueblo cuál ha de ser la ruta de la ventura social mexicana. Se trata de relaciones humanas, de relaciones entre hombres concebidos éticamente, es decir en un campo en que el ser humano no puede ser instrumento, porque no es una cosa. Las cosas tienen precio, señalaba el excelso Antonio Caso, pero los hombres tienen dignidad. Cuando un Estado postula como su propia misión activa, lograr que la dignidad del hombre se convierta en imperativo característico de su esfuerzo, el progreso es un hecho ante la reforma que el postulado significa, en materia política, en materia económica, en materia social.

Ante hombres así, podemos gritar con orgullo y siguiendo el ingenioso consejo del periodista: ¡Merecen las notas del Himno Nacional...!!

HERALDO MICHOACANO... 15 de noviembre de 1957.



Sr. Lic. Adolfo López Mateos, candidato a la Presidencia de la República, con el que se acerca un México nuevo.

Lic. Adolfo López Mateos

Con gallardías que hermanan la palestra y el agora, aparece Adolfo López Mateos sobre la arena de la lucha cívica. Pensador y tribuno, es una conciencia y una conducta, la conducta y la conciencia de un maestro en el más alto sentido del término: un conductor de hombres, "un pastor de pueblos", según la feliz expresión que en momentos dramáticos del poema inmortal, puso el divino ciego de la Ilíada en los labios olímpicos de Pallas Atenea. Hombre de pensamiento, hombres de acción, el signo de su presencia fecunda en el trabajo. El trabajo, matriz, nervio, idea y realidad del Universo, y en el capítulo humano, el origen de toda cultura. El trabajo, el esfuerzo fecundo y noble, es la prédica viva de aquella acción "que era el principio", conforme a las palabras numinosas de Goethe; la labor en que "el Padre se ocupa todavía", del modo que lo afirma el Evangelio. Los ciclos evolutivos del hombre de México alcanzan en López Mateos la configuración salvadora de un avatar, de una ejemplaridad inapreciable. Su aparición, afortunada para la Patria, tiene el inmenso valor de no ser milagrosa en el sentido ordinario del vocablo. No es una maravilla anticipada, y por ello fuera de una atmósfera propicia para la vigencia; no es tampoco la resurrección de un astro humano que surge de un repliegue de la historia. El prodigio que

se realiza es otro: es el campeón que se presenta como hijo de su tiempo, mostrando que coinciden sus virtudes de mexicano, con las urgencias para las que el pueblo lo necesita. No lo guían los ensueños utópicos ni su tabla de valores recoge herencias remotas. No se trata de un profeta deslumbrante ni le forman halo las fulguraciones cansadas de un genio arcaico, ni se presenta de manera súbita. Personalidad que deslumbra no puede ser guiadora, ni la serenidad clásica puede ser estandarte moderno; ni el surgimiento sorprendente es fecundo, porque no engendra confianza ni "crea comunidad". Por eso lo que más debe impresionarnos, es la razón de la euforia popular que todos sentimos: ella se debe a la naturalidad con que correspondiendo a las ansias de México, se presenta el hombre necesario. No hay impresionismo en la concordancia registrada: el hombre estaba a la vista, para la mirada limpia, para la que no buscaba mirajes de privilegio injusto. Y esta mirada debió intensificar su potencia perceptiva ante las palabras firmísimas que, relativas a la sucesión, pronunció en su informe último el señor Presidente de la República. Corresponde al señor Presidente Ruiz Cortines, y por ello lo glorificará la Historia, haber propiciado la circunstancia feliz para el gran hallazgo. Repetimos: el hombre-promesa que ha logrado con su simple aparición la alegría sabia del pueblo, estaba a la vista. Era un hombre que trabajaba de día y de noche, más que con la Ley y el poder en la mano, exhibiendo el corazón, la buena fe, la inteligencia, la constancia en el esfuerzo, la simpatía. Se mostraba constituido como una entidad armónica, completa, suficiente y eficaz. No se trataba de un hombre que actuara "como sí", sino como lo que era, sin simulación, con autenticidad. López Mateos es el mejor logro del hombre de México, logro por dentro y por fuera, en sus características externas y en sus nobles interioridades de sentimiento y de ideación. No es un disfrazado, ni un barnizado, ni un amaestrado: es como es, y así estuvo y ha estado toda su vida, en mostración constante y activa. No es sabio por decreto, sino por la alquitara-ción que en él consiguió cristalizar el espíritu de nuestra raza; no es el amigo por fórmula de urbanidad, frío, egoísta, pagado de sí mismo, al estilo de algunos "maestros" incorruptibles por falta de oportunidad, que se sobrestiman como santones de las virtudes heladas, de las palabras huecas; no, López Mateos es el amigo que ve en la amistad el ámbito cordial para las

estimaciones y no para registrarlas como en un catálogo de erudito, sino para servir las, para estimularlas, para desarrollarlas o exaltarlas; como intelectual universitario, siempre se ha justificado como cumplidor del servicio social que da valor a toda ciencia, y no pertenece a las farándulas del academismo de bufete ni cultiva las actitudes de relumbrón de los prestidigitadores, de los simuladores del saber; como hombre de acción, no es el anacrónico aventurero que todo lo cifra en la audacia voraz, con respaldo en la meznada matona y mercenaria, pagada con la rapiña, con el botín del despojo del patrimonio ajeno, o mal habido, y tampoco es en López Mateos, como hombre de acción, buscado ni seguido el camino trillado de las banderías agitadoras, de maquiavélica demagogia, porque él ha entendido su misión como una vida que debe dedicarse a cultivar el campo de "LAS RELACIONES HUMANAS", con el sentido que a esta expresión dió en su inolvidable discurso de Monterrey, ante la asamblea internacional de Industriales. López Mateos puede y debe definirse con unas cuantas palabras: Autenticidad, Discreción, Inteligencia, Virtud y Simpatía.

México está ante un hombre nuevo, joven y enérgico. La necesidad orgánica, vital del país, para renovarse o morir —esto sin ningún falso dramatismo— encuentra en él, carne y sangre y espíritu del pueblo, el conductor a la medida para salir del trance tremendo convertido en un México Nuevo, necesaria y dolorosamente nuevo.

Por eso, sobre el indiscutible prestigio de la obra pública, sobre justificados o injustificados prestigios académicos, de agitadores interesados, de políticos de camarilla, de pandilla, de círculos amistosos, de "grupos privilegiados" —para usar la palabra de don Adolfo Ruíz Cortines que con el acto político de la sucesión propiciada asciende, sin exageración alguna, a la categoría de maestro de gobernantes en el continente,— se impuso el límpido valor de un hombre que en el mundo de las "relaciones humanas", regirá con normas de trabajo —entendido como noble génesis y finalidad de toda cultura, cultura, en sí mismo— los venturosos tiempos del México Nuevo.

El Discurso de Cholula

En una de mis notas periodísticas llamé al Lic. Adolfo López Mateos "pensador y tribuno. La expresión parece pleonástica, porque todo hombre que merece la advocación de tribuno es necesariamente un hombre avezado a las disciplinas del pensamiento. Pero mi deseo va más allá de la afirmación de que el candidato a la Presidencia de la República es un magnífico orador. Uso la palabra tribuno en el sentido romano, recordando a aquellos hombres que se enfrentaron al patriciado, poniendo su verbo al servicio del pueblo, de la plebe que un día convirtió en "rostra" el Aventino, consagrandolo con su rebeldía el monte donde más tarde iría Bolívar a jurar que lucharía hasta la muerte por hacer libres a los pueblos de América. La voz de López Mateos siempre ha recogido las aspiraciones populares y desde los ortos dorados de su juventud, hubo en el acento de su palabra elegante la confesión espontánea de que sería un hombre al servicio de la justicia, que trataría de vencer al destino con la fe y el esfuerzo, en beneficio de la Patria.

En 1929, en camiones pletóricos de estudiantes porristas —eran los días en que hacía de las suyas Chema de los Reyes— salimos hacia Puebla. Entre las grandes figuras universitarias de entonces descollaba López Mateos, dueño de una extraordinaria simpatía. Desde que dejamos la capital bajo una fría bruma matutina que no hacía juego con la leyenda de las tibias mañanas de junio, de los vehículos, —rebasándose unos a otros,— escapaban las voces entusiastas:

—¡Arriba López Mateos!!...

—¡Viva Gómez Arias!!...

—¡Brito, Brito, Brito Rosado!!...

Los "campeones" provincianos escuchábamos azorados toda aquella algarabía que nos acongojaba terriblemente. No conocíamos a nadie, no sabíamos a quiénes aludían aquellos gritos jubilosos, pero nos parecía que debía tratarse de personajes que imaginábamos con la prestancia de dioses jóvenes o con la precoz sabiduría ateniense de los discípulos de Sócrates. Imposible conocerlos, estaban rodeados de sus admi-

radores y era difícil distinguirlos entre aquel abigarramiento de cabezas adolescentes. Bajo un sol brillante cuyo calor nos llevaba sudorosos en nuestra incómoda situación de viajeros hacinados en los coches, llegamos a Cholula, y se corrió la voz de que habíamos de bajar para corresponder al entusiasta recibimiento que los estudiantes de Puebla nos hacían, viniendo a encontrarnos hasta el pueblo donde se levanta el santuario de las cuarenta y nueve cúpulas.

Los "goyas", los "Jurisprudencia", arreciaron en nuestra comitiva, terminando cada "porra" con el nombre de alguno de los consagrados campeones. Se trataba de imponer a la grey viajera de que formábamos parte, quién sería el que dirigiera la palabra de saludo y agradecimiento a los hospitalarios poblanos. No recuerdo si hubo varios oradores, pero sí que presté mis escasas fuerzas para ayudar a trepar al toldo del camión en que viajaba, a un joven esbelto y de hermoso rostro, que fue saludado con una explosión de entusiasmados vivas, mientras él tranquilo, con voz pastosa de barítono, empezó a hablar:

—"Fue por esta vía de sangre y de tragedia, que llegaron un día hasta el corazón mismo de estas tierras, aquellos hombres que anunciara con su verbo solar el sabio de ojos azules que acudilló con su genio los númenes de Tollan".

"Aquella sangre y aquella tragedia han sido fecundas, y ahora se registra en este lugar, fuente de historia, otro encuentro en que ya no chocan las macanas indias con las tizonas toledanas; en que los días de la matanza, matanz en que se ensangrentó el cuchillo de obsidiana sacrificando sobre el teocalli o la daga española hiriendo al vencido, no son sino un lejano y doloroso recuerdo, convertido en lección y en esperanza. De ese dolor, de ese pasado procedemos y con júbilo afirmo que con nuestra vida juvenil estamos demostrando que no hubo vencimiento sino triunfo de dos razas que se fundieron. Es esta una ocasión que llenan las cordialidades, porque somos dos grupos de hermanos que se juntan con la euforia de estar realizando su destino. Jóvenes poblanos que nos reciben; estudiantes capitalinos y provincianos que llegamos; unos que marchamos hacia el oriente, y otros que del oriente vienen a nuestro encuentro, somos, en el anhelo, conjunción de aspiraciones, corrientes de cultura que se runden amorosa-

mente, contrastando con la dramática fusión que se registró en el pasado".

"La raza ya no es sino una categoría cultural y por eso, restañadas las heridas de la conquista, estamos predicando a los mexicanos la fraternidad en el trabajo y el progreso, en un ámbito de justicia y libertad. Estas ideas, signos espirituales de mi generación, serán escuchadas de los labios de los paladines del verbo que hablarán en Puebla, dentro de una noble justa en que el esfuerzo de las aulas culmina en palabra gloriosa. Al agradecer a los compañeros estudiantes de Puebla la hidalguía de venir a recibirnos, envío al pueblo todo de nuestra patria el amor de la juventud estudiosa salida de su seno, como un tributo que confirma su esperanza".

El libro en que recogió Tardiff los crónicas de los Concursos de Oratoria, no contiene las anteriores palabras gustosamente recordadas, pero quien las lea verá que en aquellas tempranas horas de la vida del Lic. López Mateos, ya había una estructura que no disuena ni el tono, ni en el matiz, ni en la dirección ética de su conducta, frente a la de ahora, cuando está a punto de llegar, para bien de México, a la Presidencia de la República, sitio desde el que seguramente realizará sus añejos anhelos de que la fraternidad, la justicia, el trabajo y la cultura, exalten las tradiciones de la Patria Mexicana.

HERALDO MICHOACANO... 23 de noviembre de 1957.



Monseñor Luis M. Martínez, de calidades prelaticias en el pastoreo espiritual de millares de almas mexicanas, en las letras, en el pensamiento y en el mundo de las relaciones sociales.

No ha muerto: Duerme

El polvo que piensa no vuelve al polvo.- Urueta.

Los grandes hombres no mueren totalmente; son como flores que al marchitarse, dejan la tierra embalsamada con su perfume; son como soles que al hundirse en el ocaso, siguen tiñendo con su púrpura la inmensidad del firmamento". Estas aladas palabras fueron pronunciadas por don Luis M. Martínez y forman parte del texto de una Oración Fúnebre que pronunció en ocasión alguna que no vale la pena recordar. Son palabras sencillas, son palabras bellas, son palabras verdaderas y justas, si las referimos a cualquiera de sus hermanos en la grandeza, cuando aludimos a la fe dolorosa que se enseño-rea de nuestras almas al sentir la desgarradura que nos impone su tránsito a desconocidas regiones de la realidad universal. ¡Relucientes como las patenas que sus manos sacerdotales manejaron, son las palabras recogidas del que fuera Rector del Seminario Tridentino de Morelia, Obispo de Michoacán —titular de Anemurio— y Arzobispo Primado de México, dedicándolas a él que, en una hora matinal, como convenía a un poeta del sacerdocio, "reuniendo lo que de divino hay en el hombre",

como equipaje de un desterrado celeste que vuelve a su patria, acudió al llamado de la eternidad, que no de la muerte!

Como polvo nos define la literatura solemne de las escrituras, y en verdad somos hijos de la tierra, de la "transparente" Deméter, pero la profunda palabra de Urueta, tan musical como profunda, nos enseña que el polvo que piensa no vuelve al polvo, sino que prosigue su misión salvadora a través de avatares regidos por el espíritu de la misericordia. El pensamiento-conducta; si se logra lo que el clásico expresara: igualar con el pensamiento la vida, aparece mostrándose en tres estadios esplendorosos: la sana alegría juguetona que "desinteresada" la energía vital, convirtiéndola en escultora de cuerpos armónicos que la responsabilidad cambia en el hombre maduro por el ingenio vivaz y sonriente; el poder creador que se plasma en la obra generosa del artista, quien aprisiona la belleza que cabalga sobre el instante fugitivo para volverla dádiva destinada a las conciencias de todos los tiempos, eucaristía de las generaciones; y el amor-caridad concreto en su forma más excelsa en los perfiles evangélicos del narrador de parábolas que consumó un gran misterio un día, con el "sublime quejido lanzado desde la cruz del Calvario". Jocunda fue el alma del ilustre muerto. No vió en la religión un fanatismo, ni en el sacerdocio un cuerpo conspirador contra el Estado Mexicano, en lucha encarnizada por el poder temporal. Materia de sofisma deben haberle parecido las Falsas Decretales, el Juramento de Otón y el texto de la Donación de Constantino al Papa, del Imperio de Occidente. Del mismo modo, su inteligencia esclarecida debió percibir el contraste manifiesto entre la Iglesia anterior a Constantino, defensora de la libertad de conciencia, y la posterior Iglesia aterrorizando al mundo con persecuciones y con Inquisiciones. Para no consentir en lo primero, el Evangelio le enseñaba la separación de los "dos reinos", y frente a las hogueras y los autos de fe, seguramente pensó en el buen pastor que pone la oveja descarriada sobre sus hombros, y en que la libertad está por encima de todo, aún de Dios, por lo que dijo el santo: "el que te creó sin tí, no te salvará SIN TÍ. (Todos son mis hijos —respondía siempre el gran Arzobispo a quienes le criticaban veladamente que prodigara su presencia y su trato, sin distinciones políticas, sociales o religiosos).

Decíamos que fue alegre. Por ello, en el juego de su maravillosa inteligencia, la piedad, al estilo Franciscano, se mani-

festó como ironía, como grocejo fino y elegante. Su alegría de hombre y de sacerdote nos dió su docencia pulcra, su consejo humano, hecho de prudencia y cortesía; su charla amena, su conferencia docta, su predicación elocuente.

Fue artista. ¡Oh, su oratoria! El cultivo de múltiples y variadas disciplinas para las que disponía de una extraordinaria agilidad mental y una sensibilidad delicada de amplísimos registros, hacían de su conversación una delicia, de su cátedra un regalo riquísimo, de sus sermones una revelación. Matizada era su oratoria conformada en piezas como las de los mejores y legendarios predicadores de Francia, pero mexicanizada por la sencillez y por el vigor de los giros, por la originalidad singular de los enfoques y por el ajuste sociológico-local de los motivos: de Bossuet tenía la elegancia, de Massillon y Bourdaloue la variedad vibratoria de los ritmos, sin discordancia, en una milagrosa unidad musical, como la melodía del vuelo en el colibrí; de San Bernardo la rectitud, el purismo doctrinario apasionado y de San Buenaventura el potente numen teológico que rigió en la Escolástica y la audacia expresiva que era una brillante resonancia de Platón.

Recordamos la voz nasal y pedantesca de Juan B. Buitrón; la ingenua y fervorosa monotonía del santo padre Villaseñor; la lenta y poderosa del señor Ruiz y Flores, plena de convicción, razonada y razonadora; la juvenil y entusiasmada de Manuel Muñoz. Pero don Luis no tenía par. Y eso, que no contaba con prestancia física. Su figura no era garbosa, su voz se asociaba en los oyentes a la sensación del obstáculo que asfixia. Pero mediante complicadas impostaciones lograba tal riqueza de tonos, conjugaba de tal manera los matices, que la sensación inicial de angustia se desvanecía, y la conceptualización resuelta en imágenes brillantes, a veces en paradojas impresionantes, en paralelos perfectos, subyugaba las mentes y las conciencias. Cordialidad, amabilidad por la comprensión y dulzura, por la bondad que el orador transcendía, eran sus sermones. Pero cuando su genio oratorio brillaba cegadoramente, era al hablar sin formalidades de predicador. Su pensamiento era entonces como un águila desplazándose en airosos vuelos sobre firmamentos solares. Así le escuchamos un día su exégesis a unos versos del Dante. ¡Soberbia y aguda glosa de aquel pasaje del Infierno en que el poeta usando los tonos del Apocalipsis, condena a los ángeles que no estuvieron con Dios ni contra

Dios en la gran batalla celeste que Milton describió, con el más tremendo desprecio: —Oyelos y míralos, pero no te detengas, sigue adelante.

En un sermón de exequias, predicado en Las Monjas, después de que el coro, además de las sequentias, había entonado un bello poema musical:

Con aroma de mirra
perfumose el Calvario
cuando abrió su nectario,
desmayada la flor;
fue la mirra su aroma,
—¡con ser élla azucena!—
pero estaba de lágrimas llena
y lloraba, lloraba de amor,

le oímos decir con San Pablo acerca de la muerte de Jesús: Era la vida que sufría la muerte, para con aquella muerte salvar a la vida: del rosal tenebroso de la muerte, la corola de la vida eterna iba a brotar.

Y fue Caridad. Fue caritativa su vida, porque él sabía la palabra de San Juan: Deus est Charitas. Jugó con el ingenio al imponer la expiación de su sana ironía: piadosa penitencia. Creó con el fiat del artista, haciendo la poesía de su vida sacerdotal. Amó.

Uno de sus grandes fervores lo dedicó a la Virgen del Tepeyac, y ello se debía, sin duda, a que el fino sociólogo que era, apreciaba todo el caudal de amor al indio que hay en la leyenda de la aparición. La raza vencida y acosada se refugiaba amedrentada en las cabañas y en los montes agrestes, y al estilo "pagano" rendía culto clandestino a sus dioses. Las iras de los apóstoles intransigentes que contradecían en su esencia la doctrina cristiana, en unión de los rapaces capitanes, de un momento a otro podían acabar con élla. Pero alguien encontró en su corazón amor por el indígena, y para que por el amor el indio se acercara a las fuentes bautismales y se arrodillara al pie de los altares católicos, dió a luz la leyenda que sin reservas bendecimos. Nada mejor para hacer amar la nueva religión que destacar en ella a una virgen con facciones aztecas, como madre de Dios y madre de la raza vencida.

Nunca provocó hervores en sangre jacobina. Su trato jovial y accesible, siempre equilibrado, sin rebasar los límites de su carácter de hombre formal y de sacerdote a quien se le ha-

bía encomendado la dirección espiritual del pueblo mexicano; su carácter "campechano", como decimos los hijos de esta tierra mexicana, le dieron la confianza de la grey y fueron los ingredientes del secreto para su diplomacia. No distinguió entre publicanos y fariseos. Por eso todos los sectores sociales querían tenerlo en su seno. Y él se prodigaba, porque su misión no era reclutar santos, sino apacentar pecadores. Y el cariño que el pueblo le tuvo le dió la fuerza que su genio sonriente convirtió en instrumento para lograr paz firme entre el Estado Civil Mexicano y su Gobierno Espiritual.

Reina, ahora que desaparece de entre nosotros, una incomprendible desazón, y la llamo incomprendible, porque el pueblo espiritual que él cultivó debe saber que el polvo que pensó, admiró y amó, no vuelve al polvo. Todo hombre que embellece la vida influye en el pensamiento, en la voluntad y en la conciencia de sus contemporáneos. Estos irán transmitiendo de generación en generación los alcances de perfección originados en él, y así a través de LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS, hasta que todos nos reunamos en el seno de una sola armonía que será eterna.

Tiempo es de desear que en las riberas del "lago del misterio", salgan a recibir a don Luis M. Martínez, el padre de Lagos de Moreno, don Agustín Rivera y San Román, y el "poverello" de Asís. Después de los saludos, éste podrá decir al hermano León: Hermano, atiende, escribe: en vivir una vida como la de este hermanito mexicano, "está la verdadera alegría". Entonces Rivera-mexicano-andaluz, gran patriota, dirá a México: No es hora de llorar, sino de echar a vuelo las campanas y de disparar veintiún cañonazos, porque este era UN HOMBRE y ha ganado la vida eterna.



Don Juan Abarca Pérez, escritor y poeta;
periodista y político.

Don Juan Abarca Pérez **Periodista y Maestro.**

Al celebrar don Juan Abarca Pérez la clausura de su cuarta década como periodista, nos complace recordarlo hablando un día frente a la grey universitaria michoacana reunida en el salón rojo del viejo Seminario de San José. Era joven aún, vestía con discreta elegancia y en el ojal de su solapa ostentaba sin presunción el escudo de los Diputados Federales. Pero no hablaba como diputado, sino como maestro: había ido a otrecer las columnas de LA LUCHA, periódico que editaba en Morelia, a las plumas noveles de los jóvenes estudiantes. Lo había presentado don Jesús Romero Flores haciendo el elogio de aquel hombre que desde hacía muchos años bregaba en los campos donde —como en la plástica expresión de Marquina— una osadía es la pluma y una esperanza la flor. Osadía y esperanza es, en verdad, el periodismo. Combatiente —fuerza, gracia, belleza, bravura, ensueño,— debe ser el periodista. Un idal, muchos ideales debe llevar simbolizados en su bandera. Más que ningún hombre que por definición debe osar siempre —Caso predicaba elocuentemente este imperativo— ha de hacerlo el que podría mostrar en singular heráldica la verticalidad de sus "columnas". Y es que si por una parte el escritor de periódicos debe recoger la opinión pública, por otra debe ser el formador y orientador de esa misma opi-

nión. Tradicionalista, para comprender los rasgos históricos que hacen, que integran la fisonomía moral de los pueblos, ha de ser al mismo tiempo un rebelde constante, un reformador incansable, y por consecuencia un educador tenaz y apostólico. Al empuje, pues, que el escritor necesita para los episodios del esfuerzo, debe reunir la confianza, la seguridad de triunfo, inmediato o remoto, para los logros perseguidos. A los brillos de la espada inmisericorde debe acompañar también como regalo para los ojos del espíritu, el brillo y la inspiración de la estrella guiadora. El esforzado paladín ha de ornar también sus anhelos con la merecida sonrisa de la gloria. Todo esto significó la presentación de don Juan Abarca Pérez a las juventudes estudiosas. Y se les dijo que aquel espíritu batallador no lo era sólo en los planos vitales, ordinariamente vitales de la Patria, sino también en las estacadas líricas, en los palenques de las letras desinteresadas —con el sólo interés de la fruición estética en la sensibilidad propia y en la de nuestros semejantes— en que la flor, según fue aludida en las palabras de Marquina, es galardón que premia la esforzada esperanza.

Generoso era indiscutiblemente aquel hombre que había ido a poner a disposición de las osadías y las esperanzas juveniles de mi generación, el aprendizaje de una vida, o al menos de una actividad, en que se necesitan los más altos atributos del hombre. Alma de caudillo espiritual debe tener el periodista, o lo que es lo mismo ser un dechado de virtudes, porque sin la virtud la predicación resulta afirmación de fariseo, sin la virtud bien puede confundirse la verdad apostólica con el acento panfletario del apóstata. Sin virtud nada pudo hacer Mirabeau, y en cambio los discursos de Vergniaud pudieron, después de hacer bambolearse los tronos de Europa, transformar a Francia en modelo universal de naciones libres: demoledoras y terribles, ensangrentadas y gloriosas. Pero la virtud no se enseña, y por ello el periodismo como arma que fortalece su brazo, tampoco, si no es por el único medio concebible: por enamoramiento a base de ejemplaridades. Solamente el que ama y admira al hombre bueno, puede imitarlo. Cada quien es hijo de sus actos, y fe sin actos, fe sin obras, es fe muerta. La fe muerta no salva. Y aquel hombre que hablaba de que iba a convidar a los estudiantes para que se dieran de al-

ta en los ejércitos del periodismo honrado, batallador, defensor de la Patria ante los extraños, defensor de la patria ante los enemigos internos —porque eso son sus malos hijos— estaba ofreciendo al mismo tiempo que su empresa publicitaria, su propia conducta ejemplar y valiosa. Allí estaba el escritor que maneja singularmente los sentimientos populares, porque educado en ellos no los ha traicionado jamás; sociólogo más que por el acervo recogido en las aulas, apunta siempre con la mejor interpretación de los hechos sociales, ajustándolos a su ley o aproximándose a tal o cual norma valorativa; poeta de nacimiento, conocedor de los grandes maestros, silenciosamente rima la expresión de sus amores, de sus tristezas, de sus desencantos, de sus entusiasmos, de sus hastíos, de las satisfacciones que le ha producido su vida generosa o de las incomprendiciones que han coronado de espinas —más dolorosas aún cuando proceden del propio huerto— su frente de iluminado.

Fue aceptado por muchos su magisterio, y don Juan Abarca Pérez vió en su torno a Luis Octavio Madero, a Jesús Sansón Flores, Gumersindo Quezada Bravo, el inspirado hijo de DON FLOR, el simpático e inteligente bardo que fungía como Jefe de Redacción de LA LUCHA. Las disciplinas de escribir pueden ser aprendidas, pero no siempre germinan las semillas de la virtud. Por ello muchas promesas se perdieron en el apostolado de Abarca Pérez. En cambio otras potencialidades llegaron a alturas que han llenado de satisfacción al maestro, que haciendo obra de humanidad ha vivido, vive y seguirá vi- viendo.

No siendo nosotros escritores profesionales, y menos aún autoridades para destruir o para consagrar, nuestro mensaje se contrae a afirmaciones subjetivas, aún cuando para defenderlas confiamos en las subrayas objetivas de una personalidad que se ha desdoblado siempre en conducta. Y vigente para nosotros su ejemplo, agradecidos por el dón que gratuitamente se nos otorgó y se nos sigue otorgando, enviamos nuestra palabra entusiasmada a rendir homenaje a don Juan Abarca Pérez, presentado con la modestia de nuestra escasa capacidad, como periodista y como maestro, y ello precisamente al cumplirse los cuarenta años de ejercer con éxito —dolor y júbilo alternados su altísima misión: osar con la pluma para es- perar la flor.



Señor Profesor Jesús Romero Flores, fundador de la Escuela Normal para Maestros y Constituyente de Querétaro; fue también Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Jesús Romero Flores

Al Maestro, celebrando y lamentando a la vez, su jubilación.

Como distintas flores surgiendo siempre de un mismo tallo, milagro que hacía estremecer de admiración a Víctor Hugo, generaciones y generaciones de hombres han salido de la mente, del corazón y de las manos maestras de don Jesús Romero Flores. La roja y palpitante entraña, la inteligencia juvenil en sus fulgores y las manos activas, integran la unidad del hombre que en su banquillo de profesor en Tangancícuaro, primero, al frente de escuelas pueblerinas después, escribiendo en los periódicos provincianos que eran como los primeros relámpagos de la tormenta revolucionaria, arrullando sus sueños de poeta y de historiador acurrucándolos en los rincones de revistas impregnadas de romanticismo, político más tarde, en plena revolución, hace la Ley de Educación vigente en Michoacán y funda en 1915 la Escuela Normal para Maestros. He dicho que sentimiento, pensamiento y trabajo forman unidad en el Maestro, porque quienes fuimos sus discípulos, más bien sus hijos en el espíritu, ya que discípulos nos parece poco, porque sólo connota el término la estancia bajo el régimen de conducta formal impuesta por un hombre, y así no todos los discípulos podemos llamar-

nos sus hijos, lo captamos íntegro, sin que a la manera del dios oriental los diferentes elementos de su sér engendraran castas. Los que fuimos, lo fuimos plenamente y estamos por esta afirmación en actitud retadora que también del maestro heredamos. Esta integración de las conciencias, armónicamente, sin unilateralidades deformadoras, es algo valiosísimo, y tan importante y vital característica de la personalidad tiene como base una información completa acerca de las disciplinas que la escuela en cualquiera de sus grados sirve al estudiante, cuando el maestro lo es en verdad, y se mueve con señero y aquilino vuelo en los espacios de la docencia, convirtiendo en majestuosas las altísimas regiones de la cátedra. Los maestros constituyen un bien pedagógico, son los transformadores que regulan las corrientes de alta tensión de la cultura de un ciclo histórico, para que los discípulos receptores no se fulminen a su contacto, destruyéndose, incapacitándose por indigestión o por complejo ante la cima de rayos del pensamiento humano que ilumina su tiempo.

Dosificación del conocimiento sin escaseces, resumen sin mutilaciones de la materia, debe ser y es el objetivo de la metódica magisterial. No creemos en las especializaciones, sino en el orden de lo mecánico. Cuando se habla de la formación de la personalidad de un hombre, no tiene sentido hablar de especialización, porque los valores que la Pedagogía tiene como misión realizar, son heroicos, se dan o no se dan en la conciencia. Maestro y discípulo entonces, son o no son. Uno y otro si no logran aprehender, cayendo bajo la jurisdicción de las vigencias (valores), captar, que es el término propio, que implica conocimiento y conducta, los imperativos esenciales de Ciencia, Ética y Estética, —Verdad, Bien, Belleza— pongamos por caso, no serán jamás ni discípulo ni maestro. Y es que el conocimiento humano es uno solo, aunque no parezca así cuando es fraccionado por las clasificaciones metódicas. De ello se desprende que quien quiera sentirse especializado, sólo resultará un seguidor del camino de sus preferencias que lo llevarán vellis nollis a la coordinación sintetizadora, negando sus afanes de especialización. Podrá ser el hombre un superficial, porque es imposible ahondar en todos los aspectos del conocimiento, pero en cambio será dueño de un mapa del mundo del genio, carta que le permitirá visitar las regiones que quiera y pueda penetrar. Con lo dicho me anticipo a contestar las obje-

ciones hechas al enciclopedismo, que lo único que tiene de malo, se encuentra en la defectuosa concepción de quienes lo critican: creen que el hombre enciclopédico es sólo un hacinamiento de datos, sin estructuración sintética fundada en la coordinación de las vivencias. Si así fuera, también nosotros lo condenaríamos.

Pues bien, Romero Flores escogió a la Historia como maestra, y en esa obra de arte en que sobre el "polvo de los siglos revive el alma de los siglos", nutrió la agudeza de su capacidad docente. De allí tomó su caudal: ¿cuál conocimiento, cuál experiencia humana no se registra en la Historia? De allí tomó su método: ¿Cuál disciplina, mejor que la Historia puede dar la penetración en las interioridades del hombre? No creemos que exista historia clínica alguna, fichas de observación de psicólogo moderno, que superen a la Historia como suministradora de datos para el conocimiento del hombre. Y como la historia, en su prodigiosa unidad como obra de arte es totalizadora, de ella extrajo el maestro el sentido armónico con que debe realizarse el hombre que enseña para poder lograr al hombre educado.

El historiador hizo al maestro, y que no se diga que Romero Flores ejerció como maestro antes de ser historiador. Vocacionalmente eso sería falso. En todo caso, fue buen maestro hasta que fue historiador.

Por eso el dominio, campeador del verbo docente siempre: ante los niños, ante los jóvenes, en el periódico, en la revista, en la tribuna cívica, en la tribuna parlamentaria. No se puede saber de Castelar, de Cicerón, de Martí, de Demóstenes, de Esquines, de Isócrates (el orden al citar estos nombres es lo de menos, porque todos son grandes), si la historia se ha estudiado **reviviéndola** o sea en el caso de los oradores nombrados, conociendo sus discursos, saboreando su texto imaginándolo sonar en el escenario sobre el cual se derramó, considerando los hechos que lo inspiraron, reconstruyendo los efectos que produjo. Y como este revivir **modela** la dicción, obliga a la imitación imaginada del gesto, la entonación, etc., no puede concebirse a un historiador del género descrito, sin poder ser un orador en cierta proporción y medida, desde luego. El anterior ejemplo, puede servir para constatar mis afirmaciones relativas a la universal enseñanza que otorga el conocimiento de la Historia Universal, ya que en forma semejante, puede

analizarse la actitud intelectual del que está haciendo la historia de un país, o del mundo, en el capítulo, por ejemplo, que corresponda a Einstein como autor de la Teoría de la Relatividad.

Aparte del dominio de la palabra engendrado en la maestría lograda en el manejo de las ideas, Romero Flores tiene un extraordinario poder de penetración para conocer al discípulo, semejante al que el orador tiene para conocer a su auditorio. Entonces entra en acción, sobre el caudal del contenido, sobre la artística agilidad del expositor, la habilidad prodigiosa del animador, —artista del estímulo— que mueve los resortes íntimos del estudiante, halagándolo, emulándolo, quebratándolo, exaltándolo, según el caso que el muchacho tipifique. Ese es el gran secreto de Romero Flores, su genialidad como maestro que hace amar el trabajo en las aulas, prendiendo al discípulo en las redes del entusiasmo, porque ante el maestro se ve comprendido, se ve revelado, se considera actuando en la tarea de su propia formación, se ve reconocido como valioso, se ve homenajeadado y a la vez protegido por las condescendencias sutiles del maestro que no lo deprime, sino que lo impulsa, y hasta en el caso de flagrante error, lo disculpa transportando a la explicación del hecho lamentable, el juicio de reprobación.

Me he empeñado en desentrañar el arte del maestro, partiendo de mis propias experiencias, que muchas veces me llevaron a interrogarme a acerca de cual era la causa de la atracción irresistible que yo sentía en su cátedra y siento ahora en su trato. Y lo que he podido concluir es lo expuesto, y que exteriorizo, no con pretensión de mostrarme agudo, sino para señalar lo que tantos maestros podrían hacer para lograr serlo auténticamente: imitar a Romero Flores.

No siendo yo el indicado para hacer una valoración del maestro, sino simplemente el discípulo agradecido que trata de rendir su tributo de admiración, no hay por qué alargar esta nota, y a todo intento analítico prefiero el calor de la palabra cordial y apasionada: así como del mismo tallo, surgieron distintas flores, según la frase admirativa de Hugo, del corazón, de la inteligencia y de las manos del maestro han salido muchas generaciones. Entre ellas la mía, la de 1926-1931. Fue dado a la vid recoger de la tierra y elaborar en su maravilloso laboratorio de simple planta, todos los elementos que integran el sabroso fruto de la uva. A un hombre que fue maestro en su-

mo grado, le fue dado también con plenitud de razón, porque no era una simple planta, sino el más genial y puro de los hombres, convertir, en unas bodas, el agua en vino. Con el respeto que el genio de Jesús merece, yo quiero afirmar que con los modestos elementos que la naturaleza puso en mi persona física, el maestro Romero Flores emuló a la vid e imitó a Jesús —Jesús se llama también él— y de mi tierra, porque de barro somos, tomó los elementos para la uva de mi hombría, y luego como en el milagro que el Evangelio sitúa en el regocijo de unas bodas —fiesta de amor espiritual— del agua insípida de mi sensibilidad pobre, hizo milagrosamente el vino generoso de mi entusiasmo, entusiasmo que pongo en este homenaje que le rindo de todo corazón, ahora que al jubilarse deja para siempre su brillante carrera en las aulas.

“EL NACIONAL”.- 28 de julio de 1957.



Señor General Enrique Ramírez, Gobernador de Michoacán en el período 1924-1928.

Bajo Enrique Ramírez y Lázaro Cárdenas

Palabras pronunciadas en Apatzingán, el
15 de mayo de 1957.

I

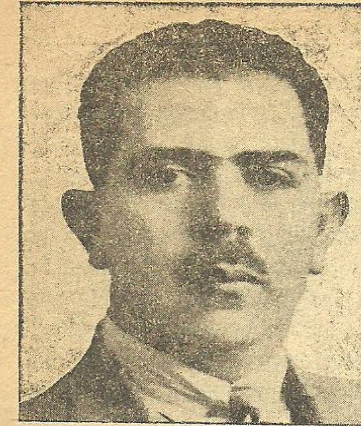
Como la ilustre hija de un visorrey, se recuesta Morelia, con elegancia señorial, sobre la loma de Guayangareo. Ornan los arcos del Acueducto su noble cabeza, como una corona estilizada o como una peineta española. En el jardín colonial de "Villalongín", la fuente canta con sus rumores el "lunes temprano" del Arcipreste de Hita, versos gongorinos de Juana de Asbaje o lee, con voz discreta, una página del Kempis que alterna con el recitar de las páginas del libro de las Rosas Virreynales de Jorge de Godoy. El gran coso taurino se complace en simular una áurea argolla prendida de los rosados lóbulos en la oreja de una gitana trianera. "El Carmen" ostenta un florecimiento de mayólicas y engalana su atrio con las moradas camelinas que evocan girones de la túnica del Hijo del Hombre. El jardín de "Las Rosas" se decora con aristocráticos lirios y jazmines, como si hubiera recogido, ungiéndolos con aromas, los florones del churriguera plasmado en los altares del templo, los suspiros

de las monjas del claustro o el eco de los versos de doña Esther Tapia de Castellanos. Junto al Hospital, templo del dolor de los cuerpos, encarnando una página de Gabriel Miró el Santuario del Stabat Mater acoge el alma popular convertida en plegaria, mientras en la explanada del frente, los niños juegan entre los rosales melancólicos que reciben el beso de la tarde. "La Soterraña" —apacible barrio— congrega en las albercas de su vetusto balneario, a la chiquillería que jugó en la plazuela reseca y pacífica. La plaza de "Carrillo", punto de partida y testigo de los romeros de Santa María, en los quince de agosto, intenta escapar por la calzada del Parque Juárez, de donde arrancan las escalinatas que civilizan la agreste loma que vió derrotar a Morelos. Los árboles del jardín de "Capuchinas" embellecen el frente de la escuela que dirige Eulalio Mejía, y por las noches cobijan a las parejas enamoradas, hijas del barrio ducho en organizar posadas y saraos provincianos. Dos cipreses tristes montan guardia frente al templecito de "La Columna" cuyo atrio, diminuto huerto, limitan las viviendas que participan de un airecillo místico con olor a convento. Luego, el Bosque, el aula verde de los universitarios, vecino —acueducto de por medio— de la explanada donde el Padre Morelos preside las alturas fieramente montado en su corcel de guerra. Frente al santuario de "San Diego", ornado con oros de ingredientes perdidos que hacen ascua refulgente el acopio de molduras cuasi barrocas, donde la Capilla de San Antonio recoge las cuitas de amor de donceles y doncellas, el silencio florido del jardín "Azteca" y hacia la ciudad, la calzada de piedra que en "Villalongín" cruza bajo el arco glorioso del acueducto que vió morir a Isaac Ariaga. Entre los lugares evocados, destaca con el derecho de su altura, "San José", el barrio y el templo sin los que no se concibe el edificio que albergó nuestros días juveniles: el templo, como "San Francisco", luce su torre incompleta o mutilada —en aquellos días no retoñan ni prosperan, ni florecen las piedras— y al frente su jardín de bellos trazos centrados por la ancha y cantarina fuente. Hacia el Oriente, pasando frente a "La Cadena de Flores", la calle conduce a la plazuela tan hospitalaria para los circos y las ferias: La plazuela de "San Juan" que se matiza en los medios días y en las tardes, con los uniformes de blanco y azul de las colegialas salesianas. ¡Nuestro "San José" sigue siendo la fortaleza que resguarda, aún en el recuerdo, nuestras ilusiones y nues-

tro orgullo de haber sido estudiantes!) La garita "México" que se abre en la zona del "Zapote"; la de "Santiaguito", a la que se llega por el viejo empedrado de la calzada que arranca en "El Carmen"; la de "Chicácuaro", en que empieza o termina el camino que partiendo del Hospital, cruzando la vía del tren, marcha hacia donde el sol se pone dejando a su izquierda la sombría calzada de la casa de los muertos y pasando "Los tres Puentes", llega a "La Quemada", sin parecer concluir nunca; la de "Carrillo" arroja al Sur la calzada del Parque, que utiliza la arriería campirana que viene de las sierras. Estas cuatro garitas y caminos demuestran la hospitalidad de la ciudad rosada, —como el templo de Neith en Egipto, con puertas hacia los cuatro puntos cardinales— donde los barrios son conocidos por los nombres de sus parroquias —San Juan, San José, Las Rosas, El Santo Niño, el Stabat Mater, La Soterraña, el Prendimiento, la Columna, Capuchinas, San Francisco; o por el nombre de sus tiendas. La Cadena de Flores, Las Mañanas de Abril, el Puente de las Rosas, El Tulipán Rojo, La Perla de Bethania.

Vida reglamentada de empleados públicos; vida bullanguera de la juventud estudiantil —rosa caída de la guirnalda de la Primavera, que dijo Tenysson—; penumbra de cines accedidos del idilio y torturantes programas de precios difícilmente accesibles; encuentros al medio día, de colegiales y colegialas en la Avenida Madero o en las calzadas frescas del Bosque o de San Diego, bajo soles cálidos o en tardes lluviosas; serenatas con intercambio de flores, bajo cielos transparentes; gardenias y nardos, confetti y cartas furtivas; noviazgos de barriada, suburbios en donde suenan a través de reproductores acata-rados, los poemas musicales de Guty Cárdenas y de Palmerín, en alternativa lírica con los tangos dramáticos de la tierra del Payador Santos Vega.

A las seis de la tarde, los grupos estudiantiles se deshacen para ir a sus barrios respectivos, al balcón de la novia, al cine, a las ferias de las plazuelas, en tanto que las campanas graves de las torres catedralicias entonan la oración vespertina; y entonces es la ciudad, más rosada a la luz del crepúsculo, como una inmensa rosa que recuesta en la loma los pétalos yacentes de sus manzanas, mientras son las torres que centran el jardín de los Mártires y el de Melchor Ocampo, como los pistilos altivos y bermejos, como gemelas espigas de amaranto.



Sr. Gral. de Div. Lázaro Cárdenas, Gobernador de Michoacán en el periodo 1928-1932.

II

Sobre el regazo de seda de la ciudad evocada, el año de 1926 nos encontró gestionando nuestra inscripción en las aulas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Esta ilustre madre nuestra nunca ha cobrado su enseñanza, y así, no sólo nos abrió su seno, sino que con la modestia de su patrimonio, nos dió recursos para sostener nuestra vida física: todos o casi todos fuimos estudiantes pensionados, y con esto queda dicho también que todos procedíamos de las entrañas pobres de nuestro pueblo. A los hogares paternos sustituyeron los hogares llamados "casas de asistencia", generosos y acogedores como sus dueñas, también pobres, de espíritu maternal, abnegadas, luchadoras viudas casi siempre, mujeres sin hijos por no haberlos tenido o por haberlos perdido. En este homenaje al Maestro, éllas merecen su parte y representándolas con algún nombre, les dedico desde aquí mi gratitud, si ven aún el sol, o si se encuentran más allá del sepulcro, y las llamo Cholita González, Nacha Andrade o Pepa Iturbe.

Al frente del Gobierno del Estado se encontraba el señor General Enrique Ramírez, campeón revolucionario y paladín de la libertad, sencillo, generoso y bueno. El Rector de la Universidad era el Dr. Don Jesús Díaz Barriga, inolvidable y amado como ningún otro Rector, y que los demás me perdonen la franqueza que como siempre exhibe mi inquebrantable sinceridad. En la Escuela Normal estaba interinamente Hernández

Leal, afortunadamente sustituido a los pocos días por Martínez Aguirre, después relevado por el fundador, diputado federal, don Jesús Romero Flores, maestro de maestros, auténtico conductor de juventudes, guía y señor de nuestro espíritu, en el sentido inspirado que se recoge de labios de Virgilio en los tercetos de oro de la Divina Comedia. La permanencia del maestro en la Dirección de la Escuela fundada por él, imprimió en el alumnado el carácter intelectual que aún conserva. Intérprete y militante de la doctrina política que el Gobierno de Ramírez realizaba, Romero Flores exhibió ante nosotros el panorama de la vida en los países democráticos, y nos lanzó en esa vida. Participamos como en cosa nuestra, y nuestra lo era, en cuanta campaña electoral se presentó. Con la ley en la mano en un tiempo en que se combatía contra los cristeros, estuvimos en los mítines políticos, en las casillas comiciales. Los políticos ramiristas nos consideraban sus amigos, y por más que siempre nuestra inconformidad estudiantil los atacaba, nos guiaron en las lides electorales. Destaco con interés directo a Melesio Moreno Ramos, el paternal amigo que sin avergonzarse de nosotros, por nuestras palabras balbucientes, nos dió ocasión de hablar a nombre de nuestros pueblos ante las primeras figuras de la Patria y de nuestro Estado: Plutarco Elías Calles, Alvaro Obregón, Pascual Ortiz Rubio, Lázaro Cárdenas. Nuestras voces adolescentes se mezclaron con las de tribunos como Aurelio Manrique, Antonio Díaz Soto y Gama, Manlio Fabio Altamirano.

Ramírez, pues, bajo cuyo Gobierno hicimos la mitad de nuestra carrera, nos enseñó los principios, y nos dejó desenvolvernos en forma viva en las prácticas de la democracia política, preparándonos, con nuestras intervenciones aún trémulas, en la imposición de la democracia social.

En 1928, llegó al poder el señor General don Lázaro Cárdenas. Los estudiantes correspondimos a su pensamiento político-social, derramando nuestro esfuerzo por los campos michoacanos, ligándonos activamente a las inquietudes, luchas y vicisitudes de las organizaciones obreras y campesinas. Es bueno recordar al nicolaita Antonio Mayés Navarro, a Dolores Núñez, al "viejo" Morales Contreras, el único y brillante orador nato que ha dado esta tierra. Fuimos fundadores en Pátzcuaro bajo la inspiración de Cárdenas, de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, como representantes de las Comunidades de nuestras regiones; organizamos sindicatos y fun-

damos núcleos ejidales; salimos a luchar al lado de los campesinos, como miembros del Comité Ejecutivo de nuestra Central. De ninguno de los trabajadores organizados entonces, fuimos desconocidos. En Lombardía he recordado a Faustino Gómez, el "compañero camaradita", conocido también por el compañero del "morral"; al epónimo Gabriel Zamora; En Nueva Italia vivimos en la casa de Feliciano González. Hoy, al paso por las viejas haciendas, nos renació la cólera recordando a los inhumanos Sebastián Rodríguez y Vicente di Prata, latigueros oficiosos de los Cusi. Todavía saboreamos las tremendas amarguras de aquella renovación de los contratos colectivos en 1930, cuando los trabajadores que ganaban un peso doce centavos en tarifa mínima de desclavillador, que ustedes saben de su encargo: andar en agua a temperatura altísima durante ocho horas, eran sustituidos por inconscientes esquiroles costeños que hacían el trabajo por un peso. Cuando los campesinos eran burlados al no cumplirse las cláusulas de su contrato, y se les dejaba meses enteros sin trabajo, estuvimos aquí y luchamos a su lado y hubo día en que amenazamos con romper el sifón en la barranca, para castigar a los inclementes enemigos de los campesinos. ¿Es o no cierto, viejo amigo Feliciano González? ¿Recuerdas al Camilo Zúñiga de Uspero, a las autoridades enemigas de Parícutaro? Y lo que sucedió aquí lo compartimos con los trabajadores en todo el Estado: con los agraristas, con los obreros: Tepenahua y La Ibérica, Chupio, Pedernales, Cohulote y Puruarán, los Bancos y Guaracha. ¡Maldición!, gritamos aún, para los negreros como di Prata y Rodríguez, para los traidores como Félix Chameri, los Camilo Zúñiga; ¡Honor!, en cambio, para nuestros sacrificados como Gabriel Zamora.

Así respondimos al régimen del señor General Cárdenas, y en la ciudad, como derrame del fuego de nuestras aulas, convertimos el orgulloso templo Jesuita en Biblioteca para el Pueblo, y cerramos el nido de reaccionarios que fué la Escuela Libre de Derecho; depuramos al alumnado mismo de nuestro Plantel. ¡Hasta a la amputación de carnes tan amadas llegó nuestro celo, celo que perdura aún como antorcha que representa nuestra juventud iluminada por el pensamiento de nuestros profesores, a quienes consagramos nuestro fervor de batalladores hijos de la Escuela Normal para Maestros.

III

La información pedagógica que se nos dió siempre fué vista, y con tal carácter fue expuesta, como el apunte que podría hacer un viajero recorriendo países y tiempos para observar los triunfos y fracasos de quienes se ocuparon de enseñar. Asimismo creímos que la instrucción que se nos proporcionaba sólo sería útil y se agotaría en ello, desarrollando nuestras virtualidades como trabajadores de la educación y rechazamos toda esclavitud debida al principio de autoridad, ya que la educación concebida como arte de maestros, no es otra cosa que el esfuerzo por armonizar en el hombre el desarrollo de sus potencialidades con la información científica, ética y estética. No nos importaba ni nos importa si la causalidad económica tiene o no exclusividad normativa. El maestro debe conjugarla, concebida como estructura o como superestructura, simultáneamente con las vigencias indicadas jerarquizándolas, reconociéndolas como fines, dejando el problema de los recursos económicos en la esfera de los medios, sin que por esto se les reste importancia ni la afirmación vaya en detrimento del prestigio de la Economía como ciencia. La educación, como se nos dijo en las aulas, es la labor de perfeccionamiento humano transformando al hombre por dentro, desarrollándolo, podándole las malas inclinaciones, a la luz de la tabla de valores de un momento histórico dado. De dentro a fuera es como hay que cambiar valiosamente la fisonomía moral, social, política y económica de nuestro mundo, aprovechando el interés universal y supremo de la libertad; haciendo concordar el alma de la cultura con la conducta de los hombres y de las naciones, aquéllos y éstas sujetos a las normas propias de su rango de personas, insustituibles como conciencias, inmediatizables para fines que no sean los suyos propios, porque toda persona es un fin en sí misma. No puede ser maestro quien no sea capaz de manejar una tabla axiológica.

Tan es verdad lo que acabamos de asentar, que la escuela mexicana que tan batalladoramente se comportó a partir de la Reforma —resonancia progresista del pensamiento insurgente de Hidalgo y Morelos, germen y atisbo de las ideas emancipadoras de la Revolución de 1910— ha fallado, y esto no es culpa de los maestros, sino del espíritu de sistema que les ha impuesto la camisa de fuerza de una técnica tomada de autori-

dades extranjeras —caso típico de imitación extralógica fundada en el prestigio que no siempre es merecido y en la extranjería que por sí misma nada demuestra— programándoles un trabajo escolar que comienza en el Jardín de Niños y acaba en las Facultades de la Universidad: Escuela profesionalista es la de este tipo, y salvo el matiz rural que la quiso arraigar en la solidaridad con el Plan agrarista revolucionario y el esfuerzo de tecnificación que se iniciara con las Escuelas de Artes y Oficios, las Escuelas Centrales Agrícolas, culminando en el Politécnico Nacional, todo es hacer de la escuela un instrumento del profesionalismo, y profesionalismo tradicional, insensible, con indiferencia más lamentable aún que la hostilidad, ante los dolores de la carne de sacrificio que es el pueblo. La culpa de los maestros ha de buscarse en la tolerancia de una domesticación a la que se les ha llevado engamarrándolos con las negativas ventajas económicas de un sindicalismo impuro que está matando "de muerte" el espíritu noble del gremio, caído ahora en un fangal de irresponsabilidad mercenaria al servicio de una falsa política inspirada por el fariseísmo, la ambición desenfrenada de riqueza, la demagogia que exhibe un nuevo tipo de enemigos públicos: los capitanes de empresa investidos al mismo tiempo con los atributos del funcionario.

La enseñanza que nos dieron las aulas universitarias no fué nunca sectaria, no fué la resultante de un credo combatiendo a otro. Tanto en el caudal doctrinario que se nos dió para llevarlo al seno de la sociedad, como en la metódica con que se nos equipó para lograrlo, se nos mostró como meta suprema la dignidad del ser humano y por ello el respeto a los intereses del niño en forma absoluta. Por ello, también, el pensamiento de maestros y alumnos fué vertido en un ámbito de libre examen, buscando la verdad a la que debería llegar cada conciencia y cada mente, ascendiendo por la escala del esfuerzo, siendo la adquisición proporcional a cada capacidad o grado de desarrollo psíquico. Fuimos antidogmáticos, enemigos de las verdades que, si lo eran, causaban absurdo al ser impuestas, al ser indiscutibles. Y lo que fuimos con respecto al dogma, lo fuimos de manera universal: porque lo mismo que sojuzga un dogma teológico, soguzga un dogma estadista o clásista, y no vale que se alegue que tal clase de "verdades" nada malo son en sí mismas, porque aunque así fuera, en primer lugar son impuestas y su uso, por otra parte, está en manos que, si al-

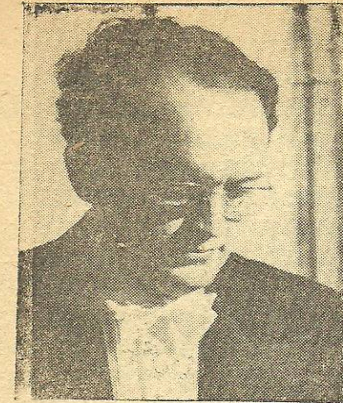
gunas veces merecen respeto, no siempre son las mismas, ni aún siéndolo, está garantizado que permanecen consagradas al culto de la virtud, porque es condición humana la tendencia a valorar la grandeza propia en comparación con la sumisión ajena, tratando de lograr ésta, en el mejor de los casos, alegando la bondad de los fines. Para nosotros la enseñanza debe ser en sí misma y en sus consecuencias o aplicaciones prácticas, cuando el hombre la ha recibido, UN CAMINO DE LA LIBERTAD. En el despotismo y en el envilecimiento —decía Condorcet— caen los pueblos cuando llegan a conseguir la libertad en términos jurídicos, sin haber logrado primero la instrucción.

He bosquejado lo que los regímenes de Enrique Ramírez y Lázaro Cárdenas significaron para nosotros; lo que Romero Flores nos infundió como carácter profesional en la escuela; he resumido los hechos que constituyen nuestra respuesta a las ejemplaridades que se nos presentaron, concordantes con el pensamiento de la Revolución Mexicana. Quiero pedir ahora a los campesinos, a los trabajadores de mi patria que son sembradores o transformadores de lo que nace sobre la tierra, que cuiden de la enseñanza, porque ese empeño los iguala con los maestros de escuela, también sembradores; y si el hombre es el fruto más valioso y la riqueza más estimable, es urgente ayudar a estos formadores de hombres, cultivadores de hombres que, un día, tal vez, llegarán a ser pastores de pueblos.

Mis últimas palabras para tí, Maestro Romero Flores: No es cierto lo que me decías hace unos minutos; el maestro no fracasa nunca. Triunfa siempre en el discípulo y éste no puede superarlo jamás, sino en el sentido dialéctico de logros y negaciones alternados, pero aún así nadie puede llegar al presente ni al futuro sino por gracia de presentes y futuros que se han convertido en pasados. El pasado vive en toda aspiración, en todo anhelo. Admiro mucho, porque tú me enseñaste a admirarlo, el pensamiento de Rodó, pero a su Gorgias, parábola espléndida, como todas las tuyas, en que florece el verbo galano del retórico griego, tan grande como lo combate Platón en sus diálogos inmortales, verbo que resplandece en los brindis de los discípulos convocados por el maestro "cuando sintió que iba a morir", se advierte un hermoso orgullo, pero no una verdad. Brindando, dice el discípulo, único a quien Gorgias distingue levantando la copa como signo de aprobación, por quien sea mejor que

tú, por quien guíe nuestros pasos con más firmeza, por el que tenga seguridad donde tú encontraste dudas. Bebía aquel discípulo, en una palabra, creyendo que producía el mejor elogio, por el maestro del futuro. Yo, pobre de mí, maestro Romero Flores, gozo en estos momentos con oponer a la parábola del genial uruguayo, otra parábola, regocijándome en su audacia: en una playa de Oriente, muchos sabios disputaban acerca de quién sería de ellos el que primero podría recibir en sus ojos y en su frente la luz del día ya próximo, y hubo quien asegurara que enfrentándose al orto contemplaría, antes que nadie, el primer rayo de sol. Pero también hubo quienes juraron que vueltos de espaldas al Oriente, serían los triunfadores en aquella justa por la luz. Y estos fueron en verdad los vencedores, porque sabían que atrás estaban las cumbres coronadas de nieves eternas. Y la claridad del nuevo día besó primero las cimas que las playas de suaves declives homenajeados por el canto del mar, inmenso, pero al fin llanura. Por eso mi fe se vuelve hacia tí, maestro de sienes nevadas y mi alma te rinde su fervor y su rebeldía, porque eres una cumbre, y yo guardo de mis antepasados indios, el amor y la veneración, por las montañas patrias que amparan el valle glorioso donde reinó Cuauhtémoc: Popocatépetl e Iztaccihuatl.

Y ahora, maestro, recibe de mis labios el juramento de mi Generación que tú formaste: Todavía tienes la antorcha en la mano vigorosa, pero si llega el día aciago en que la has de poner en la nuestra, juramos mantenerla en alto y encendida, y si la lóbreguez llega a envolver a nuestro pueblo y nuestra tea, la de tu gloriosa herencia, se consumiera, juramos que dejaríamos arder nuestra mano levantada, con tal de seguir alumbrando.



Miguel Bernal Jiménez, el vulvul michoacano, autor de "Tata Vasco".

Miguel Bernal Jiménez

Se han acentuado bajo los cielos michoacanos, las afinidades entre los ruisseños y las rosas. Las rosas rojas que esplenden en el huerto de las vírgenes tarascas, las encendidas corolas que ornan los patios morelianos, custodiados por las aristocráticas cancelas, se han deshojado con desesperación suicida, por que ha muerto un ave canora, el hermano del rui señor de Wilde, que dió la sangre de su corazón a las rosas bermejas.

Un requiem está entonando el viento entre los augustos pinares de los bosques sagrados de la raza; en elegía se han convertido los ritmos musicales del Zirahuén; plañen las ondas del Lago de Pátzcuaro como cuando dejaron de mecer en sus lomos las regias piraguas.

Lloran los órganos en los santuarios como en el poema de Chocano, por la muerte de la alondra que musicó las alboradas michoacanas, y en medio de los bosques, los colibríes han detenido su vibrante vuelo, porque han visto por los senderos de las montañas uruapenses y en las cercanías de Tzintzuntzan y junto a las fuentes de Pátzcuaro, las sombras de D. Vasco y de Fray Martín de Jesús, llevando hacia el misterio de la altura gloriosa, un alma luminosa recién desencarnada.

Miguel Bernal Jiménez ha muerto prematuramente, como si con el silencio de ese corazón que era una fuente de música,

los viejos dioses quisieran castigarnos por imperdonables pecados contra el santo espíritu de la belleza. Sin exageración alguna, con Miguel enmudeció el alma más canora de la Patria, alma que una infinita misericordia nos había dejado, quizá como lo había hecho con el justo de Sodoma, como un pasamanos de gracia, como un rehén de virtudes ya imposibles, como una postrera y heroica oportunidad de redención.

Somos tal vez un pueblo como el Peer Gynt de Ibsen, frustáneo y estéril. Ni llanto, ni palabra, ni canción. Peor todavía: llamamos con estos vocablos, profanándolos, al bramido, al rebuzno, al sonsonete de la voz que denuncia los afanes de la bestia en celo. Somos un pueblo que ha perdido pureza, porque el candor ha muerto ahogado por el materialismo: La serpiente ha devorado a la paloma.

Sully Proudhon imaginó una vez que las flores habían huído, dejando de bordar los campos, querellándose de que los poetas habían olvidado cantarlas. La nube, entonces, negó sus aguas fecundas, los ríos languidieron hasta extinguirse y dejaron de irrigar las fértiles llanuras; convirtiéronse en desiertos los bosques. Los árboles sintieron la angustia de la sed, sus raíces no encontraron la linfa vivificante, y los montes quedaron desnudos; el sol lanzó miradas coléricas al suelo de donde habían desaparecido la inocencia y la belleza, encarnadas en la flor. Los hombres lucharon a muerte por la posesión de los últimos recursos de vida, y en pleno reino de odio se debatían en el esfuerzo por no morir.

Así fueron las horas de agonía, hasta que, revelada en sueños a los niños la causa de la catástrofe, los poetas levantaron los ojos hacia las estrellas irritadas y de rodillas, con los brazos en cruz, imploraron la intercesión de los astros, para que las flores volvieran a brotar.

Palavicini recoge una leyenda que narra un milagro de la suprema luz. Uno de aquellos que habían ultrajado a Jesús, moribundo, con la blasfemia, cuando a la hora de nona, las tinieblas invadieron el planeta, echó a correr, presa del terror, hacia la ciudad deicida; tropezando entre sus muros, volvió a salir de ella, sin rumbo, en busca de luz. Llegó un momento en que la fatiga lo hizo detenerse y entonces reflexionó en que veía, y luego en que ello era debido a unos cabellos ensangrentados que habían quedado en su mano sacrilega, cuando maltrató a tirones la divina cabeza del maestro. La luz que perci-

bieron sus ojos iluminó su alma, y poco después del día trágico y glorioso, la palabra de aquel hombre predicaba la buena nueva y el milagro de la Resurrección.

Yo no creo que estemos en mejor ocasión que la del fariseo y que la de los hombres abandonados por las flores.

Estamos de espaldas a la copa de cicuta, destinada a los hombres de la verdad, y al Calvario, destinado a los hombres del amor.

Queremos éxito material y fácil. Hemos ensalzado al engaño con el demagogo perverso; nos hemos doblegado a la fuerza; nos hemos arrancado los ojos, los ojos del alma, para no quedarnos si no con los ojos del cuerpo, y aún la mirada de éstos hemos enturbiado para complacer al estómago.

Hemos convertido nuestro mundo en piara y disputamos con los cerdos por la bellota, ajustando —con destierro de la verdad antigua— la verdad contemporánea a condiciones de igualdad con la adquisición.

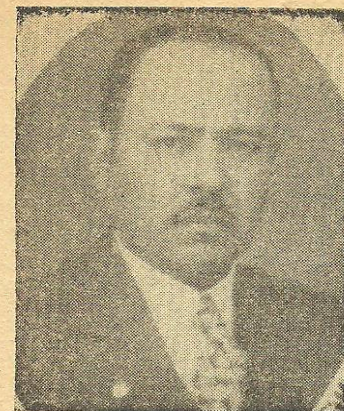
En vano se nos ha revelado en la "Muerte de los Trovadores" que el espíritu es tan real como la porcina bellota, teniendo además la luz que orienta y la fuerza que mueve, cuando se nos narra que estaba a punto de caer una ciudad en manos sarracenas, pero el genio de un trovador galvanizó a los cruzados, diciendo que bajo la puerta en mayor peligro estaba enterrada la lanza con que Longinos había roto el costado de Cristo. Ante aquel anuncio, con fe renacida y la fuerza renovada por el fervor amoroso simbolizado en la reliquia, las armas cristianas obtuvieron la victoria.

¿No vale, pues, decir que fuera de la religión, más que buscar la tumba de Don Quijote, hay que buscarlo vivo, y combatiendo contra los malos encantadores que convierten en ventas los castillos, en ruido de batanes las empresas nobles, o en molinos de viento los gigantes felones y brutales?

Ha muerto el autor de Tata Vasco, el discípulo amado del padre Villa; el segundo si no es que el primer organista del mundo, el más fino y alto músico mexicano. Yo que lo vi de niño, sentado en el bufete gemelo del mío; que fui su amigo y jugué con él, protegiéndolo a veces, porque manos o palabras lo maltrataban en su sensibilidad delicadísima que frecuentemente se manifestaba en llanto; yo, que advertí siempre que en su mente no entraría nada que no fuera armonía; yo, que conocí su voz musical, espiritual y fina como la luz de su sonrisa fácil; yo, que supe de sus estudios y de sus triunfos en Europa, del éxito

de su obra monumental —“Tata Vasco”— y sentí el orgullo como mexicano y como hombre, de que tuviéramos tan gran artista y hombre tan inocente y tan sencillo, dedico estas páginas al hermano en el amor de lo bello, como hermano fue en las aulas del Seminario.

Chante Clair, que es el gallo simbólico del combatiente que se bate por la rosa mañanera —como bellamente lo personifica Teja Zabre en las Exequias de Urueta— rinde homenaje fraternal al ave muerta, por su canto fino y dulce, con el suyo que es tosco y bronco, aunque inspirado en el mismo amor. Y si el ruiseñor de Wilde clavó espinas en su corazón para desangrarse y teñir las rosas, aquí ofrezco, como homenaje a Miguel, el voto solemne de dar batalla franca y sin cuartel a los enemigos de la belleza que la bermeja flor encarna.



Melesio Moreno Ramos

Nuestra pluma escribe afirmando con el vulgo: Melesio Moreno Ramos ha muerto, porque lo dejamos en su tumboc, el viernes último, en el panteón español. A esta evidencia se suman otros elementos de constatación: vimos anegados en llanto los ojos de su esposa, el gesto doloroso en la faz de sus hijos quienes, retrasándose al retirarse el cortejo, fijan la mirada angustiada sobre las tierras removidas en que descansaban las ofrendas florales, como reclamando al muerto rezagarse —no queremos creer lo que acontece cuando no lo deseamos —en el regreso al hogar, para ocupar su sitio de siempre, al lado de la madre; formulando plásticamente esta expresión verbal: —Padre, ¿cómo tú, tan dinámico, con tu inmovilidad te has complicado en tu sepelio; cómo tú, tan celoso en tus amores, nos dejas ir solos; cómo tú, batallador incansable y victorioso no quebrantas esa pacífica postura de tu cuerpo yacente?

Melesio Moreno Ramos ha muerto, repetimos con el vulgo, pero nuestra conciencia dista mucho de corroborar la afirmación. Cuando el sepulcro como una boca de labios grises comulga con el cuerpo que se le entrega, la energía condensada en ese cuerpo va a trabajar en un nuevo ciclo que nada tiene que ver ya con el nuestro, en el oleaje de las generaciones. Lo que el sér desaparecido era antes de su tránsito, sigue viviendo, porque perdura su creación: creación en cuerpos o espíritus, como

enseñaba Platón. Los dispositivos de su alma que se nos manifestaron en la conducta viva, en su personalidad: pensamiento, voluntad, sensibilidad, no se van al sepulcro, sino que continúan, al ser heredados a los seres de su creación, porque realmente se transmiten no sólo con matemática integridad, sino superados en cuanto dispuestos para encontrarse actuando en campos más elevados, produciendo nuevos florecimientos al realizar la coordinación de afinidades superiores.

Nos repugnan los manidos consuelos a base de asegurar que el muerto vive en el recuerdo. Nadie vive en un retrato mal hecho. Al hombre que desaparece hay que buscarlo vivo en la entraña de los seres que engendró: en nuestro pensamiento, en nuestra voluntad, en nuestra sensibilidad. Esto es lo valioso, esto es lo positivo. Con este logro, llegaremos a la convicción de que vive. Sólo lo negativo muere, y ello porque no es amable, en la memoria. Aquello que existe, pero como nadie lo ama nadie lo evoca, nos enseña el filósofo, decimos que muere, porque se confunde así con la nada. Y sin embargo, aún el mismo mal, lo negativo por antonomasia, coopera a destacar la ejemplaridad del bien. Gratitud eterna debemos al pensador que nos enseñó que la humanidad necesita más que imperativos categóricos, un intenso amor por la belleza de espíritu. La Etica resulta así una obediencia a los altos ejemplos. Si tenemos entonces la capacidad de realizar el afán de aproximarnos comprendiéndolos e imitándolos a hombres heroicos al servicio de la verdad, del bien o de la belleza; si en nuestra propia entraña ellos nos pusieron su pensamiento, su voluntad y su sensibilidad, ¿en donde está la muerte?

*
* *
*

Recordemos ahora a Melesio Moreno Ramos, haciendo en su honor la más sencilla, pero la más valiosa de las afirmaciones: fue un hombre. Y eso basta, como hubiera cantado en magnífica estrofa el poeta de "Yarabí". Personalidad tremendamente enérgica. Su pensamiento era diáfano en el mundo de lo concreto; fue dueño de una inteligencia agudísima, con el sello práctico, característico de la inteligencia cuyo destino, concebida como independiente de toda resistencia o de todo contrapeso al proyectarse en la acción, se retrataría en la ambición

que contiene el postulado que rezuma afán de dominio en el orden específico: lo más con el menor esfuerzo. Maestro en la combinatoria, lo era en función de que su inteligencia percibía con sutileza las relaciones entre las personas y las personas; entre las cosas y las personas, entre las cosas y las cosas. Estas relaciones captadas sintéticamente en su aptitud para integrar conjuntos, lo que implica también su captación con metódica analítica, le daba su combinatoria, y ésta su éxito. Así, fue diestro en la política y en el comercio. Personalidad enérgica tenía que ser la de un hombre con voluntad firmísima. Intenso y constante era su "querer" al grado de convertirse en avasallador. De la carga cuántica de su voluntad nacía, complicando ya la inteligencia, su afán de "control" en todos sentidos. No toleraba una intromisión, por inocente que fuera en "su" distrito, cuando fue político; su discreción llegaba al misterio en el trato de "sus" asuntos; ni el más insignificante dato quería aportar relativo a su vida pública o privada, si consideraba que podía rebajar "su" ascendiente en el ánimo de quienes lo trataban por cualquier razón; celoso fue en sus amores de padre y de esposo, pero no en el sentido bajo y vulgar, sino al ser "absorbente", acaparador insaciado de la atención de "su" esposa y de "sus" hijos. Este exclusivismo lo extendía a todas sus relaciones de trato. Tal engendra el astro su campo gravitatorio.

Una vez más subrayamos la enérgica personalidad de Don Melesio Moreno, al examinar su sensibilidad. Inteligencia clara de lo concreto, voluntad fuerte obedeciendo a tal inteligencia con objetivos prácticos, su sensibilidad era muy fina, muy sutiles sus capacidades de registro. Percibiendo hasta el más insignificante estímulo, una vez con la serie de sus experiencias —velocísima sucesión— su inteligencia combinaba y valorizaba, mientras su voluntad apuntaba la dirección. Hiperestésico, indudablemente. Era susceptible, alterable, caviloso. Sensibilidad siempre alerta más tendencia al "control", más pensamiento combinatorio, tendría que dar cálculo, previsión exagerada, desconfiado celo. Carácter difícil, dada la naturaleza de los elementos de integración causal.

Pero que fuera difícil su trato, sobre todo si era permanente, no quiere decir que fuera otra cosa sino lo que ya hemos dicho: un hombre. ¿Y qué hizo?

—Sencillamente, cumplió con su deber.

Buen hijo, buen hermano, buen padre, buen esposo.

Buen ciudadano, buen político. Hombre bueno.

Lo conocimos cuando era Diputado al Congreso Local de nuestro Estado, el Estado de Ocampo. El nos inscribió en la Universidad Michoacana y nos obtuvo —representamos un caso entre cuarenta— la pensión que nos permitió llegar a profesionistas. Con él, por primera vez, recorrimos en jornadas cívicas los pueblos de nuestro distrito que era el 17; el de Purépero. El nos inspiró y exigió las primeras arengas a los pueblos, bravas e ingenuas. Con él fuimos visitando, una a una, todas las comunidades agrarias de nuestra demarcación política, preparándolas con el perfeccionamiento de su función como unidades económicas, para que se convirtieran también en unidades responsables del poder que un día les entregó en los Municipios. Con él visitamos escuelas llevándoles el auxilio oficial que como diputado canalizaba. Guiados por él orientamos a las multitudes revolucionarias campesinas para que respaldaran a los hombres de la Revolución como Alvaro Obregón, como Plutarco Elías Calles, como Lázaro Cárdenas. El nos llevó de la mano, sin avergonzarse de nuestras deficiencias y de nuestras torpezas, a estrechar la mano gloriosa de Obregón, la creadora de Calles la agitadora de Lázaro Cárdenas. Nos hizo permanecer por varias horas— las que estos hombres duraban en territorio del distrito— como guardias personales suyos, en nombre de la cortesía, con un espíritu paternal de estímulo para nosotros. Melesio Moreno Ramos sufrió nuestras molestias como un producto de nuestra inquebrantable rebeldía. Levantó con su influencia expulsiones dictadas contra nosotros por autoridades universitarias, vigiló nuestros estudios, atendió a nuestras diversiones, nos guió con sus consejos, nos procuró oportunidades, cultivó nuestro carácter: nos dió, en resumen, lecciones de hombría.

Y cuando tenemos la convicción de ser como él quiso que fuéramos y ello nos ha adornado el orgulloso blasón con sangre de sacrificio, ¿el sentido común viene a decirnos que ha muerto?

Miente el sentido común. Vivir es optar, decidirse constantemente y ayer, hoy y mañana estuvimos, estamos y estaremos decidiéndonos con la fuerza que él nos descubrió y nos enseñó a desarrollar. Está pues vivo. Y como solíamos hacerlo los sábados de nuestra vida estudiantil, hoy ante nosotros es decir ante él, venimos a informar:

—Señor, tenemos el título profesional que tú indicaste y para cuyo logro nos diste tu ayuda.

Somos humildes emborronadores de cuartillas y llevamos por lema el verso de Marquina: Una osadía: la pluma, y una esperanza: la flor.

Tenemos una prole grande en un hogar humilde, y a ella consagramos la totalidad de nuestro esfuerzo y en su honor sacrificamos todo.

Hemos combatido toda nuestra vida por lo verdadero, por lo bello y por lo bueno.

Hemos honrado a nuestra tierra con la palabra, con la conducta, con la pluma que ha ofrecido prosa y verso a las almas.

No hemos robado a nadie. No hemos matado a nadie. No hemos engañado a nadie.

No nos hemos doblado jamás. Como D. Quijote hemos amado a Dulcinea. Como al Manchego, podrán quitarnos el triunfo, pero el esfuerzo nunca. Así, pensamos morir vencidos de todos, pero vencedores de nosotros mismos.

¿Estás satisfecho, Señor?

¿Sí? Nosotros también estamos contentos de nosotros mismos.

II

(PRIMER ANIVERSARIO)

Las columnas de varios periódicos de esta metrópoli han anunciado el homenaje que se rendirá a don Melesio Moreno Ramos, el día 24 del mes que corre, en el Panteón Español, lugar en que descansan sus restos mortales desde el 24 de marzo de 1955. Virtudes adornaron al hombre, que van a ser alabadas, y en favor de ellas y confirmándolas, vengo a rendir mi testimonio.

La muerte, han dicho profundos pensadores, es la mayor humillación que puede sufrir el hombre, porque contra ella nada puede, y la impotencia exhibe su miseria y su pequeñez. Esto, sin embargo, sólo es verdad para los no iniciados en los misterios del espíritu en cuyos templos resuena victoriosa la segura enseñanza: El amor es más fuerte que la muerte. Y esta gozosa afirmación no es sólo una frase, contiene una verdad excelsa y digna del hombre y a la cual deseo aproximarme en

estas líneas. Quienes han meditado en los misterios del ser y del no ser, quizá hayan encontrado estas palabras de la Escritura: Morirás de muerte, expresión que claramente nos postula una forma simple de morir y otra forma singularísima como la expresión que la sugiere, la de morir "de muerte". Nos place llamar muerte al simple tránsito de lo que es nuestro cuerpo, como paquete de energía, a lo que será esa energía al desintegrarse el cuerpo en que está condensada, en el laboratorio del sepulcro. Nos aventuramos a decir que esta muerte no es verdadera, sino aparente y que sólo consiste en la realización de un principio general de ausencia que constatamos al dejar de ver una figura, de tocar un cuerpo, de oír una voz; y queremos aventurarnos a asegurar que sólo es muerte la que anuncia la expresión pleonástica de la Escritura: morir de muerte. En estas palabras encontramos una idea suprema de aniquilamiento y de aniquilamiento supremo, se nos entrega a una eternidad negativa, se nos anuncia una vuelta a la nada, a algo así como a no haber existido jamás. La culpa es la causa de esta muerte pavorosa, pero desde la pavora de las palabras tremendas se desprende también, como pasamos de gracia para salvarnos si nos asimos a él, la oferta más excelente que se pueda hacer a la humana conciencia: evitar la culpa, evitar la caída, imponiendo a nuestra existencia, sujetando nuestra conducta a leyes de amor. Esto es el más alto consejo de la sabiduría en favor de la caridad salvadora y es grande el hombre que lo escucha y lo aprovecha, ¡que en él se dará la demostración de que "el amor es más fuerte que la muerte"! Bienaventurado el hombre que desde la alborada de su vida descubre el altísimo secreto de vivir conforme a leyes de amor. El sabrá desde temprano la manera de ser inmortal, y que si la muerte común nos deja sin recursos y desarmados frente a ella, somos fuertes frente a la muerte verdadera y terrible si podemos mostrarle —antorcha o fogata que auyenta a las fieras del bosque, cuando el cazador o el viajero descansan— nuestro corazón envuelto en llamas amorosas. Bienaventurado fue, según las palabras anteriores, don Melesio Moreno Ramos, y permítaseme ahora alguna información sobre su vida.

Al Padre Rivera, de Lagos de Moreno, por lo que sabía de Historia se le llegó a considerar como "la Historia misma" y a don Melesio por lo que sabía de las realidades, de la realidad del vivir, pudo denominársele "la realidad misma", con todas

sus características: dinamismo laborioso, identificación con el acontecer registrándolo, identificándose con él en un constante "darse cuenta" que le permitía familiarizarse con los rumbos, con las direcciones del suceder que no le escatimaba secretos, como si le tuviera confianza fraternal. De la realidad tenía las urgencias, el sentido de la oportunidad, es decir, de lo propicio como conveniente, como exitoso. Veía las cosas con intimidad en su ser, sin las gafas deformadoras de la especulación. De la Cultura poseyó el mensaje que se refería al deber ser de las cosas, pero su realismo lo conducía a una actividad incansable para lograr mandar a la naturaleza, pero no contrariándola, sino obedeciéndola, es decir luchando siempre por el bien, pero sin utopismo, sin querer forzar la vida a convertirse en los mirajes que el ensueño crea, sino acercándola a los ideales humanos, transformando los elementos por dentro, con titánica y heroica constancia.

Fue así como jefaturó su casa paterna, guiándola, sosteniéndola, patrocinándola. Allí se concretó su ejemplaridad como hijo, hermano y pariente.

Cuando fue a la política, llamado por el pueblo, no fue un político parásito, porque siguió viviendo de su trabajo; ni sembró odios bajo banderas ensangrentadas como rojo demagogo; no fue un oligarca fariseo que se enriqueciera a la sombra de la representación popular de que estuvo investido varias veces en el Congreso Michoacano y una en el Federal; al fomentar la reforma agraria no convirtió a los líderes en delincuentes para mantenerlos como incondicionales, sujetos por las cuerdas del proceso que su influencia podía dilatar o promover; llevó a las comunas a los agraristas, pero en el plan reivindicatorio de la narias, y ello con consignas férreas para que dichas autoridades se autoridades municipales usufructuadas por familias continuistas y reaccionarias, y ello con consignas férreas para que dichas autoridades se ejercieran orientadas escrupulosamente al bien común, y nunca como bases de control electoral, ni menos de explotación o lo que es peor, de chantaje sobre los errores cometidos para conseguir mafia que apoyara su personalidad como un fantasmón de la popularidad. Sus ingresos procedentes del presupuesto oficial fueron a dar convertidos en bancas, en libros, reparaciones de edificios escolares, a los establecimientos de enseñanza primaria con que relleno los pueblos de su Distrito, y en auxilios a particulares menesterosos.

En la educación superior logró la formación de centenares de profesionistas. Hombre inspirado por la realidad, y cultivador de hombres desde las aulas de la escuela primaria, seleccionaba en ellas hijos de la clase trabajadora que destacaban, y no los perdía de vista a través de los maestros y de sus visitas a los establecimientos, hasta verlos maduros para llevarlos a la Universidad Michoacana, bajo su responsabilidad y cuidado en todo, desde la inscripción y beca, revisión de records de calificaciones y conducta, allanamiento de cualquier clase de dificultades, hasta la reprimenda siempre cordial y la dádiva semanal de "los domingos", previo sábado de información. En las vacaciones, estos estudiantes, guiados por él, visitaban todo el Distrito para que se familiarizaran con sus deberes cívicos y tuvieran noción cada vez más clara de lo que debían a sus pueblos de origen. Participaban en los eventos políticos y sociales, y mientras duró su vida pública, de trabajos electorales, "sus muchachos" hablaron ante Obregón, Calles, Ortiz Rubio, Cárdenas, cuyas manos estrecharon al acompañarlos en sus jiras. Al retirarse de la política siguió en la tarea de educar juventudes, porque él sabía que sólo así se gana el porvenir.

En su hogar fue hombre celoso de su deber y enérgico para mantener los lineamientos de conducta trazados a los suyos. Alingente, efectivo, certero fue como educador hogareño. Bastarse a sí mismo, era la consigna para orientar el trabajo. Todo sin perjuicio de nadie, era la fórmula moral. Campadecer y compatir cordialmente, era el apotegma de amor. Triunfó en su hogar paterno. Triunfó en el campo político, porque dedicado a lograr la felicidad de los pueblos, salvó niñeces, orientó a los hombres garantizando para sus hogares el fruto del trabajo organizado; predicó el respeto a la vida y formó juventudes. Triunfó en su hogar creado por él: logró esposa amante, hijos que lo veneran y trabajan para honrarlo. "Y eso basta".



Rubén C. Navarro, el poeta de Tangancícuaro, autor de muchos libros, entre otros de "Cancionero del Villorrio", "La Divina Locura", "Torre de Marfil", etc.

Rubén C. Navarro

*¿*Quién es, ¡Oh Musa! aquel que en el alba, hermana de la claridad en cuyo seno nació El Ramayana, va despertando con su canto los juncos de la ribera lacustre adornada de lotos azules?

—Es Valmiki, el poeta que canta la luz.

Dime, ¡Oh Amada Musa! ¿quién anda por los bosques de Tracia deteniendo la corriente de los ríos, encantando a los pájaros y subyugando el instinto bravío de las fieras, al son de su lira, "una concha de tortuga, con cuerdas de plata"?

—Ese que con el acento de su voz canora va entreabriendo las flores silvestres, es Orfeo.

Dime ahora, Numen de mi Patria, ¿quién es el que va por los senderos sagrados del Zirate y congrega con su canto a los colibríes de vuelo trémulo como el vibrar de una flecha india?

—Ese es un discípulo del poverello de Asís. Es Fray Martín de Jesús que va lanzando al aire embalsamado las estrofas del Himno al Sol. Es un poeta.

Ahora dime, tú, Pueblo de México, Tierra michoacana, ¿quién es aquel hombre de ojos soñadores, de voz franciscana, de alegría perenne, que partiendo de su villorrio, casería que envía sus mujeres y sus niños a reflejar su belleza y su inocencia en el lago de Camécuaro, ha bautizado con la luz del alba sus cantos juveniles, e incansable en su viaje, ha recorrido el

solar de la Patria y ha medido con sus pasos las tierras amadisimas de la América Hispana?

—Ese de que hablas es Rubén C. Navarro, el poeta de Tangancicuaro. Ha salido a contraponer sus andanzas con las de Peer Gynt, el frustráneo personaje de Ibsen: irá por la vida regalando sus cantos, declamando sus palabras, prodigando a la existencia su tributo de lágrimas diamantinas, hasta que un día, "a la luz de un crepúsculo de gloria, se le vayan cerrando los ojos y se le escape la lira de entre las manos".

Era yo un niño cuando llegó a mi pueblo. Y me maravillaba ver cómo en los banquetes de etiqueta folklórica con que los políticos de aldea homenajearon a los diputados de aquellos días y a quienes Rubén acompañaba en ocasiones en que él mismo no era candidato, el poeta decía inimitablemente sus versos, como si no fuera un hombre, sino una fuente innagotable de música verbal en que lucía sus prodigiosos iris la imaginación creadora de las "torres de Dios".

Más tarde, era yo estudiante en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, llegó un día el poeta al salón rojo del viejo Seminario de San José, lugar en que Romero Flores congregaba a la juventud universitaria para improvisar los programas de las inolvidables "sabatinas". De las "Canciones del Villorrio", de "Torre de Marfil" —sus primeros libros en circulación—, tomó material el sencillo liróforo para ponernos en contacto con lo que debe ser, con la vida tal como debió disfrutarse en el mundo recién nacido, antes de la caída del hombre; para llevarnos por instantes —¡ay!, fugitivos, que por fugitivos angustiaban a Fausto—, al seno del ideal, mundo bello y remoto al cual se llega por las escalas del entusiasmo, por los "senderos ocultos" del ensueño. Pude entonces darme cuenta de que Rubén arrastraba con el magnetismo de su arte, una cauda de amores, porque en amores se transformaba por razón natural, el sentimiento de la mujer —y aquel día toda una primavera femenina, botones y rosas, se prodigaba en eclosión de ofrenda— y en amistad se convierte en el hombre la respuesta gentil a la dádiva generosa de compartir con el artista la fruición de lo bello, en el misterio de las contemplaciones estéticas. Rubén C. Navarro ha sido el poeta más amado por el pueblo. Si en aquellos días se recitó "Tabernero", "Guarecita de mi Tierra", "Mi Novia Flor de Anís", muchos años des-

pués, —estos que estamos viviendo— las barriadas escuchan la música de Talavera en "Arrullo", y las muchachas y las madres cantan al novio gallardo o al hijo hermoso: "Cierra esos ojos lindos que tienen sueño, —y duérmete al arrullo de esta canción, —de esta canción que canto para que sueñes —en todas estas cosas que sueño yo..."

En León de los Aldamas apareció otro día Rubén C. Navarro. Entonces pude ya escribir en EL CENTRO, de Abarca Pérez, un artículo de justa alabanza. Aparte de describir las peculiaridades de un poeta, sirviéndome de una hermosa crónica de Emilio Carrere dedicada a pintar el alma de Villaespesa, enfrenté con Lugones la grosera impugnación del materialismo; un poeta es un parásito. No es socialmente útil. Lugones comparó a los poetas con los pájaros que orientaban a los viajeros perdidos bajo el palio de las selvas americanas, y les daban fe en la posibilidad de vivir, porque el canto del ave, revela su propia vida y la circunstancia salvadora y propicia de la fuente vecina. Yo evoqué —al fin y al cabo el evangelio tal vez— consideré a los poetas entre "los pájaros del cielo"— la audaz aventura de las naves colombinas que cambiaron la historia del mundo, asimismo cambiaron su ruta influyendo en el destino de América al dejarse guiar por "un vuelo de pájaros" hermanado así con el genio de la ambición del nauta intrépido; recordé a aquel romántico poeta de Harlem que escribía sus versos en las cortezas de los árboles, usadas por la parte blanca interior, y las juntaba para guardar el tesoro de sus ternuras para la amada; ¡circunstancia feliz este hacinamiento que originó la reimpresión de escrituras que conocida por Gutenberg, vió en ella el mensaje de luz que le inspiró el invento inmortal de la Imprenta! Si tal enseñanza nos dió el autor de Los Motivos, gestos inútiles, llama Lecomte de Nôuy a aquellos que engendraron el arte. La necesidad inspiró los útiles, los instrumentos de lucha y defensa, pero el día en que el primitivo quiso grabar en su caverna el recuerdo del reno que escapó a su asedio, el día en que el hombre del bosque quiso llevar en el mango de su cuchillo el trazo de buril que para nada servía satisfaciendo las exigencias de la vida ordinaria, ese día nació el arte. Y desde entonces ha influido sobre la historia, en la misma proporción que cualquier otra causa. El juego desarrolla con cierto aspecto de inutilidad, el arte deleita sin pedir nada y sin agotarse, la caridad —Amor— salva, y el amante transforma todos los cálculos de un economista, porque todo aman-

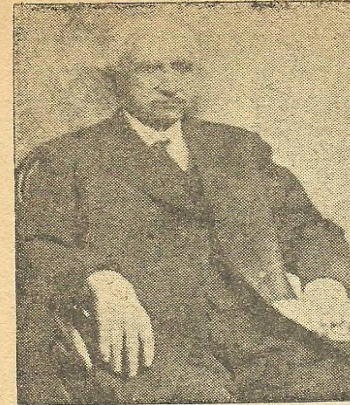
te se convierte en dón, sin afán, ni mínimo siquiera, de adquisición; y sin el sentido de poseer lo externo, ni mucho menos el valor del mercado, sin el sentido de estimar valores semejantes, ¿qué ley económica puede comprender esta actitud, que llega a hacer del hombre un sér único y milagroso?

Si gracias al desinterés del niño que juega, del artista que deleita, del caritativo que salva, es que el mundo todavía es digno de habitarse, y basta para estimar el cuadro opuesto suprimir al niño, al artista, y al amante, declaremos, proclame-mos el reino espiritual del párvulo, adoptemos la excelsa munificencia del poeta, acatemos los imperativos del amante. Seamos, en una palabra como Jesús de Nazareth: amantes, niños, poetas.

Al saber que Rubén C. Navarro está internado en el Hospital Militar, Sala de Urología, la Generación 1926-31 a que pertenezco como universitario michoacano; el viejo Ateneo Netzahualcoyotl en el que figuraron los poetas Agustín Arroyo Ch., Jesús Romero Flores, Cayetano Andrade, etc., han decidido llevar a cabo un acto Nacional de homenaje al poeta yacente ahora en el lecho que le propició el señor Presidente de la República. Queremos que se le dedique una HORA NACIONAL y estamos seguros de tener éxito en las gestiones que hacemos ante el C. Secretario de Gobernación. Queremos que la Secretaría de Educación Pública, en manos del casi paisano Lic. José Angel Ceniceros, escritor y poeta y jurista que ha honrado a México escribiendo sobre Martí y sobre temas de su especialidad, le edite un libro al bardo de Tangancicuaro; queremos que los escritores como Luis Garrido, catadores de las mieles del arte, le dediquen una página de aliento y justicia; deseamos que el Gobierno de Michoacán decrete un día escolar con programas que informen a los niños de lo que es un poeta, de quién es Rubén C. Navarro, y que les den a conocer los finos poemas del autor de "La Divina Locura"; queremos que las Organizaciones de Trabajadores Michoacanos, la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, la Escuela Normal de Morelia, los Ayuntamientos, y al frente de todos el joven Gobernador Franco Rodríguez, hagan acopio de medallas, diplomas, galardones en general, para ofrecerlos al que llevó por todas las tierras de América el nombre de México y la Patria chica, envuelto en el aroma de nuestros bosques aztecas y tarascos y consiguió para nosotros el cariño de Gabriela Mistral, y de los selectos cora-

zones que palpitan en esta América suriana "que reza a Jesu-
cristo y habla en español".

El Nacional, 5 de Julio de 1957.



El Padre y Dr. D. Agustín Rivera y Sanromán.
llamado justamente el Feijóo Mexicano.

Fervores Peregrinos

Con fervorosa devoción, en verdad, recorrí las calles de Lagos de Moreno. Había ido a visitar lugares santos y a postrar en ellos, como homenaje a los valores del pasado, mis rebeldías leoninas. Quería sentirme respirando el aire que respiraron don Pedro Moreno, don Agustín Rivera y Sanromán, don Francisco González León. Había nutrido mi imaginación, respecto al primero, en las bellas páginas de "Historia Patria" que escribiera el diamantino maestro don Gregorio Torres Quintero; en las referencias que en su vasta y genial obra le dedicara el Dr. Rivera y en "DON PEDRO MORENO, EL INSURGENTE" que sobre las bases riverianas escribiera, con vivificadora pluma, don Mariano Azuela. La conducta heroica es siempre igual, axiológicamente, a toda conducta heroica, pero de don Pedro me impresionó la sobriedad, el "valor sin arrogancia" de que habló Peza, calificando el de Guerrero. La sencillez del hombre, la facilidad para decidirse por una causa, la naturalidad con que se consagró al sacrificio, son circunstancias que obligaron la acertada afirmación de don Mariano, cuando asegura que quien busque sonoridades de epopeya en la conducta del héroe, redobles de tambor, clarines de sonos victoriosos, actitudes teatrales, acentos espectaculares, jamás llegará a saber nada de don Pedro Moreno el Insurgente.

Del Dr. Rivera supe las primeras cosas cuando era estudiante de Literatura en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo. Ilustrando la exposición que había girado en torno de los "tres heroísmos en conjunción" en que hizo caber Díaz Mirón el concepto de poesía, el maestro Romero Flores nos leyó el opúsculo de Rivera, que se llama "La Poesía Estudiada a los Noventa Años", en el que, precisamente, el Feijóo laguense hace un estudio, —siempre he dicho que se trata de una lección inmortal,— de "Los Parias", del vate veracruzano. Romero Flores nos dijo orgulosamente, —y nos dejó conocerla,— que en aquel folleto se encontraba la última carta del maestro, dirigida a él y al poeta de Moreleón, don Cayetano Andrade, hijo también de aulas nicolaitas. Desde esa mañana inolvidable, supe que el Dr. Rivera había sido el primer cruzado de la Historia Crítica, combatiendo con el ejemplo a los historiógrafos prejuiciosos, de faccioso criterio, y que había puesto los puntos sobre las íes en las obras de don Carlos María de Bustamante, apasionado defensor de la causa de la Independencia, y de Zimacois, autor de fanática hispanofilia. Consecuentemente, combatía a los seguidores de ambos caudillos en los campos de la historiografía.

Más tarde pude constatar lo que sobre el historiador laguense, gran polígrafo, cuyo estilo jocundo y picante rinde homenaje a su ascendencia andaluza, nos había asegurado el maestro. Debatiendo el tema de la España civilizadora, afirmada por los hispanófilos de dentro y de fuera, examinó el pensamiento español durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, en su libro "La Filosofía en la Nueva España", obra en que han espigado, sin gran respeto por la cita, algunos filósofos profesionales de la actualidad. Juzgado el pensamiento español, hubo de indagar en la oratoria peninsular y de la Nueva España, en los citados siglos, y a esta tarea dedicó el II tomo de los "Principios Críticos sobre el Virreynato de la Nueva España y la Revolución de Independencia". Después de tan demoledores arietazos, quiso aplicar el tercero examinando la conducta de los cristianizadores y escribió "La Relajación del Clero" en los lugares y siglos mencionados, siendo este asunto el del III tomo de los Principios Críticos, mientras el primero fue un volumen dedicado al análisis general de los dos acontecimientos fundamentales de nuestra Historia, en relación con España: la Conquista y la Revolución de 1810. Las obras que he recordado tienen como antecedente los dos tomos de la "His-

toria Antigua de México" que fueron puestos en el Índice por la Iglesia, y que previo juicio en el que la comparecencia del Dr. Rivera resultó victoriosa, volvieron a la circulación de la que han desaparecido por misteriosos modos y causas.

Tenía, pues, yo, desde temprana edad, admiración devota por el hombre que siendo sacerdote católico, fue amigo de Juárez; que pronunció en 1910, acompañado a la tribuna por don Justo Sierra, un discurso celebrando el Centenario de la Independencia; que fue amigo del Gral. Alvaro Obregón. Cariño sentía yo desde la Prepa por aquel a quien iba a deber la lectura de obras como las citadas, y toda la producción lateral ubérrima, sana, justiciera; obras que lo consagran como autoridad respetabilísima para tirios y troyanos.

Con gran placer intelectual leí su "Discurso sobre el Teatro", su Trabajo sobre la Poesía, sus "Dos Estudios", su sermón —hermoso entre los hermosos— acerca de la virgen de Guadalupe, sus "Treinta Sofismas y Un buen Argumento del Señor Canónigo De la Rosa", en que deja vapuleado y en las meras condiciones al retrógrado polemista; sus hermosísimos trabajos en que defiende la conveniencia de la enseñanza de los autores clásicos, en que se vuelve campeón del humanismo, como se había mostrado un estudioso sostenedor del pensamiento moderno, llegando a tener la audacia —lo era en su tiempo, y probablemente siga siéndolo ahora ante el anquilosamiento tomista— de la Filosofía cartesiana, porque para él ser filósofo era ponerse, por el estudio, fuera del peligro que significa el prejuicio. Es por su campaña contra el prejuicio, la superstición, hijos de una mala filosofía, o de una buena, pero mal digerida, por lo que se le ha llamado el Feijóo mexicano, honrando así al ilustre frayle español.

De don Francisco González, tuve también noticia en la clase de Literatura. Nos fue impuesta la obligación —más bien, placer,— de aprehender de memoria alguno de sus poemas. Recuerdo aún La Casa de Doña Juana Nepomucena, que figura en el índice de "Las Campanas de la Tarde", obra lírica como toda la producción del bardo laguense, pero con marcada preocupación formal descriptiva de la cual se encuentra liberada, para dar el mensaje, heroico en su hondura, sencillo como la virtud, la que lleva por nombre "De mi Libro de Horas". Pincel maestro en la épica, —según la vieja distinción de épica y lírica que se hizo en la poesía,— plasmó el maestro laguense las bellezas que sólo perciben los poetas para entre-

gárnoslas en mirajes arrobadores, por virtud del privilegio que puede aludirse parodiando a Lacordaire: la belleza es un tesoro y la poesía es como una claridad solar que nos hace su revelación. En las regiones de la substancia humana, en el mundo de las esencias del hombre, en las entrañas mismas del poder creador, se inició el alma de don Francisco González en los misterios del canto supremo que sólo brota de los labios sibilinos del poeta lírico. Para merecer ese privilegio, se necesitan piedad, humildad y pureza. Y esas fueron precisamente las virtudes de tan ilustre hombre.

Para poder aspirar a ser digno de pisar el suelo de las casas en que los tres hombres de que he hablado pisaron, ungí de piedad mi alma, recordando que el diálogo platónico la define como la disposición al culto; de humildad, descalzándola para que a planta viva subiera los peldaños de los santuarios, evitando la huella de mundo pecador cuyo castigo es no tener ni héroes ni poetas; de pureza, poniendo en mis labios sencillez con que hablaba don Pedro. Puse en mi propósito la inspiración que Rivera buscó en la frase de Salustio, que sirve de epígrafe a los Principios Críticos: Es bueno servir a la República.

No busqué guías especializados, porque en materia de devoción ya fue dicho que la letra mata. Un hombre sencillo, un campesino bondadoso, don Ignacio Padilla Mena, me condujo por el costado oriental de la plaza (que los laguenses llaman "parque"), calle que lleva el nombre de don Miguel Leandro Guerra. En el número 10, anexo "A", accesoria aproximadamente de tres por cuatro metros, se encuentra una modestísima Peluquería. Me irrité al entrar en el figuesco recinto, sabiendo que allí estuvo la Botica de don Francisco González León, uno de los más altos y exquisitos poetas de México, y que ese recinto, lo mismo que el "B" donde estableció la última de las Boticas que atendió el maestro, deberían haber sido utilizadas por el Ayuntamiento para perpetuar de algún modo en ellas, la huella del artista. Nada hicieron por realizar este acto de culto, ni los laguenses intelectuales —tal vez por creer que tienen la exclusiva del mérito— ni los laguenses del poder. Realmente duele que por faltas de sensibilidad como éstas, se vaya perdiendo el poder de la ejemplaridad de los grandes hombres, y que el viajero encuentre con dificultad quién le informe acerca de las cosas que interesan a los fervores peregrinos.

Fuimos a la casa del poeta. Está en la misma calle donde se encuentra la de don Pedro, que le ha dado su nombre, y marcada con el número 3. Esta calle se llamó antes "calle de las Capuchinas". Tocamos y como tardan en abrirnos, me desilusiona imaginar imposible conversar con la viuda y besar su mano de musa. Pero es precisamente ella quien acude a la puerta, y así, me encuentro frente a doña Petra Antuñano, una viejecita muy linda, como las abuelitas de cuento. Sus nobles facciones indican que fue hermosa, alegre y buena. Nos invita a pasar, y recorreremos un pasillo desnudo que sólo muestra un viejo canapé, de color oscuro en algún tiempo y ahora desteñido y maltratado.

El pasillo nos coloca frente a un patio de juguete, como de casa de muñecas, adornado, más bien cubierto con hileras de cuidadas macetas. En uno de sus rinconcitos un pájaro canta, resignadamente prisionero en su jaula.

—Mire usted, —me dice— "macetas y más macetas", como él dijo en uno de sus poemas.

La gentil dama abre su salita —los diminutivos son obligados— y dentro, nos invita a sentarnos. Nos muestra el último retrato de su esposo, pendiente de la pared, a la cabecera del catre humildísimo en que don Francisco murió, aunque la recámara donde ocurrió el deceso es la más recatada, por ser la última en el plano general de la casa.

—No era el estado físico de Pancho como para esperar su muerte. Su edad era avanzada —ochenta y tres años— pero se conservaba bien; se mantenía erguido y su paso era firme, no como el mío: yo ya arrastro los pies.

Mientras nos enseña retratos de sus sobrinos, nos habla de lo apacible de su vida, de las costumbres de su esposo, de su apego a Lagos.

—Nunca quiso salir de aquí —me dice— y me alarga en seguida, como marnacdo la excepción, un retrato tomado cuando obtuvo el título de farmacéutico. (Entonces tuvo que ir a Guadalajara).

Era bien presentado el poeta, y ya en la vejez, conservó sus trazos faciales que no cambiaron sino para ennoblecerse.

No habíamos ido a hacer reportaje alguno. Así que, después de explicarle mi visita, de comentar algunos poemas de su añorado marido, y expresándole a la gentil dama mi agradecimiento por habernos recibido, llegamos a la despedida.

—Pues aquí me tienen. Vieja y Pobre. Alguna vez tuve

una pensión de doscientos cincuenta pesos que se ha reducido a ciento setenta y cinco. Todo lo que de él queda aquí, es esto: la casita y yo.

—Queda un mensaje de luz, señora, porque eso es la obra de don Francisco. Lo que los laguenses distinguidos y los jaliscienses intelectuales no hagan, lo lamentarán ellos un día.

—No tienen por qué lamentarlo: el ave canta y mure, la flor perfuma y se marchita sin pedir indemnización a nadie.

—Así es, señora, pero de alguna manera se cumple la amenaza de Sully Proudhon: la huelga de las flores.

Y besando la blanca mano de la dama, nos retiramos. Al salir, vuelvo a leer la placa puesta en la pared frontal de la casa: "Aquí vivió y murió el insigne poeta laguense Francisco González León".

En la rinconada que hace la calle al sur, se encuentra el número dos de la misma vía. Una pequeña placa metálica puesta al frente, deja leer estas palabras: CASA DEL DR. RIVERA. No pudimos entrar al dicho edificio, de dos plantas y con ventanas a desnivel unas de otras, convertido en Museo, por no haber servicio regular. Así nos lo explicó el cura del templo contiguo, a quien fuimos a interrogar sobre las casas que designamos con poca ortodoxia —que debe haberle sido ingrata— como lugares sagrados.

De allí nos fuimos al número tres de la calle de Juárez, para ver qué estado guardaba la casa en que estuvo la Imprenta de los López Arce, aquella Imprenta de la cual salió, en entregas numeradas, la obra aún no suficientemente conocida del Padre Rivera; obra copiosa que sólo la muerte pudo truncar en 1916. Está muy modificado el edificio —dedicado a viviendas— pero vimos una pieza larga en la que estuvieron los talleres que debieran haberse conservado como reliquia porque lo merece la amplia y generosa obra de don Agustín.

En la segunda calle de La República, antes del Indio Triste, visitamos la casa número 10 que, según la información de autoridad popular que recibimos de Angelita, la gentil dueña de la Botica Bocanegra, tiene al señor Hernández Terrés como actual poseedor, y habitó antes de irse a León de los Aldamas, donde murió, el autor de Los Principios Críticos. No tiene interés describir la construcción con muchos detalles: portón y pasillo que a la izquierda de la entrada tiene una pieza de regular tamaño. Dicen que la utilizó como recámara y recibidor el sabio sacerdote. Este cuarto comunica con otro que debiera

haber sido la recámara. Al fondo, frente al pasillo, una oscura pieza —como todas las de la casa— que sirvió de comedor. A la izquierda, un corredor angosto que se quiebra hacia dentro, dando acceso a oscuros cuartos destinados actualmente a almacenes de cosas en desuso.

Al salir, damos las gracias al señor Terrés, y nos marchamos a buscar la casa de don Pedro Moreno.

Al dar con ella, vimos lo de siempre en pueblos como Lagos: la puerta exterior, el pasillo limitado con la cancela de rejas. Se abre ésta y aparece el patio bajo un palio de arcos que sostienen —altísimas, como las que pintan al describir la estancia de Fausto— las bóvedas del techo. Distribución ordinaria. Pisos de mosaico. Muebles modernos. Nada, ni una puerta trasera que usó en sus escapatorias el héroe y en sus trajines el hombre de negocios, puerta dada a la calle de línea perpendicular a la de la entrada al recinto; nada que caracterice la casa del insurgente.

Como no están los dueños, no hay con quién hablar. joven y bondadosa sirviente que nos permitió entrar, nada sabe del guerrero compañero de Mina, ni del bravo combatiente sorprendido en El Venadito.

Hemos terminado nuestro recorrido. Estoy satisfecho, porque he visto los lugares consagrados por la tradición lagunense y por la devoción de los patriotas. No faltó quien me ofreciera informaciones y datos sobre las obras de los ilustres hombres recordados. Decliné el servicio. Yo no había ido a estudiar, sino a venerar las reliquias de los santos laicos. Y al finalizar mi peregrinación, conmovido, no pude decir otra cosa que estas invocaciones de cívicas letanías al estilo de Erasmo:

¡Pedro Moreno, ruega por nosotros!...

¡Agustín Rivera, ruega por nosotros!...

¡Francisco González León, ruega por nosotros!...

México, D. F., a 29 de mayo de 1956

EL NACIONAL.- 17 de febrero de 1957.

La Rosa Blanca

Los poetas son sabios. Son dueños de una Sabiduría Canora. Y aunque gastemos inúltimente el espacio, reiteremos que las dos afirmaciones del principio se refieren a los poetas auténticos, no a quienes usurpan su jerarquía llamándose así, o ingeniándose para lograr labios ignaros o mercenarios que los designen con el vocablo sagrado que hace pensar en Esquilo, Homero, Sófocles y Eurípides, en Shakespeare, Cervantes, Dante o Goethe.

Al decir que la obra de los poetas es una obra de Sabiduría, resulta supérfluo también, insitir sobre la diferencia establecida desde aquella aurora que fue el pensamiento griego, entre Sabiduría y Ciencia. El poeta maneja un saber que parece residir en el núcleo vital de su psique luminosa, y ante los demás hombre parece que capta los aciertos expresivos, aciertos porque coincide la forma al ser adecuada al mensaje que contiene, con el propósito de objetivación. La obra artística —enseña Croce— ha de considerarse como síntesis de intuición e imagen, en la expresión. El hombre de ciencia, el científico, observa, clasifica, hace nomenclatura, legaliza. La ley se origina, en la ciencia, en las notas constantes de los acontecimientos que se investigan, y al definirse, la formulación se inspira siempre en una generalización de las características fenoménicas observadas. El lenguaje que maneja la ciencia, además, es sobrio, austero, árido, en el afán de ser exacto. Los poetas han sido antes y después de la ciencia, porque han creado los ideales y éstos han llevado al investigador a los laboratorios, a la predicación al sacerdote, al sacrificio a los héroes que vencidos o vencedores son consagrados por la gloria, a la Re-

volución a los pueblos: saber, santidad, heroísmo, justicia y libertad, son bellos ideales.

El sabio que canta —el poeta— es un guía, es un revelador del universo, es un caballero mantenedor del propósito cósmico entre los humanos, es en suma, un embellecedor de la vida, un colaborador de la creación para lograr la conciancia sensible a lo valioso. Por eso la temática del bardo siempre es normativa, tiene que ver con la conducta del hombre —para hacerlo mejor— y de allí el valor social de los artistas y muy especialmente el del poeta. ¿Quién es el ignorante, —clamaba Martí— que considera innecesarios a los poetas?

—Maestro, —responderíamos orando ante el Santo de América— ninguna amenaza significa la ignorancia para tus hermanos los poetas. No proviene de ella la afirmación de que "son inútiles" ni aquella otra de que "son parásitos". El viento malo para los cantores viene de la perversidad, de quienes conociendo los altos destinos salvadores del arte, quieren negarlo por mantener a las masas ignoras privadas de la luz del ensueño, de la música de la protesta, de la tea de la denuncia, del rayo de la revolución. Y con refinamiento perverso —eso es la perfidia,— no siguen en sus planes de negación un programa de fórmulas categóricas, sino que aviesamente trabajan por llevar el desaliento a las filas de los creadores, y para apagar el trino latente en las gargantas o para chafar la rosa del poema ya entreabierta en el huerto, fomentan el arte falso de los simuladores. Estos son, ¡Oh!, dulce Maestro, los enemigos de los poetas: los que no llegan sino a combinadores de palabras clasificadas por sus terminaciones, los que creen que el lenguaje es una sonaja y que lo es para agitarla al paso del poderoso, los que yendo más allá de esta pobreza caen en la ignominia de usurpar el lugar del poeta para hacer uso de su autoridad y sumarla a la fuerza que mantiene a los pueblos en el cepo. ¡Maldita la hora en que el célebre duelo entre el genio de Esquilo y Sófocles fue resuelto por Cimón sin más mérito que haber sido el vencedor afortunado de los piratas! Los adversarios tenebrosos de la libertad y de la justicia han cultivado la mafia de los simuladores, y los exaltan, y los convierten en héroes de la publicidad pagada, y los consagran con absurdas sonoridades de ditirambo, y con desvergüenza los llaman excelsos con la literatura del decreto en los certámenes fraudulentos. Hoy, sin embargo, Maestro, traigo ante tí a un cantor de mi tierra. Es un iniciado en los sagrados misterios de la de-

rrota. Vino al mundo a luchar y nada le importa el episodio efímero del triunfo. Su fe es sencilla: cree en Platón, cree en Bethoven y en tí. No ha habido premio para su numen, pero colmado quedará su empeño, Señor, si tú le otorgas LA ROSA BLANCA, la que cultivaste para tus amigos y para tus enemigos, como galardón dedicado a los fieles a la belleza que no se concibe sin el bien. No se atreve a hablar, pero mi audacia, Señor, recurrirá a tu bondad para que escuches: Estima el poeta que

"Las flores, los poetas, las nubes, las mujeres son, —silenciosamente— los más altos seres..."

y que

"La flor es, por sí misma, una victoria insigne sobre la inarmonía, la disonancia".

¡No es verdad que estas afirmaciones bastarían, como alguna vez dijo Montalvo en los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", comentando que Sancho había llamado inocente a la mañana, "para que el autor, por menos que eso, fuera coronado en Roma"? Triunfa el que muere y el que deja lleva, cantaba Machado, y la flor fenece y deja aroma, después de mostrarse como un regalo a los ojos, porque ella constituye, quizá, el primer gesto inútil de la naturaleza, el primer logro de ornato, gaya superfluidad, actitud no utilitaria que parece señalar en las cosas la huella de la caricia de un dios, la vigencia de un mandato de belleza. Las nubes son —dice Martínez Soto Mayor, el genial cuentista mexicano,— como retazos que escaparon al "fiat" de la creación, porque conservan su autonomía para burlar las limitaciones de la forma. Los poetas, por otra parte, salvarán al mundo imponiéndole a costa de su sangre la verdad suprema que consiste en vivir conforme a reglas de amor, coreando a Ramón Lull: "Y el amigo, que es el alba, murió por el amado que es el alba, a la hora del alba". Las mujeres "guardan el secreto de Dios", las mujeres tienen el poder de hacer las arquitecturas estéticas del hombre, son anteriores y posteriores a su destino, son como astros que engendran astros, azucenas que engendran azucenas, alboradas que engendran alboradas. Esto canta mi poeta, Señor.

"¿No oís cómo asciende la savia ledamente?"

¿No oís su paso, el gozo de alcanzar la corola?"

La tierra canta un himno de amor a la amapola".

Alguien sembró besos, ¡Oh!, divino autor de los "Versos Sencillos", y el poeta descubre cómo después de estar bajo la

tierra, "in tertio die", como Jesús, convierten en domingos de pascua los días de su brote, y se ofrecen en los labios delicados de la corola. Esto canta mi poeta, Señor.

"Las flores en San Angel son luz en los diamantes, compendio de sonrisas y de amorosas brisas . . .

Las flores mexicanas son lenguas de campanas, campanas ellas mismas . . . qué, ¿no oís sus hosaanas?

El hombre, tierra, polvo, en flor ha trascendido;

en los perfumes habla, en los colores grita . . .

grita al raza toda en clamores telúricos,

es la canción del alma . . ."

México tiene corazón de corola. Su sangre se muestra en los vergeles y el poeta entona himnos de aroma músico, al corazón balsámico de la Patria. Por eso habla de San Angel, Señor.

¿No es verdad, Maestro, que este poeta pudo escribir sus versos para tu ISMAELILLO?

Séale, pues, propicio tu corazón y tu pensamiento. También tú cantaste a la flor; flor era la Niña de Guatemala, flor era Mary González, flor era tu Patria adorada, y la regaste con tu sangre en Dos Ríos . . .

*
* *
*

* Al terminar estas líneas siento que sobre el fondo blanco de la página se va configurando un rostro, el rostro más amado de los grandes hombres de América, y que de los labios finos de aquella boca en que el madrigal alternaba con el apóstrofe, vienen a mi mente estas palabras: Demandándoles el óbolo a los zarzales de nuestros bosques está la tradición canora de nuestra América. Autenticidad debe ser la poesía que descendiendo como las aguas que se deshielan en las cumbres, refleje en su pureza la pureza de la hermosura celeste. Al cielo aspira la flor, si no es que vino de los cielos del corazón de algún poeta. Santuario de la rosa ha de ser el corazón del bardo. Indra dijo un día —era la niñez de ese día— a la flor de loto que se levantaba sobre las aguas quietas del lago:

—Siento un anhelo de crear y tú sabrás de mi afán, porque mi poder se mostrará en tí. Si fuiste hasta hoy flor en el lago, también serás flor en mi pensamiento. Con-

viértete a mis ojos, en una virgen de singular belleza. Vamos, habla.

Y de la flor azul, tímida y trémula, en pleno milagro, surgió la doncella para expresar al dios creador su agradecimiento por el prodigio:

—Señor, a mi felicidad por el dón que me has hecho, tengo que agregar un temor: cuando era flor tenía miedo a la fuerza amenazante de las olas del lago cuando lo agitaban las brisas, tenía miedo al trueno, cuando se desencadenaban las tormentas sobre los altísimos picos del Himalaya; tenía miedo a los soplos cálidos del viento del Sur, porque calcinaban mis pétalos. Libre de esos temores, ¿a dónde iré a vivir ahora, Padre Indra?

El dios, sorprendido, meditaba, cuando sonó entre los juncos un acorde de lira.

—¡Valmiki! —dijo Indra en voz alta— el problema está resuelto, hija mía. Te daré por habitación el corazón del poeta.

El autor de esta leyenda ha dicho la verdad. Y puesto que el bardo que me has presentado, con singular delicadeza ha cantado a la flor, y una vez más demuestra que el poeta precede como creador a toda nobleza convencional, otorgo a Samuel Mercado, hijo de Michoacán, la hermosa tierra de los Pinares y de los Lagos, la Rosa Blanca de José Martí, en el nombre de aquella isla "huérfana en medio del mar" (casi como el loto de la leyenda) —como la llamé un día—; en el nombre de Cuba, la Patria Libre que soñé y por la que ofrecí mi vida. En el nombre de Cuba que vive como la flor de loto, como todas las flores, en el corazón de los poetas.

El Viejo Taviano

Recientemente murió en Santa Fe del Río, El Viejo "Taviano". Fue minúsculo comerciante en frutas y verduras, fue mujeriego, fue tabernero, fue tahur, fue... un gran amigo de corazón purísimo, y fue el mantenedor de la causa agrarista regional. Los líderes que él auxilió en su formación, llegaron a ser, con el tiempo, los conductores —buenos o malos, pero figuras al fin— de las organizaciones campesinas del Distrito y más tarde de la Confederación-estatal michoacana. Nada hubieran sido, sin él, Abraham Martínez y José Cerda, y consecuentemente Pancho Silva, Chema Cano y Brígido Alatorre que alcanzaron a llegar al Congreso del Estado unos, y al Congreso de la Unión otros. Al "viejo" le debieron todo. Digno es este hombre de protagonizar un corrido del inspirado bardo de Ziquítaro y de ser aludido con el verso de Urbina, por su apego de poeta maldito el encanto de "su viejo vaso y su taberna oscura". Sino que no menospreció el amor: de Lupe Romero le nació Francisco que con su guitarra terciada fue por los pueblos, de esquina en esquina y de fandango en fandango, entonando las canciones del Bajío, de asunto apasionado, de ritmo inspirado en el galope de los caballos camineros y de los nobles ejemplares consagrados por la emoción de las "carreras". Cantó Francisco hasta que la muerte puso un acorde final entre las cuerdas de su guitarra. Amó el Viejo Taviano: dejó que se emboscaran sus ternuras entre las trenzas de su Nacha, la amante que comprendió lo que no pudo comprender la esposa legítima de las noches en vela "echando paco" sobre el mugroso y mal pulido mostrador de su cantina; sobre el zarape tendido a la vera de los caminos a la sombra de los mezquites marginales, cuan-

do ranchando con sus mercancías arriesgaba sobre las cartas de la baraja el producto de sus minúsculas operaciones comerciales. Nacha supo esperarlo cuando desaparecía, por semanas, haciendo en quién sabe qué pueblos y en quién sabe qué turgurios, "la rueda de los jugadores" o la ronda alegre de los borraachitos de Velázquez. Nacha fue la que le cerró los ojos ahora que, octogenario, fue llamado al descanso y a la paz. Como en su vida, deben haber luchado por la posesión eterna de su alma, un arcángel de luz y un arcángel negro, venciendo, como siempre, el espíritu luminoso.

José Inés Chávez García, villista primero, y como el centauro norteno, revolucionario al principio y bandido después, había muerto en Purépero, siendo sepultado con un sigilo vigente hasta la fecha, con un anhelo de escondite que florece en los corazones criminales. Abraham Martínez y José Cerda, una vez dispersas las turbas chavistas de las que formaron parte, se habían ido muy lejos de Santa Fe, se habían internado en los Estados Unidos. Abraham volvió primero y se encontró en el pueblo con otro paisano que tras largos años de ausencia volvía a su tierra, la tierra de su cuna: Luis Bernal. Ambos se habían enterado del Decreto del 6 de enero de 1915 que don Venustiano Carranza había promulgado en Veracruz, y regresaban con la decisión de integrar un núcleo campesino para luchar por la causa agrarista. No pudieron, de momento, reunir más que unas ocho a diez personas, de las cuales dos o tres eran realmente campesinos. Con las irregularidades que son de suponerse, constituyeron su Comité, y con el consejo de un limpio ideólogo de Ziquítaro, don Felipe Campos, pariente de Soto y Gama, redactaron su solicitud de tierras, señalando como afectables las Haciendas de San Marcos, de los señores Ramos, La Paz cuyo dueño era don Victoriano Pérez, Huándaro, de los señores Velasco, La Luz, propiedad de los señores Rábago. Tenían que enviar censo y anexar esquemas que la planificación rectificaría, y en eso los orientó don Antonio Rodríguez "El Monito", de Numarán, protector de José María Cano, como Campos era protector de Francisco Silva en Ziquítaro. Después de la planificación vendría el deslinde... Total, una lucha tremenda por delante y teniendo que enfrentarse, arriesgando la vida a cada rato, con los abogados patrocinadores de las Haciendas, con las guardias blancas, gente armada por los terratenientes dizque para guardar el orden, pero en realidad para perseguir hasta dispersar o extinguir a los agra-

ristas; con las predicciones de los curas que presentaban el movimiento agrarista como una organización para el robo, anunciando muerte violenta y condenación ineludible para quien militara en torno de tales banderas; con las autoridades, escogidas entre los tenderos más ricos de los pueblos, arrieros acaudalados o rabulillas municipales que de lejos o cerca controlaban los latifundistas que, a base de halagar con regalos a los hombres del poder central en el país o en el Estado, u ofreciéndoles el respaldo de sus peonadas para los eventos electorales, lograban auspiciar a dos o tres familias en cada pueblo para que se turnaran el ejercicio de la autoridad. A través de estas autoridades se hacían valer las acusaciones calumniosas indispensables para encarcelar y hostilizar, de todas las maneras posibles, a los agraristas.

Bernal, Martínez y los suyos, carentes del más ínfimo recurso económico, no tenían domicilio social. El problema se resolvió señalando como tal, el tugurio del Viejo Taviano. A éste habían tratado de explicarle el asunto pero él no quería saber nada. Le bastaba con prestarse a todo, porque "para eso son los amigos". Sin ocupación posible, aquellos líderes no tenían qué llevar a su casa. El Viejo les daba diariamente el peso, el tostón, el maíz, el frijol, los chiles, los jitomates, lo que podía. El jugaba, vendía alcohol —aguardiente malísimo de Uriangato o de Tacámbaro, que le dejaba a crédito Félix, el "aguardientero cochino" de Antzihuácuaro, según la expresión de un cura; él salía al rancho a expender sus verduras. Todo el fruto de su trabajo, reservándose para los alimentos nadamás, lo dedicaba a sus amigos. Varias veces fue a la cárcel y hacía su defensa más o menos así:

—Yo no sé nada. Esos señores son mis amigos. Eso es todo. Si ser amigo del amigo, dándole de comer, "almitiéndolo uno en su casa", ofreciéndole una copa o haciéndole un servicio, es ser enemigo de las autoridades, yo lo soy. Présenme o mátenme, pero yo no perjudico a naiden, lo único que no quiero es que mis amigos sufran, y para que no sufran yo los ayudo con lo que Dios me da.

Y tenían que soltarlo, porque poseía una manera de hablar socarrona en el tono, en el vocabulario, en la argumentación y en el gesto. Pero sobre todo lo soltaban, porque además de no poderle tipificar su delito, el pueblo lo quería y la murmuración así lo demostraba. Si no se intimidaba, pues... ni modo. No podía cerrársele el changarro so pretexto de evitar

la jugada y el expendio de alcohol, porque la gente desesperada por la supresión de aquel refugio espiritual —y realmente lo era— se echaría encima. Por otra parte, don Chema y Minus —eternos Jefes de Tenencia,— también tenían cantinas.

En fecha amarga, la consternación saturó el corazón del grupo agrarista. Cruz Rodríguez había matado a Luis Bernal, el más informado, el hombre de ilustración y de gran valor civil. Quedó su viuda, Luz Niño, con dos hijos pequeños, uno de brazos que se llamaba Francisco. Por gordito le decían "Veji-ga". Lágrimas de cólera y de desaliento lloraban los de la comunidad, mientras mascullaban amenazas contra Cruz, el cura Heredia y los Ramos, cura y hacendados, inspiradores, —según se dijo entonces— del crimen.

—No sufran, hijitos,— decía el Viejo Taviano escanciando los fétidos brevajes para consolar a sus amigos.

—Sé que está por llegar del Norte José Cerda, que como ustedes saben, es como la tostada de valiente. Me quiere mucho desde los días en que lo acompañé en la relinga. Lo conquistaré para ustedes. Si le alzaban pelo en las filas de los pe-lones, ¿qué no pasará con estas gallinas? Yo les aseguro que naiden se volverá a meter con ustedes.

Llegó efectivamente José Cerda. Con los centavos que trajo del Norte compró una casa, propiedad de riquillos en desgracia. No sabía qué hacer y quiso poner un comercio. No conocía el asunto —no conocía el ramo, se dijo— y se sintió incómodo. El Viejo Taviano era su sombra. Le hablaba, le hablaba, le hablaba, hasta que la cantina del Viejo y la ex-tienda de José compartieron los honores de ser domicilios de la naciente organización.

Un día, don Chema Mendoza —alias Covacha— quiso echarle brava a José y éste se quemó unos cuantos tiros con el Jefe de Tenencia, agujereándole el sombrero y poniéndolo en fuga. Los agraristas empezaron a sentir menos la amenaza de sus autoridades. El aspecto económico empeoraba en el grupo. Las resistencias anímicas de la gente a conquistar, eran reforzadas por las prédicas del cura y por el miedo a las autoridades. Y como la tienda de José fracasó, el Viejo Taviano siguió siendo el proveedor de papel, de tinta, de timbres postales, de gastos de viajes a Morelia. Incansable, de buen humor siempre, con su eterno estribillo en los labios:

—¡Andenle, mis hijos, no sufran. Háblenme. Dios da para todo!

Muchos servicios más hacía el viejo: Proselitismo a base de copas y favores. Una especie de sucursal era el tenducho de "La Prieta", Gracia T. Solís, establecida en condiciones semejantes a las del Viejo. Allí también había palabra de aliento, estímulo, "piques" al amor propio para que nadie se "rajara". Pero no era sólo el proselitismo. Agraristas perseguidos venían de otros pueblos, y el Viejo los escondía en su casa o en ranchos amigos, según el caso, acudiendo al mismo tiempo a la manutención de los fugitivos. En información tenía otro renglón de actividades. Nada ignoraba de movimientos de guardias blancas, de maniobras oficiales, de chismes callejeros. Todo con prudencia más maternal que paterna, lo pasaba a sus amigos para prevenirlos, comentando los hechos y dando consejos, muchas veces ingenuos.

Así fue como el Viejo Taviano hizo agrarismo. Cuando triunfó la causa, nada pidió y siguió viviendo como siempre. Pero algunos de sus amigos se transformaron. Por eso el Viejo se volvió protesta, defendiendo a las víctimas de un prevaricador, mal usufructuario de un triunfo que era de todos, pero muy especialmente del mantenedor del fuego moral del grupo en los días de brega. Se distanció del más caro amigo de otros tiempos, y un día, un bribón aprovechando su proximidad al líder gracias a una hija suya prostituida por éste, seguro de la impunidad, a mansalva y a boca de jarro disparó su escopeta contra el que patrocinó con su fe y con su esfuerzo la lucha victoriosa por la tierra ejidal. Perdió un brazo. "Cicatrices resplandecientes", que diría Urueta, le quedaron en el muñón. Otro día le destecharon la casita en que tantas veces albergó a los otrora desvalidos, que de allí sacaban su pan cotidiano. Otro día lo lanzaron del pueblo. No quiso irse muy lejos y se limitó a reunirse con cien desterrados más al otro lado del Lerma, sobre terrenos ejidales que fueron en otros tiempos la meta del esfuerzo sin aparato, pero tremendo, objetivo de la lucha que librara desde su glorioso tugurio. Años y años pasaron, y el Viejo se moría de nostalgia, la nostalgia de su pueblo.

La justicia inmanente le dió la oportunidad, con la muerte del líder prevaricador. Y volvió a Santa Fe, para hacer su vida de siempre: disfrutar de la compañía de su Nacha, disponer de "su viejo vaso y su taberna oscura", servir a sus vecinos "pa que no sufrieran", retar a la suerte manejando la baraja con su mano única, riéndose de que a su tendejón lo llamaran las beatas "El Infierno" y de que, afortunadamente no con frecuen-

cia, lo llamaran los curas, ingenuos o perversos, a comparecer ante el tribunal de la penitencia para reprenderlo.

—Usted bebe todos los días, padrecito, y yo nunca le he dicho ni motejado nada por los besos al cáliz. A más a más, Jesucristo nuestro Señor no debe haber creído que el vino era algo malo, porque con no atender los deseos de su santísima madre hubiera estado listo, en aquel día de las bodas de no sé donde.

Así dijo una vez el Viejo al Padre Heredia, y el sacerdote no volvió a mandarlo llamar.

Inspirador de sermones pueblerinos, merecedor de un corrido del poeta de Ziquitaro, digno aunque rústico émulo de los poetas malditos de Francia, patrono de La Prieta, ahora que has muerto, quiero devolverte la vida en el libro en que figurarán estas páginas. Te lo debo en gratitud personal y social, porque ayudaste a redimir —esa era tu intención— a mi pueblo; porque también a mí enviaste tu regalo: dos pesos que llenaron de alegría un jueves de mis jueves de asueto en el Seminario; pero sobre todo, porque fuiste filántropo y filósofo, porque fuiste artista. Yo te ví haciendo de "Padre Eterno" —tu voz campanuda era juzgada como idónea para el caso, según los enterados,— sobre un tinglado primitivo (tablado), al representarse el Coloquio de Adán y Eva. Te ví ensayar las pastorelas que despertaban el entusiasmo religioso, sencillo y sano, de los corazones hermanos en la ingenuidad del pueblo. De dios fue tu papel sobre las tablas, y fue también divina la generosidad con que esparciste tu humilde pero fecundo beneficio desde el mugroso y tosco y mal pulido mostrador de tu cantina. Mientras duren los míos, mientras dure yo, mientras duren mis letras, estas que te dedico, tú vivirás. Porque el Amor es "el Camino, la Verdad y la Vida".

El Maestro Serenito

Con una sola cláusula, Don Alfonso de Lamartine describió el destino de la alondra girondina. Vergniaud, —dijo— no quiso guiar a su grupo, pero lo immortalizó. En efecto, hay destinos así, y yo, que guardo una profunda devoción por los muchachos terribles del 93 de Francia —devoción cargada de envidia quisiera, al menos, guardando la debida proporción, recoger en páginas llenas de melancolía, la melancolía de las cosas que fueron y no volverán a ser como fueron, todo el dramatismo contenido en la euforia ingenua y brava de mi generación universitaria. Y este anhelo me encuentra en la edad madura, en la que consumir el propósito es ya algo incierto, porque empiezan a llegar a los registros del alma los partes dolorosos que reportan las "bajas" en las filas que formaron los hombres de nuestros días en las aulas gloriosas. La muerte se nos aparece con frecuencia, en las horas de depresión o en los sueños que el misterio ilumina, acercándose a las playas de nuestra existencia, según la pintó Gracián en una de sus páginas inmortales: con su vestido verde y en su esquiife de sombras.

—He estado en Morelia,— me decía el hermano Licenciado Delgado Arriola, ante la pupila obscura de una taza de café —y mientras visitaba la Tesorería de la Universidad, donde queda aún, como signo de nuestro tiempo, el insustituible señor Ambriz, me di cuenta de que se hacían gestiones relativas a la compra de coronas fúnebres. Interrogué acerca de quién era el que "había regresado", y me dijeron que el Maestro Serenito. Fue tal mi depresión, que no quise visitar el hogar enlutado. Después supe que como un muerto cualquiera, había sido lle-

vado el maestro al cementerio: dos o tres parientes más dos o tres vecinos lo acompañaron para dejarlo en el regazo de la Madre Universal y amantísima. Al escuchar a Efrén Delgado Arriola narrarme aquellas cosas, sentí cólera. Y es que siempre la siento cuando constato que el hombre es genéricamente la rama zoológica que logró el privilegio de comprender, pero es al mismo tiempo la que menos cultiva ese dón, la que padece en mayoritarismo abrumador, la ceguera espiritual consistente en proscribirse, en exiliarse de las intimidades de ese santuario, invisible para la mirada grosera, que es la conciencia de nuestro semejante. Siento cólera cuando no se exalta o se condena a un hombre, sino que anodinadamente se le ignora, porque en esta actitud anodina está la negación más vergonzosa de los altos privilegios del ser humano, la mancha más asquerosa para los blasones de nuestra estirpe. Así, de los rebaños pueden el lobo o el matancero ir retirando unidades biológicas sin conmover al resto de las ovejas, las terneras o las cabras. No reflexionarán sobre aquellas desapariciones, porque nunca han meditado sobre la vida, cómo nunca meditarán sobre la muerte. Pero hay algo más todavía: si aparece un león entre la multitud asnófila, así sea en la desbandada que el pánico produce, se registrará la conmoción ante una presencia. Pero si se trata de una oveja, lo que probablemente ocurriría en la multitud, sería la individualización de la codicia: el afán de robarla, burlando a los demás elementos aditivos de la masa.

Murió el Maestro Sereno, cuando la norma que la demagogia estableció con rojo dogmatismo, consiste en afirmar exclusivamente la lucha por el logro económico, y cuando con el poder en la mano, a los mejores se negó el acceso a las palestras, a las estacadas que la patria puso a disposición de quienes pudieran ser los campeones de su destino, para que sólo las aspiraciones cerdosas pudieran triunfar, confirmando el aserto materialista. Por eso se vió solo en su última hora.

Y pensar que Serenito, hace treinta años, tenía ya ganado el mérito como maestro y el cariño de los estudiantes! Ignoro cuánto tiempo llevaría entonces enseñando dibujo a las juventudes nicolaitas. Pero su ingreso al sagrado recinto que santificaron con su planta, con su prestigiosa presencia estudiantil y docente los libertadores Hidalgo y Morelos, para no citar sino Hinmalayas, no era reciente. Aquel hombrecillo modestísimo hasta en su estatura, de ojos estrábicos, medio calvo, mal vestido, era un hombre-niño. Su conducta era la de un inocente.

Por eso a pesar de la apreciación dimensional que hemos hecho, no tenía el complejo de los chaparrós y no odiaba a nadie. Amaba, en cambio, mucho. Por ello llevaba una vida opaca de profesor de dibujo, él, que tenía dotes con las que pudo levantarse como artista brillante. Pero se había casado por amor, y purgaba el pecado de ser puro, llevando una vida humilde. Amaba, con amor que nuestra generación le reconoció siempre al correspondérselo, a los estudiantes. Los amaba con un amor infantil, sin filosofías complicadas, como compañero, como muchacho, haciendo caso omiso de la diferencia de edades.

Sus necesidades hogareñas eran grandes, como grande el amor a sus familiares. Su confianza en los estudiantes era inmensa, como inmenso era su deseo de ser siempre —bovarismo ingenuo— su compañero más que su maestro. Y por ambas razones aprovechaba su carácter de profesor para proteger los planes desenfadados de los muchachos que por cualquier medio trataban de consumir exitosamente los logros académicos del curso, en cuanto que tuvieran que ver con su materia.

Un día, Serenito comparecía como testigo, ante el Rector, para informar quién había sido el responsable del encuentro a puñetazos ocurrido entre un maestro —también de dibujo— y un estudiante que aporreó al jactancioso manchador de cartulinas. Como a un niño lo escucho el Dr. Díaz Barriga, porque los niños, en materia penal, pueden ser testigos, tanto más valiosos cuanto más desinteresados. El testimonio de Serenito favoreció al estudiante.

Otro día, más bien en infinito número de días, Serenito asesoró los retrasos en el ejercicio que su asignatura exigía, a un infinito también — y uso repetidamente la palabra "infinito", porque estoy hablando de un hombre que amaba— número de escolares que con insospechada intimidad fraternal recurrían a él. En innumerables ocasiones, Serenito vendió dibujos, otorgó constancias, concedió "asistencias", calificó pródigamente para defraudar las aviesas intenciones de otros sinodales, atribuyó a sus alumnos propiedad de los trabajos que se mostraban en las exposiciones. Todo por servir amorosamente a los discípulos que en su interioridad veía como sus compañeros, y como a tales les recibía la menguada retribución que podían ofrecerle. ¿Porqué no, si los amaba y lo amaban, y existía entre ellos un sentimiento fraternal, y por ello solidario en las buenas y en las malas? ¿No era legítimo llevar aquellas pequeñas dádi-

vas juveniles, inocentes por los sentimientos que las inspiraban —sobornos de niño al hermano mayor, a la madre o al padre— a aquellos otros seres, tan limpios en su mayor pequeñez, que eran sus hijos? ¿No debería la esposa —hermana, madre y musa en el amor,— recibir en sus manos solidarias, el fruto de otro amor, el que el amor del matrimonio y de la paternidad había impedido realizar como afán exclusivo, —la dádiva procedente no de la compra, sino de la confianza depositada en él por los estudiantes?— ¡Claro que sí, Maestro. En tí todo era legítimo, porque todo era inocente. Y aunque así no hubiera sido, lo legitimaba tu pobreza, y el dinero se hizo para el hombre y no el hombre para el dinero. Lo importante es vivir con pureza esencial; las apariencias sólo son apariencias y con su testimonio ningún hombre bien nacido puede condenar a otro hombre, aparte de que la Sabiduría dijo: "No juzgueis para que no seáis juzgados".

"¡No quiso guiar a su grupo, pero lo inmortalizó"!...

Queda en estas líneas lo que de Serenito sabía. Lo que sabía desde que lo conocí en las aulas nicolaitas, hasta la información relativa a la desastrosa manera de "ver efectuarse su sepelio".

Tenía que ser así: era pobre, no era ambicioso. Por el amor había dejado de convertir en profesión el arte. Su magisterio, ejercido con moral infantil, le permitía ser esposo y padre, ser estudiante y hermano de los estudiantes. Así, su vida resultaba también un arte: el arte de combinar amores, arte de amar. Y a los amantes que tratan de enseñar el arte de amar, el índice del ignaro, del demagogo mesiánico que viste las túnicas rojas del odio, les muestra con acompañamiento de sonrisa desdeñosa y burlona, las soledades del Calvario.

Y para defraudar esas soledades, Maestro Serenito, estabas lejos del arropo de nuestra generación.

¡Que la Madre Tierra te guarde con el amor que elabora las rosas y los trigos, Maestro...!!



Sr. Gral de Div. Benigno Serrato, Gobernador de Michoacán en el período 1932-1936, que su muerte (1934) limitó a dos años de ejercicio.

Desde la Playa

... ¡Los muertos de esa tumba no están muertos!...

Julio Flórez

I

Para llegar, como el Dante, con la majestad del pensamiento frente a la majestad de nuestros destinos, nos basta recorrer el sendero de las horas quietas y llamar a las puertas de nuestro corazón. Por eso las verdaderas tumbas de los muertos son nuestros corazones —ha dicho un gran escritor— y por ello Julio Flórez, el gran romántico suriano cuya poesía frívilamente olvidó ya esta época huérfana de honduras sentimentales, expresó en bello canto: ¡los muertos de esa tumba no están muertos!

Desde la playa de las horas silenciosas hemos visto partir las naves enlutadas, y a su bordo las formas ligeras y melancólicas de nuestros amados viajeros: Salvador Bremauntz, el del rostro de palideces que hubiera deseado Baticelli para sus Venus cloróticas, y el de los gestos displiscentes, ademanes finos, miradas penetrantes y expresiones agudas con que hubiera adornado su "Príncipe" Nicolás Maquiavelo. Fue el maestro. Y lo fue como Nietzsche lo dejó pintado con la ardiente pa-

labra de Zarathustra; con la eterna superioridad del maestro combatiente que dice a su discípulo: Sé mejor que yo. Convencido de que el dolor solamente lo es para el débil, transformó el suyo en alegría y para enseñar, abrió heridas profundas en sus discípulos. Les clavó clavos y los coronó de espinas.

II

Vimos también sobre las luctuosas naves, en un segundo viaje, al inquieto Mario, de ardiente palabra tribunicia. Parte de nuestra vida se fue con él sobre el bajel sombrío. Sueños de combate se hicieron serenidad en sus ojos azules; como de las manos moribundas de Sófocles, se escapó de las suyas una lira y como en las gargantas de los pájaros muertos, los versos cayeron en su boca.

III

Una respetuosa inclinación del barquero nos confirmó en que se llevaba con Benigno Serrato, el alma de un león y el pensamiento de un águila. Iba a reunirse el General, bajo los auspicios de los Dióscuros y bajo el amparo del escudo de Aquiles, con las sombras de Salamina y Platea y con las de aquellos que en las Termópilas murieron; con las sombras de los que en Tebas hicieron alternar las lanzas del héroe con el rayo del Dios y con las de los que, en Marathón, "entraron al combate cantando himnos antiguos". Entonces pensamos con un verso de la Farsalia de Lucano: la causa vencedora fue grata a los dioses, pero la vencida fue grata a Catón. Porque Catón era superior a los dioses —completa el pensamiento el gran patriota don Agustín Rivera y Sanromán.

IV

Y el poeta delicado que cantó la mano fina que aprisionó jardines en los bordados primorosos y hermanó los temas de las costureras y las colegialas con los temas revolucionarios; que agitó su palabra llena de ira, como estandarte rojo, sobre las multitudes proletarias; el que se bebió su vida disuelta en una copa de ajenjo, también emprendió el viaje. Era Juan Ayala.

V

Otro día emprendió el camino Manuel Tena S. Inquieto siempre, marchó en busca de pájaros de cantos nunca oídos, en selvas ignoradas, para dialogar en verso con ellos. Para decirles — y que lo comprendieran— lo que no quisieron comprender los hombres sus hermanos, o no escucharon —distráidos— los hombres sus amigos; para pedirles su juicio sobre los madrigales, a los que no quisieron abrir sus ventanas —porque no eran áurea dádiva— las mujeres amadas. Se fue Manuel sin darnos tiempo para expresarle nuestro reconocimiento por los secretos que nos guardó, por las verdades que nos dijo y por habernos traído en su pico —ave amiga— musgos perfumados para que formáramos nuestro nido amoroso. ¡Que un día, cuando también se dirijan nuestros pasos hacia su mundo, bueno como siempre, venga a encontrarnos!

VI

Un grande y generoso espíritu animó la vida de don Eulalio Mejía. Su existencia tuvo el destino de todos los cimientos: ocultos, no sólo firmes, sino dadores de fuerza para que los muros se levanten y se adornen en el remate. Así fue su vida de obscura, aunque siempre señalara a las mentes infantiles todo lo luminoso: el valor, la belleza, la justicia, la santidad; todo lo heroico. Es nuestro deseo decir ahora, que su noche ya es alborada y que su herencia se ha vuelto espléndida, porque se ha convertido en idea en la mente de todos sus discípulos.

VII

En el desfile de los amigos que hoy evocamos, pasa Gabriel Garza Benavides, y al mirarlo sentimos en nuestro corazón resurrección de hidalguía, porque ese hombre que pasa y que quiso llamar a la muerte, creyendo que podría distraerla y salvar a su jefe por el que moriría con gusto, es un héroe de la fidelidad. ¡Ojalá que sus hijos hereden su nobleza!

VIII

Después aparece ante nuestra emoción una madre de esas que ya sea porque su vientre fue infecundo o ya por

que la muerte les tronchó sus retoños, extienden su abnegado celo a los hijos ajenos. Por la casita de asistencia de doña Soledad González pasaron muchas generaciones de estudiantes y a todas ellas se entregó con cariño. Cosechó unas veces ingratitudes y, en cambio, otras, reconocimientos sinceros. En la amistad misma, Cholita fue siempre maternal. Como era buena, era feliz y por eso era alegre. Pareció haber comprendido el alma de la danza en la armonía de Dios.

IX

Fue en Zamora, la ciudad más sensitiva de Michoacán, donde puso fin a sus días, Francisco Valenzuela. La extinción de su vida se produjo de la manera que —describe Tagore— se rompe la cuerda de un arpa cuando su tensión se exagera para arrancarle sonidos inauditos. Era Francisco una exquisita sensibilidad paética y por eso fue extraordinariamente sincero. Su alma registraba vibrando sutilmente los soplos más leves tenía, en verdad, una admirable contextura de poeta. La vida, de ordinario matizada y aún para él mismo mezcla de amor y de dolor, no fue, sin embargo, sentida por él, dada su virtud de artista delicadísimo, sino como una escala de dolor. Y un día, al llegar a la nota más alta del sufrimiento, siguiendo el ejemplo del ruiseñor de Wilde, hundió en su corazón las espinas, para, en gesto de sutil rebeldía, teñir de púrpura las rosas blancas de su inmenso dolor.

X

Muchas veces más el viejo Caronte con su barca negra ha visitado nuestras playas, llevándose en ella a Angelita Barragán que contaba apenas dieciséis primaveras. Para atraerla, el batelero siniestro le ofreció para sus ojos dos diamantes negros y le regaló para sus tardes el germen que en sus venas puso las fiebres de los trópicos.

Cuca Hernández lo vio acercarse a ella con la sonrisa resignada del que perdió en la vida la batalla de los grandes amores.

XI

Y el viejo barquero en cuya nave de sombra viaja la

muerte —Madona pálida de túnica verde, según Gracián— se llevó a Esmeralda Mora Sánchez para que, siendo Esmeralda, pusiera con su verde simbólico una gema de esperanza sobre la frente marfilina de la reina sombría.

XII

Cerramos este desfile, y al hacerlo, echamos llave de nuevo a la puerta de nuestro corazón, no sin antes haber dicho nuestras más íntima palabra: un día quedamos huérfanos y la que había muerto era y no era nuestra madre. La naturaleza nos había negado ese parentesco pero nos lo había concedido el amor. Ella —Antonia Gallardo— era una india. En su mente, quizá, brillaban los resplandores de las hogueras que en sus montañas encendieron los caciques tarascos, y en su corazón palpitaban, tal vez, los anhelos de un hijo engendrado por un conquistador blanco; y cuando sus ojos y sus brazos dieron con nosotros, nos quiso tanto, y con tanto fuego, como el de sus hogueras y como el de sus anhelos. Para nosotros pepenó las espigas que quedan en los campos de trigo, después de la siega; para nosotros recogió los nopales tiernos entre las pencas espinosas que sangraban sus manos; para nosotros robó las frutas de los huertos ajenos; cosechó los mezquites maduros asaltando las ramas con ganchos rústicos; cortó con sus manos, rugosas y viejas, leña para encender el fuego de nuestra casa; por nosotros se aventuró a través de los ríos bravos y caminó bajo las tormentas con paso de anciana; para darnos calor nos acercó a su seno en las noches frías; nos acompañó en las noches oscuras, cuando teníamos miedo y un día, de sus manos que la edad hacía trémulas, salieron las tortillas de maíz, santas como hostias, que vendió en los mercados para comprar nuestro pan cuando éramos estudiantes.

Cuando se fue, quedó en nosotros, al mismo tiempo que su ejemplo, la idea del arte que nos deleita, la enseñanza filosófica que nos guía, la fe que nos da fuerzas, la belleza que nos da amor y el amor que nos da divinidad.

¡Hemos cerrado las puertas de nuestro corazón!

Juanito el Valiente

Cuando el nuevo Gerente y su secretario ocuparon sus respectivos lugares en las Oficinas de la Negociación, instaladas en uno de los pisos más altos del Edificio ubicado en elegante avenida, comenzaron a tomar contacto con las personas que integraban el personal. El nuevo jefe, como era natural, observando las cualidades específicas de los colaboradores en cuanto tales, y el secretario, en la minúscula posición diplomática de todos los secretarios, tratando de lograr la captación de las características humanas de aquellos compañeros de tareas. Las semblanzas que cada uno de ellos hubiera podido escribir, como fruto de su penetración psicológica no tienen cabida en estas páginas que están dedicadas a trazar para los lectores, el retrato espiritual de Juanito, ayudante de contador en aquella Empresa.

Juanito era un joven de unos veinticinco años. El diminutivo de su nombre que se usaba al llamarlo, le acomodaba en forma natural, porque era bajito y de complexión menuda. La tez amarillenta de su rostro, combinada con el color castaño-claro de su pelo lacio, más el café de sus ojos, semejante al que muestran algunos biliosos, y los trajes, de telas que parecían haber sido escogidas para complementar aquel conjunto de palideces, se habían convertido en la mente fichadora del secretario, en un color: el amarillo, y muchas veces llegó a preguntarse:

—¿Qué alma puede esconderse bajo la envoltura física de este jovencito de pasos inseguros como los de un enfermo? ¿No podría disimular esta configuración enclenque un insospechado caudal de genio?

Y sin saber por qué, aquel burócrata por invencible fatalidad, se complacía en esperar que de un momento a otro se manifestara en Juanito un alto poeta de potente estro o un músico de aspiraciones Schubertianas. Pero nada sucedía, y puntual, correcto, humilde, callado y eficaz, el ayudante de contador seguía concurriendo día a día a trabajar en su mesa, sin revelar otra cosa que un alma sencilla, una psique delicada de convaleciente. De él no podía estimarse posible, en un adecuado sistema de relaciones, sino que fuera el objetivo de las ternuras maternas, o del afecto compasivo de primos y primas vigorosos.

Al ir haciendo la confianza que entre las gentes suele producirse con el trato —decimos "suele", porque a veces no se produce confianza sino suspicacia,— Juanito desmintió algunas notas de su observador, comentando que alguna vez fue robusto y, además, regular deportista; que no sólo contaba con el fervoroso amor de su madre, viuda, que lo mimaba y consentía, sino con el de una guapa chica con quien pensaba casarse, y pronto. En los días de salud, y la salud la había perdido por el equivocado tratamiento a que lo sujetó un médico ignorante, sus amigos iban por él a su casa —que era propia y sita en una antigua zona residencial de las épocas reformistas y porfirianas— para dedicarse al automovilismo, a largas excursiones y hasta —dentro de la moderación— a uno que otro jaiboleo. Ahora, sus únicos compañeros en escarceos de inocente libertinaje —comidas, cenas, fiestas domésticas, matizadas a veces con las tonalidades para él comprometedoras de un flirteo— eran dos muchachos un poco mayores; el contador y el auditor de la compañía para la que trabajaban. Le gustaba la música, y en su casa, en compañía de su madre, se daba sus conciertos a base de tocadiscos, pues no eran ya los tiempos en que gallardamente pulsara la "gemidora", adjetivo con que aludía la guitarra.

No faltaban a Juanito las molestias:

—Este cara de nabo no me llega a las posadas, —le decía riendo brutalmente un chofer a las órdenes del pagador Bruno, y a veces cambiaba el giro por este otro:

—Este vale no se dará el gusto de cobrar la gratificación.

Las gratificaciones se otorgaban en diciembre de cada año.

Alguna vez, un joven empleado foráneo que gozaba con

merecer los cuasi adjetivos de "jugativo y vacilador", imprudentemente lo amagaba con una "45", disfrutando con las naturales angustias que sufriría Juanito tratando de parecer indiferente, refrenando el temor y la cólera.

Creo que, con toda la información aportada, el lector puede explicarse que Juanito, en la mente del secretario psicólogo, tuviera todas las virtudes, menos la del valor que Platón definió en el Lacques, "como el conocimiento de lo que debe temerse y de lo que no debe temerse".

Sin embargo, Juanito demostró ser un valiente entre los valientes, y en homenaje a su valentía se escribieron estas páginas. Sino que de la bravura de Juan supimos hasta después de su muerte. (1956)

—El día que yo muera, —solía decir sonriendo— podrá decirse que un médico me mató, y a pausas.

Narraba entonces lo del tratamiento equivocado cuyas consecuencias padecía: trastornos de casi todos sus órganos: estómago, hígado, corazón. Su presión arterial había alcanzado registros increíbles, los riñones no le funcionaban ni con aproximación a la normalidad en un enfermo específico.

—Ya ven, y vivo aún.

En el último año de su vida, faltaba con frecuencia, debido a sus visitas al médico. Llegaba mostrando las cifras de proporción que arrojaban los análisis de diferentes clases que se le ordenaban. Señalaba gustoso las cifras constantes, las variables que favorecían su cuadro de padecimiento. Repetía los plazos que los galenos le fijaban para considerarlo curado, dato que él relacionaba con la fecha de su matrimonio.

Sus compañeros lo escuchaban y aunque era desconcertante apreciar que se daba cuenta de su mal, o más bien de sus males, y que a pesar de ello tenía confianza en salvarse, la explicación que se imaginaban era: que los dictámenes médicos constituían mentira piadosa, y hasta se llegó a comentar la especie de que los familiares de Juanito, informados por los clínicos, lo daban por perdido y que los resultados de análisis contenían cifras falsas voluntariamente anotadas para no deprimir al enfermo.

En la Oficina se supo que Juanito andaba gestionando su internación en Cardiología. Al día siguiente se comentó que estaba internado. Pocas horas después, que no había esperanza de salvarlo y que estaba agonizando. No tardó en llegar la

hora de su muerte. El mismo había arreglado todo lo relativo a su hospitalización, por su pie y en su estado de relativa normalidad se instaló en el cuarto de donde ya no debía salir para ver el día de la próxima semana.

Pero no llegó a sospecharse de la hombría con que aquel muchacho había visto venir y había recibido a la muerte "con su vestido verde y en su esqui de sombras".

Hasta que un día llegó su mensaje, y lo aclaró todo.

El terremoto de 28 de julio derrumbó el Edificio donde tantos años Juanito se mostró a sus compañeros tal y como ha quedado pintado en estas páginas. No quedó de la construcción, ni piedra sobre piedra. Con gran esfuerzo se rescataron algunos papeles. Cuando los empleados de la Negociación, instalada en nuevas Oficinas, examinaban lo que de la documentación se pudo recoger, el antiguo contador, ascendido a nueva plaza, palideció al encontrar entre unos empolvados expedientes dos pliegos escritos por Juan, uno manuscrito conteniendo un borrador de carta con trozos tachados, y otro escrito a máquina, pero con firmas al margen, como se hace con las fojas de los expedientes procesales, con la carta definitiva; las dos fechadas en marzo de 1954. Comparando ambos escritos, se puede observar las variantes que introdujo con relación a las cláusulas testadas en el borrador.

¡Juanito sabía que iba a morir, dos años antes de su muerte! ¡No padecía ningún engaño respecto a su fin, y se situaba en la existencia en la actitud de resignada entereza con que lo hemos presentado, hasta llegar el momento en que por sí mismo hizo su nido para morir o usando palabras del poeta uruguayo: "para acostarse a morir"!

Con fidelidad absoluta, respetando hasta las incorrecciones, reproducimos las letras de Juanito, porque son un documento humano en que se muestra un alma: Religiosidad, amor, pasión, pureza, moral, resignación, esperanza, ternura, VALOR.

México, D. F., a 23 de marzo de 1954.

A mi adorada mamacita, a mi querida noviecita santa, a mis hermanos, tíos, primos, amigos, compadres y enemigos:

Escribo este mensaje póstumo con mis mejores deseos de que siempre logren sus más caras ilusiones. Juan.

MADRECITA ADORADA. ¡Si supieras lo que siento de seos de decirte! Pero mis palabras son insuficientes para ex-

presarte todo mi inmenso cariño y agradecimiento que siento por tí, pues tú eras para mí casi todo, me chiquiabas, me consentías tal vez en demasía, me tratabas con la inmensa ternura que sólo tú me eras capaz de dar sin pedir nada en cambio. En pago de todo esto, ¡cuantas veces te contesté con malos modos, te levanté la voz y te desobedecía! Créeme, mamacita, que estoy sumamente arrepentido de todo eso; sé que allá, en el Purgatorio, voy a pagar esa falta, pero sé que no ha de ser suficientemente fuerte la pena para compensar siquiera medianamente los ratos amargos que te dí con mis malos comportamientos! Perdónome, mamacita, y recuerda que a cambio de eso, te quiero como a nadie; tú eres y serás siempre mi gran amor. Mira, tuve novias (no muchas), pero nunca les dí más importancia que a tí, pues hay muchos hijos que abandonan y olvidan que primero es la madre y después la esposa o la novia, (no es pedrada a nadie pero desgraciadamente así es, ellos solos, en su conciencia, sabrán a quién me refiero).

Mamacita: quiero que siempre te acuerdes de mí, en mis ratos de buenas, como cuando me fingía muerto, (¿qué tales cosquillas me hacías?) o cuando salías al zagüán bailando valet, cuando me iba a trabajar. Yo creo que siempre nos divertimos bastante, pues gracias a tu bondad y a mi buen humor (a veces), te hice reír, pero no creas que esto ya terminó por haberme ido temporalmente de tu lado, sino por el contrario, piensa que los designios de Dios son sagrados y él siempre sabe por qué hace las cosas, pues ya llegará el día feliz para mí y triste para mis hermanos, en que nos encontremos unidos con mi papacito, pues como Dios es infinitamente justo, por lo menos reunirá a tí y a mi papá, pues yo no tengo la completa seguridad de ir para allá arriba. Voy a tratar de meterme de contrabando o como sea, pero le haré la lucha de vernos por allá. Así que, no sientas que me haya ido de tu lado; rogaré a Dios que te envía pronto la resignación para tu pena, pero no debe de ser pena, sino por el contrario: voy a tener la inmensa dicha de ver a Dios nuestro señor y a la Santísima Virgen. ¿No crees que es para alegrarse? Yo en tu lugar, me alegraría; además no voy a estar solo, sino con mi papá, y mientras tú llegas, andaré de pachanga (qué suave). Imagínate nomás qué divertido nos vamos a dar, solteros los dos para acá arriba, pero eso sí, ya sabes que no permitiré a mi papacito se vaya a enredar con algún angelote de esos todos hermosos que hay por acá,

(¿a cómo están los celotes?), sino que nuestra principal mira es y será interceder por ustedes, rezar para redimir nuestras faltas y pecados y principalmente adorar a Dios Nuestro Señor que nos eligió primero que a ustedes para gozar de toda esta gran felicidad y belleza que estamos disfrutando y que disfrutaremos por todos los siglos de los siglos. Por esto y por todo lo demás que no me es permitido revelarles de los goces celestiales, les digo que sigan el camino enseñado por Dios, en todos los actos de su vida; sean buenos, generosos, nobles, sinceros, honrados para consigo mismos y alcanzarán la gloria celestial. Mamacita, a ver si es posible que me entierren con mi papacito o con Abu y Ato, pues si vieras qué miedo me da pensar que el día de mi entierro me voy a quedar solo a tres metros bajo tierra, sin tener con quién hablar ni consolarme. ¡Por eso, haz todo lo posible! Gracias anticipadas y hasta aquí ésta; no te digo adiós, sino hasta luego. Tu hijo que te adora. JUAN.

*
* *

Mi dulce y adorada Enriqueta:

Ante todo, y para tu entera satisfacción, solamente hasta esta fecha te he puesto las cuatro orejas, pero sólo en una ocasión, el día de la carrera Panamericana en compañía de Pastana y Gamaliel. Fuera de esta ocasión te he sido fiel en todo y por todo. (1) (Esto escrito a lápiz plomo). Anoche, día 13 de abril, soñé que me moría o me estaba muriendo; fue una impresión sumamente rara la cual en estos momentos todavía la estoy sintiendo: es una especie de debilidad somnolienta. Pudiese ser que se tratara de falta de sueño o algo por el estilo. ¡quiera Dios que así sea! Si es para ya acabar mi vida, no tengo más que decir con toda sinceridad: "Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Sólo siento no poder terminar este mensaje final para todos y todas mis amistades y parientes.

Hasta el lunes, si Dios me presta vida.

Hablando de otra cosa, créeme que tú has sido para mí el amor más grande de mi vida; tú fuiste para mí todo, mi fe, mi luz, mi amor, mi ángel salvador y redentor, mi idea de pecado,

(1) y créeme que ese único día, sin ningún provecho gozoso ni para mí ni para mis acompañantes, debido a que casi todo el regreso vinimos juntos a la Camioneta en que venían Lolita y Rosita.

pues te deseaba y nunca hasta ahora (abril 14-15) te he faltado al respeto. Me duele sobremanera dejarte en este mundo, pues por ser tan buena conmigo, como eras, seguramente sufrirás por mí, pues aunque me esté mal decirlo, no hay pocos muchachos que tan hipócritamente se portan aparentando ser buenos teniendo el alma y corazón en el último estado de descomposición. Pero todo esto hasta ahora lo descubres, pues tengo la absoluta certeza de que tenías una opinión contraria a la verdad; me arrepiento y te pido que me perdones, pero créeme que poco a poco me fue tentando Satanás y aunque la mayor parte de las veces lo vencía, en muchas ocasiones, fui vencido y derrotado cometiendo unos pecados espantosos, créeme que a veces me despreciaba con toda mi alma, casi siempre después de pecar.

(Este borrador está escrito a mano con tinta azul).

*
* *

—¿No es verdad, lector, que Juanito era un hombre y un verdadero valiente?

El Anima de Sayula

EL POEMA.—Creo que nada se arriesga con afirmar que el poema satírico a que voy a referirme, si no es conocido de los lectores, no es tampoco ignorado en la medida de no tener referencia alguna acerca de su texto o de su nombre. Por la naturaleza de la publicación que da hospitalidad a esta nota, no es posible transcribirlo íntegro, pero en sus pasajes inofensivos lo doy a conocer con el objeto de ilustrar los juicios y comentarios que esta producción literaria merece.

En un caserón ruinoso,
de Sayula en el lugar,
vive Apolonio Aguilar,
trapero de profesión.

Hace tiempo que padece
hambre voraz y canina
y por eso está que trina
contra su suerte fatal.

No se emborracha ni juega,
sólo comer es su vicio,
pero anda mal el oficio;
ni para comer le da.

Cuatro tablas, dos petates,
un bacín roto, de barro,
cuatro cazuelas y un jarro
son de su casa el ajuar.

Su mujer y sus hijuelos,
macilentos y hambreados,
con semblantes demacrados,
piden pan con triste voz.

¿Pan ahí? Ni por asomo,
hambre sí, disgustos mil
en aquel chiribitil,
a pasto y a discreción.

Llanto sólo de miseria,
que goteando noches, días,
apagó, dejando frías
las cenizas del hogar.

Por eso el trapero esconde
entre sus manos la cara,
maldice su suerte avara
que le causa tal dolor.

Y fijando en su consorte
la penetrante mirada,
con voz grave y levantada
de esta manera le habló:

"Es preciso que ya cese
esta situación horrible...
vivir así no es posible
harto estoy de padecer

"Me ocure feliz idea
que desde luego te explico:
esta noche me hago rico
o perezco en la función.

"Tú sabes que en esta tierra,
entre la gente de seso,
se cuenta cierto suceso
que ha causado sensación.

"Se dice, pues, que de noche,
al sonar las doce en punto,
sale a penar un difunto
por la puerta del panteón.

"Que las gentes que lo ven
huyen a carrera abierta
y cierran todos la puerta
encomendándose a Dios.

"Que, por fin, un desalmado
se encaró ya con el muerto,
mas de terror quedó yerto,
patitieso y sin hablar.

"Esto lo aseguran todos,
y mi compadre José
me 'la jurado, por su fe,
que también al muerto vió.

"Me asegura que ese muerto
tiene la plata enterrada

y busca gente templada
con quien poderse arreglar.

"Y me aconseja que yo,
deponiendo todo miedo,
acometa con denuedo
la empresa del fantasmón.

"Pues bien, me siento con
(bríos
para hablarle al mismo
(diablo
y a ese muerto yo le hablo,
aunque fallezca después.

—Por Dios, Apolonio, dijo
su mujer, muy aflijida,
no juegues así la vida
deja a los muertos en paz.

—Señora: no retrocedo,
es una cosa resuelta,
si pronto no doy la vuelta,
prepara mi funeral".

Dijo... y con paso veloz,
pálido como un difunto,
salió de su casa al punto
camino para el panteón...

Envuelto en tinieblas yace
de Sayula el caserío
y aspecto triste y sombrío
allí reina por doquier.

Lóbrega la noche está
y al soplo del viento frío,
gimen los sauces del río
con quejumbroso rumor...

Algún pájaro que pasa
por las tinieblas perdido,

lanza fúnebre graznido
al ir de su nido en pos.

Camina, pues, atrevido,
aquel hombre de faz yerta,
y por fin se ve en la puerta
de tenebroso panteón.

La silueta del trapero
que a la ventura de Dios
va de la fortuna en pos
hasta vencer o morir.

Por fin, de repente, suenan
doce lentas campanadas
cuyas notas compasadas
vibran con sordo rumor.

Notas tristes y solemnes
cuyo sonido retumba
como el eco de una tumba
en el pecho de Aguilar.

Cruza el dintel el fantasma,
mudo, rígido, sombrío,
como el sepulcro más frío

y horrible aborto de horror.

Lleva cubierta la faz
con negro y tupido velo
y arrastrando por el suelo
lleva un sudario también.

Aguilar de estanto yerto
y erizado su cabello,
con agitado resuello
corre tras de la visión.

Haciendo un supremo esfuerzo
cual si jugara la vida,
con la voz despavorida,
de esta manera le habló:

—“En nombre de Dios te pido
me digas cómo te llamas,
si penas entre las llamas
o vives aquí entre nos.

“¿Qué buscas en estos sitios
donde a los vivos espantas?
Si tienes talegas, ¿cuántas
me podrás proporcionar?

La respuesta del fantasma ya no es publicable, porque su procacidad solamente es admisible para quien tenga la capacidad necesaria, en relación con la cultura indispensable, para el aprecio de la sátira.

POESIA SATÍRICA.— En poesía se llama Sátira “a cualquier poema en que se censuran los crímenes, los vicios o las simples ridiculeces de los hombres... La censura puede hacerse en tono serio, en tono jocosos... El segundo (modo o tono) conviene cuando no se quiere más que ridiculizar los caprichos, los ligeros defectos, las debilidades y miserias a que suelen estar sujetos los humanos. Porque el poema satírico tiene como objeto la reforma y corrección de las costumbres públicas y la destrucción de los errores, pertenece a la clase de los (poemas) didácticos”. Las afirmaciones de la Preceptiva que hemos presentado entrecomilladas, son de interés para las conclusiones

que me propongo formular, y ruego a los lectores que les dediquen alguna atención.

VERSOS PROHIBIDOS.— La publicación en que ven la luz estas líneas, está al alcance de chicos y grandes, instruidos o ignorantes, y de allí que no se puedan, como ya advertí al principio, citar todos los versos que integran la composición que se estudia, ya que las diferencias de ilustración no permitirían una conveniente respuesta intelectual de parte de todos los lectores. Llenando este vacío que hace nuestra propia censura, puede anotarse que el "Anima" que con seguridad no es tal, o si lo es exhibe una inmoralidad carnalísima, contesta al atribulado trapero en forma pícaro y grosera. Apolonio reniega de su suerte por lo que le sucede y llega a sospechar que es víctima de una fea broma de su compadre José. Finalmente, la moraleja que se ofrece al lector, constituye una cruda advertencia para que prevenga peligros como los que implica el trato con ánimos tan majaderas.

HISTORIA.— El regocijado autor de este popular poema satírico —y llega esta nota al cumplimiento de la promesa encerrada en su título— se llamó Teófilo Pedroza, y fue originario de La Piedad de Cavadas. En el último tercio del siglo pasado se trasladó en compañía de su familia a la ciudad de Zamora, en donde tuvo a su cargo la Notaría Pública. Don Teófilo fue muy amigo de Margarito García, dueño del rancho de "El Ración", inmediato a la ciudad, y en donde fue escrito el poema que comentamos, en el año de 1897. La esposa del poeta vive aún y cuenta ochenta años de edad.

Todos los datos que estoy aportando me fueron proporcionados por el hijo del escritor, Carlos, quien tienen 55 años, nació en Zamora, Mich., y en dicha ciudad residió hasta 1938. Contaba 11 años cuando murió don Teófilo, y aún cuando no estaba en edad para darse cuenta del interés que tenían las cosas de su padre, nos asegura que el poema se debe a la inventiva de su progenitor, y que ni éste, como suele contarse al pretender identificar al autor de "El Anima de Sayula", fue boticario, ni, consecuentemente, escribió el poema para vengarse del pueblo que lo lanzara vergonzosamente por haber surtido, por equivocación, una fórmula que resultó mortal. También me cuenta que el original manuscrito del "Anima" se encuentra en poder del ex-Presidente Ortiz Rubio quien se la pidió prestada hace algún tiempo, por conducto del extinto general Octavio

de la Peña. —Mi padre, sigue diciendo, escribió mucho y he podido saber que regaló sus trabajos al señor Licenciado don Perfecto Méndez Padilla quien, a su vez los cedió a su hijo Gabriel Méndez Padilla, recientemente fallecido. Me dicen que don Gabriel publicó en una Antología que no he visto, algunas composiciones serias de mi padre.

EL HIJO.— Carlos Pedroza, como ya he dicho, tiene 55 años de edad y vive en esta capital en la calle de Canarias, número 339, en compañía de su esposa doña Natalia Vázquez, y de sus siete hijos: Carlos, Gerardo, Enrique, María del Carmen, Benjamín, Roberto y Rogelio. Como existen muchas ediciones piratas del "Anima", se nos ha explicado que esto se debe a que la Secretaría de Educación se ha negado a hacer el registro de la propiedad literaria, fundándose en que don Teófilo Pedroza fue un escritor pornográfico. Sin embargo, —me ha dicho don Carlos—, la cosa no ha de ser tan grave, pues en alguna ocasión Raúl de Anda me mostró autorización de la citada Secretaría para hacer una película con el tema del trabajo de mi padre. La garantía de que Teófilo Pedroza es el autor de la Sátira que nos ha ocupado es, pues, la información testimonial. Entre quienes pueden declarar en este sentido, se encuentran los señores Rafael Alvarez y Alvarez, Francisco J. Mújica, Fidel Navarrete, Luis Jiménez García, Jenaro Melgoza, Camerino García, y muchas personas más.

JUICIOS.— Se ha dicho que el poema de Pedroza es pornográfico. Yo afirmo que es satírico, porque "censura los vicios o las simples ridiculeces de los hombres", usando un tono jocoso como conviene cuando "no se quiere más que ridiculizar... las debilidades y miserias a que suelen estar sujetos los humanos". Recuérdese que recogimos lo entrecomillado, de autores muy valiosos en Preceptiva.

Si Pedroza se vale de la atribución al "Anima" de una aberración sexual, precisamente el recurso demuestra que en manera alguna teme el contagio, y que tal deformación fisiológica es moralmente tan intolerable que se le dedica una censura aludiéndosela como lo más ridículo que puede ocurrir a un hombre. No se goza el poeta con el manejo de ideas procedentes de costumbres equívocas, ni con los términos procaces que usa, ni con las imágenes que sugiere: el poeta se regocija y regocija tan sólo en la medida en que ridiculiza.

El trapero —el tipo escogido parece confirmar el espíritu europeísta de Pedroza, pues se cree que fue de ascendencia portuguesa o italiana— representa al hombre miserable, más que en lo material, en el orden del espíritu, ya que es un mentecato que espera redimirse por intervención de agentes sobrenaturales. La esposa, en su plano, completa la figura, pues en lugar de abogar por la paz de los muertos, debería haber atacado los estúpidos propósitos de Apolonio. Los hijos no son sino la miseria personificada por la inocencia bajo la tutela de la ineptitud. El compadre José es Pedroza mismo gastando imaginariamente, o bien dentro de la realidad, una broma al dolor. Tal es la alegría inteligente.

Los lectores tienen al frente el retrato del escritor. No tiene una cara maliciosa, sino melancólica. Y es que los escritores regocijados han sido tristes, porque han sido espíritus penetrantes que han logrado hundir su mirada espiritual en las profundidades desencantadoras de la naturaleza humana. Tales debieron ser los semblantes de Swift, Rabelais, Aristófanes.

Quiero terminar esta nota sugiriendo que se haga una edición de las obras completas de Teófilo Pedroza, con la colaboración de su hijo Carlos, como un homenaje a quien tuvo el acierto de reír en vez de odiar, dándonos en la carcajada o en la sonrisa un recurso para combatir el rencor, el resentimiento. Demos gracias al poeta que nos enseña a ser piadosos.

Mónico Gallegos

FALSIFICADOR Y FALSARIO

*¡S*í!... yo acuso a Mónico Gallegos de falsificador y de falsario. Atribuir a alguien actos anexistentes o a las cosas cualidades inadecuadas, debe estar penado por la ley. Hacer objetos de valor aparente y afirmar imposibles, son hechos cuya equivalencia es ésta: falsificar la realidad, cultivar el engaño. Pues bien, toda la vida de Mónico Gallegos se nos presenta bajo estos dos punibles aspectos; no hay nada auténtico en la existencia de Mónico: Su persona física no fue sino un fraude al vigor; su mentalidad, un capricho de la naturaleza concreto en una deformación; su alma —si es que el alma existe— un anacrónico misterio. Careció de riqueza por falta de capacidad aprovechadora. Su conducta fue la de un maniático. Su ideal, una quimera, una alucinación; su porvenir, ya lo veis, ha llegado con su muerte y podéis conocerlo plenamente abriendo una sepultura antigua. ¡Todo en tal hombre fue transitorio y feo como sus trajes siempre sucios; todo en él poco firme como su paso lento y quedo. Nada nos deja, sino un raquítico recuerdo al cual me opongo!

Si como persona física constituyó un mal ejemplo que no debemos seguir, como intelectual fue un parásito inútil y como maestro un ser estafalario. Además, siempre saturó de odio sus actos: No usaba las palabras que todos usamos; procuraba saber cosas que nosotros no sabemos; le repugnaba pasear a la hora en que nosotros paseamos y —más aún— sus pasos revelaban el deseo de no pisar la tierra que pisamos. Cuandoambulaba por nuestras calles, tres horas antes del alba, mono-

logaba en idiomas desconocidos y se dirigía a las estrellas llamándolas con nombres de mujer, mientras en otras ocasiones, daba atributos de estrella a mujeres cuyos nombres le parecían —¡qué absurdo!— musicales. No estoy de acuerdo con don Rubén Romero que lo llamaba 'incomprendido', porque ese juicio es demasiado piadoso, y la piedad, casi siempre, es un peligro. Cómo tolerar que se llame "polígono pentagonal envuelto en listoncillos silvestres", a una corunda? ¿Por qué hemos de permitir que se llame a un carbonero, "rústico morador de las selvas umbrías, que expende madera calcinada conducida sobre los omóplatos pacientes de un pollino"? ¡No, mil veces no! Es un afán de esquizofrénico calumniar lo que los sociólogos llaman función mental colectiva, aludiendo al lenguaje. Se trata con ello de postular el irrealismo, de predicar la muerte, y quien tal hace, la merece. Mónico enseñaba que era bueno llamar a las mujeres con nombres de flor; aseguraba que "la mujer, la fuente y la flor eran hermanas"; hablaba de amor en forma tonta y rara, y al hacerlo, pronunciaba palabras extrañas como Diótima, Safo, Alcibíades, Sócrates, Platón, Magdalo, Rabí. Mónico Gallegos es, pues, un falsario y un falsificador. ¡Pido que condenemos a muerte su memoria!

Tal fue el discurso que Sancho Panza pronunció ante el Tribunal de Sentido Común, y fue muy aplaudido por los hombres normales. Vibraba en el ambiente algo como el eco de un sonoro rebuzno: el Rucio festejaba a su amo.

II

¡Malum Signum, Malum Signum! Mal anda el mundo, Sancho, puesto que tu palabra es la señal de este tiempo: tú eres sacerdote que predica, gobernante que manda, maestro que enseña, fiel que reza, ciudadano que obedece, discípulo que aprende. Todo lo eres, viejo amigo, y con todo, tu majadería no mata mi esperanza. Ahora, has acabado de hablar, diciendo en un mínimo de tiempo un máximo de disparates. Afortunadamente, el destino unió nuestras vidas y lo que tú haces mal, he de enmendar yo, hasta que seas confirmado como caballero del ensueño con los óleos sagrados del quijotismo. Si no ves claro esto, recuerda que en aquella historia que de nosotros escribió Cervantes, yo, antes de morir, me retracté de mi locura, mientras tú descendiste —dicen, pero yo aseguro que ascen-

diste— a ella, ocupando mi lugar. Tú, Sancho, nunca fuiste mi antagonista, sino mi piedra de toque. Por eso Cervantes que me traicionó al atribuirme una claudicación al narrar mis últimos momentos —nunca pudo encontrarme más indefenso para su propósito— deseando complacer al cura y al barbero, —cayó en su propia trampa: queriendo matar mi locura la hizo inmortal; haciéndola desaparecer de mí, te ungió con ella, sin tener en cuenta tu falta de madurez y virtud para tal sacerdocio. ¿Recuerdas? Cuando él dice que yo abominaba de haber sido caballero andante, cuenta que tú me invitabas a ser pastor. Ahora escucha y date por reprendido: Hay pupilas como las de las águilas y las de los condores, que resisten retadoramente la mirada del sol, porque en ellas vibran las supremas energías ígneas de ese estrella. Hay también inteligencias que resisten grandes claridades, porque en ellas vibra la esencia inteligente de Dios. De esas era la de Mónico con todos los que tú has llamado sus vicios. Sin ellos, te hubiera cegado como ciegan los rayos solares. Sus defectos fueron como el humo que opaca el vidrio que permite observar la gran estrella, al medio día; como la espina que defiende a la flor coexistente con ella. La sombra nocturna permite la contemplación de los luceros que condecoran el cielo. Desconoces los idiomas que el maestro hablaba, porque no sabes a qué tiempo correspondía su pensamiento. Dicen que las flores son almas de mujer que esperan un cuerpo para animarlo, y que las estrellas son las "sombras" de las mujeres que lograron escalar los cieos del amor elevado. ¿Por qué, pues, te extraña que llamara a las estrellas con nombres de mujer y diera a las mujeres atributos de estrella?

No estés tampoco seguro de que "hablaba solo". A su lado caminarían tal vez, amables fantasmas. Quizá dialogaba con las sombras sutiles, —invisibles para tí— de Safo, de Santa Teresa o de Sor Juana. Probablemente, cuando hablaba de amor, lo rodeaban las egregias figuras de Diótima de Mantinea, de Sócrates o de Platón. Criticas, por otra parte, su carencia de fuerza, sin saber qué es la fuerza y que de nada sirve si no la conducen los ideales, y cuando llamas a su alma un misterio anacrónico, ignoras que los misterios, como tú los concibes y enfrentas, son eternos. Al hablar de su pobreza, desconoces que son distintos el éxito y el triunfo de la virtud. Te molestó lo "lento y suave" de sus pasos, y sin embargo, "los pensamientos que vienen con pies de paloma son los que rigen al mundo".

Cuando ironizas su traje, no recuerdas que no es lo que el hombre lleva encima lo que puede degradarlo, sino lo que hace, y llamas quimera a su ideal, como si hubieras logrado "penetrar su vida, comprender su embeleso". No, Sancho, no comprendiste su mentalidad y su porvenir no lo conocerás siguiendo las vías que elegiste, porque el tiempo que se mide con relojes es el único que existe para tí. El tiempo-vida, que diría Heidegger, hasta muy tarde lo conocerás. En suma, no has juzgado bien a Mónico, porque, respecto a su odio, te equivocaste: Fue profundamente piadoso. Por eso te pareció estraçalario. Por piedad, cambió el nombre a las cosas dolorosas o feas, para quitarles la fealdad, el dolor o la capacidad de producirlo, hasta donde fuera posible. Como maestro, enseñó doctrinas positivas, ideales firmes. ¿No lo viste aconsejando a los niños honrar y respetar la vieja y desusada bandera de lo heroico? Con ello exaltaba el amor a la tierra, porque la patria —predico Chateaubriand— se encuentra entre la inmovilidad de la tumba y el vaivén de la cuna, entre la tierra que guarda los huesos de nuestros antepasados y la que sostiene a nuestros hijos cuando juegan, mostrándonos en sus ojos el porvenir; el amor a los hombres, la aspiración a la inmortalidad. No niegues lo que no conoces. "Lo insondable llaman los peces a las regiones profundas en que no pueden penetrar". Tú, Sancho, eres como los peces, cuando pretendes juzgar a Mónico Gallegos, amo y señor de "las horas más silenciosas".

Así habló el Caballero de la Triste Figura, pero nadie lo escuchó, porque ya el salón del Tribunal del Sentido Común estaba vacío. Solamente Sancho lo miraba sonriendo bonachonamente, con rústica malicia.

Con Herminio Ahumada

Al Toro Pintado" es una taberna íntima que Herminio Ahumada instaló en su casa, la que comparte con su suegro, (mejor sería decir padre político) el Lic. don José Vasconcelos, de la calle de Las Águilas, en San Ángel. Se trata de una pieza comunicada con la amplia cocina de la residencia —y el gastrónomo Thumada supo bien lo que hizo logrando esta situación— que sobre la pared, arriba de la puerta, ostenta en letras de tipo idóneo: "Al Toro Pintado", —Famoso por las botanas que personalmente prepara su Patrón. En el interior, para el que entra, la mesa paralela al muro; siguiendo el costado derecho, los asientos fijos conforme al trazo de la mesa; a la izquierda, un estante adosado al muro muestra gran cantidad de botellas de Whisky de diferentes marcas, y en igual prodigalidad y variedad, el cognac, los vinos de mesa, jereces, moscateles y cremas. En curiosa y desordenada fraternidad, pueden verse quesos de todas clases, latas, embutidos, jamones, tazas y platos, tenedores y cuchillos. Decoran las paredes libros, cuadros de conocidas firmas de México y del extranjero, testimoniando a Herminio la estimación de maestros, y algunas veces de estudiosos pintores, pertenecientes a diferentes y aún disím-bolas escuelas o tendencias pictóricas.

En la camioneta de Salvador Azuela habíamos llegado Ahumada —citémoslo primero para darle el lugar que merece un anfitrión de su categoría,— sus hijas —paso a la belleza— el Lic. Andrés Pedrero, Azuela, Juan Hernández Luna, Cuevitas y yo. Veníamos del Panteón Jardín en donde habíamos estado acompañando a su última morada a don Samuel Vasconcelos, muerto repentinamente el día anterior, en la casa que habitaba

completamente solo, con un gesto de injustificada misantropía. El Lic. Ahumada, jovial, sano como un ex-campeón de los doscientos metros, insistió con su acostumbrada gentileza, en que pasáramos al interior de su domicilio a tomar un highball. Con las renunciaciones —no muy firmes— de Azuela y Pedrero, entramos a la casa de Las Águilas, no parando la penetración hasta que Herminio nos mostró con el índice, y sonriendo, el rótulo que expresa el nombre de la tabernita. Ya instalados, bebimos las tres primeras copas con acompañamiento de gruesas rebanadas de queso tomadas de un par de unidades que nos fueron aproximadas: un magnífico "Provolone", y un "ranchero" de inconfundible gusto mexicano. Las reticencias de Juan Hernández y de Azuela, representativos de la Filosofía, fueron disminuyendo a gran prisa, y el filoso cuchillo hacía estragos sobre la suave y apetitosa pasta de los quesos. El único reacio para comer, era Padrero.

Nuestro anfitrión estaba radiante de alegría, porque sus amigos, sus viejos amigos y correligionarios de 1929, le habían dado la oportunidad de servirles, actitud que siempre se nota en el hombre civilizado, saludable y felizmente libre de complejos. Comentaba con su voz varonil, jovial y fuerte, sin dejar por ello de estimularnos a honrar al TORO, las pinturas, los lemas y textos en latín, legítimo, que tiene suspendidos sobre las paredes en cartulinas perfectamente enmarcadas; dichos y apotegmas que elogian el buen comer y beber, sin escatimar exigencias al que quiere ser buen discípulo de un correcto pantagruelismo. Pero, sobre todo, hablaba Herminio de literatura. El publica sus ya famosos "Cuadernos" en los que da a conocer producciones de sus amigos, o escritores inéditos de firmas valiosas, obras que en alguna forma han ido a parar a sus manos. Con absoluto desinterés editorial, hace tiros de ciento cincuenta ejemplares que regala a sus amigos con las dedicatorias que merecen, cediendo cincuenta al autor agraciado. Alguna que otra vez, el Cuaderno contiene cosas suyas, pues ha de saberse que este deportista y gran condimentador de botanas, cultiva las letras desde los 11 años. A la altura de tres o cuatro servicios en que cada quien tomaba de lo que quería, se presentó con una bandeja conteniendo apetitosas manitas de cerdo que en poco tiempo desaparecieron rociadas con el vino de nuestros vasos que paradójicamente nos daba inmediata frescura, mientras iba "poniendo fuego en nuestras venas".

Dos o tres libaciones más, y Ahumada, portador de una nueva bandeja, sonreía feliz al deshacerse en elogios a una lengua de res recostada en ella, y que nos ofrecía "calientita", recién horneada. El tema de su charla, a esas alturas, era la crítica a los políticos venezolanos, revolucionarios enemigos del régimen que siguió al de Rómulo Gallegos, porque habían omitido invitar a una celebración al Lic. Vasconcelos, quien siempre combatió la dictadura de Juan Vicente Gómez, mientras que el discurso oficial lo habían encomendado a don Nemesio García Naranjo, viejo reaccionario.

—Panegirista don Juan Vicente,— completó Pedrero.

—Pues fíjense ustedes: el último de mis "Cuadernos" lo dediqué a Andrés Eloy Blanco, recientemente muerto, poniendo como prólogo una nota del maestro (el Lic. Vasconcelos) en la que trató con despectiva liberalidad al grupo venezolano militante, pero exaltando la valía de Blanco con el vigor y la penetración que le son características. Pues tuvieron la audacia de ir a mi Despacho a reclamarme por una parte el aspecto editorial, porque —dijeron— sabían que se estaba vendiendo a cien pesos el ejemplar.

Hombre, —dijo Azuela riendo,— todo el mundo sabe que tú realizas esa labor sin buscar utilidad alguna.

—Así es, pero también es cierto que el librero exigía el precio denunciado por los reclamantes, porque así se lo había pedido yo, sabedor de que dichas personas irían a tratar de retirar los ejemplares que por mi indicación se exhibían en los escaparates de la librería, descontentos con el prólogo: sabía yo que así actuarían, a pesar de estar enterados por una carta que había dirigido a la viuda de Eloy, adjuntando un ejemplar de que los cincuenta destinados a ella estaban disponibles. La exhibición no tenía otro objeto que honrar al escritor desaparecido. Así que cuando estuvieron en mi Despacho.

—Los debiste echar con cajas destempladas,— aconsejó Pedrero.

—No fue así. Con toda calma les expliqué lo que ya ustedes saben de mis afanes de editor y los fines inocentes con que a ello me dedico. Una vez más les dije que los libros destinados a la viuda estaban disponibles, y que por lo que veía a las opiniones del maestro, podía compartirlas o no, pero que no deseaba ocultarlas, interesándome sobre todas las cosas la autoridad del escritor en cuanto enfocaba la calidad del poeta que fue Eloy. Por fin se fueron.

—Mientras está el pavo, para que vayamos a la mesa, —entró diciendo Ahumada, después de uno de sus constantes viajes a la cocina con que interrumpía su plática,— les voy a leer algunos poemas de mi cosecha. Unos están publicados, y éstos —señalaba algunas cuartillas de su carpeta— están recién hehecitos.

—Antes de ese banquete espiritual —intervino al fin Juan— ¿nada dijo usted a los venezolanos acerca de sus incongruencias respecto a la preferencia manifiesta a García Naranjo?

—Sí, les dije. Aclarando el punto de vista editorial, y demostrado que yo no hacía negocio y que el prólogo contenía lo que yo deseaba: un elogio cumplido al poeta, objeté finalmente la falta de congruencia en la ortodoxia de su partido al preferir, distinguiéndolo con el encargo de orador oficial en la celebración de marras, a don Nemesio García Naranjo, botafumeiro del dictador. Precisamente entonces fue que se despidieron sin absolver posiciones.

Y Ahumada nos leyó algunos de sus versos. Un poema dedicado a Pedrero, otro a Azuela, afirmando que contenía la expresión de similitudes en la actitud axiológica de ambos: el poeta y el inquieto Director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Yo observaba regocijado las caras de los comprometidos, porque Azuela cuyo anticlericalismo comparto y profeso, no podía concebirse admirando a algunas gentes citadas en el poema, siendo tan prestigiadas en el rol de los valores ultramontanos.

La pieza final leída por Herminio, fue una producción dedicada a alabar el menosprecio de las preocupaciones del saber científico como meta fundamental y exclusiva de la vida, porque el bardo considera más importante y más sabio dedicar nuestras mejores horas a contemplar las rosas y a agradecer con cantos las dádivas que "la suprema Sabiduría y el primer Amor" —préstenos el Dante sus palabras— nos dió con el color y con el aroma.

A intervalos, entre poema y poema, Ahumada nos seguía anunciando el pavo, pero nosotros estábamos ya de acuerdo en no excedernos en cosechar más atenciones, y decidimos marcharnos. Así se lo dijimos.

—No se irán sin tomar, en el jardín, una taza de café.

Y con exquisita insistencia nos condujo bajo el frondoso castaño de su huerto en la parte posterior de la finca.

Llamaron del interior a nuestro anfitrión, y cuando regresó saltaba alegre como un niño gozoso:

—Acaba de llegar el Maestro Vasconcelos,—dijo— y no se irán, porque no pueden dejarlo comer solo.

¡Estaba escrito que con apetito mellado por las botanas, tendríamos que hacer honores al pavo anunciado, en compañía del filósofo del Monismo Estético. Sino que comer y charlar con Vasconcelos merece nota aparte, y lo haremos poniéndole por título MATE, por razones que verá el paciente lector que aguante su lectura. Entre tanto, entremos al ritornelo: "AL TORO PINTADO", es —como se dijo al principio— una taberna, y el moralista puede asegurar que si cada mexicano dispusiera de una en su propia casa, ello equivaldría tener al diablo presidiendo en cada hogar. Pero puede asegurarse que una taberna como "AL TORO", es una institución respetable, valiosa y sagrada. Imite el que quiera, más bien el que pueda, a Herminio Ahumada y coma a su estilo finas carnes, quesos magníficos, preparaciones succulentas y sabrosas, regado todo con vinos y licores de las más acreditadas existencias en el mercado; pero más que nada, copie el ambiente del TORO: allí se habla de amistad, de la Patria, de la Ciencia, de la Filosofía, de la vida de México, con euforia creadora. Así se verá que cuando los eruditos entran en desazón, porque no saben si Omar Khayyam en las páginas melodiosas de sus Rubayatas, canta a los templos o exalta el prestigio de las tabernas —la mayoría de los traductores usa la palabra taberna al vaciar las alusiones respectivas en los originales,— están fuera de lo razonable, porque no se trata en uno o en otro caso de términos excluyentes. Un templo —hablando con religioso escrúpulo,— tal vez no pueda ser una taberna, pero una taberna sí puede ser un templo, cuando en su interior, como en una morada del espíritu, se libe, se comulgue y se predique la verdad, la belleza, el bien: el amor "entre los hombres de buena voluntad".

Loemos, pues, a Herminio Ahumada, porque ha instituido en el seno sagrado de su casa, "Al Toro Pintado", para recibir amigos, a diferencia del hospitalario Rey de la parábola de Rodó que dedicaba el recinto más recóndito de su palacio a la soledad mediadora, un tanto cuanto huyendo de la vida. Oficie en su taberna el poeta amigo y beba no sólo de los vinos de su alacena pródiga, sino de su inagotable lagar interior —su alma creadora— "secundum ordinem" del gran Rubén Darío: Toma la copa y bebe: la copa está en tí mismo.



Don Alberto Trécani

Fue en los tiempos gloriosos de la sencillez democrática del Gobernador don Enrique, cuando hubo en la capital del Estado un Alcalde de quijotesca figura, neurasténico, algo poeta; hombre comprensivo hasta el grado de manifestarse irónico y partidario del discreto buen humor. Entre las cosas que se saben de don Luis, que en paz descanse, pueden enumerarse las siguientes: fue diputado al Congreso local, perteneció a la generación de poetas que publicó, entre otras, la revista literaria "Flor de Loto"; combatió las cefalalgias (acefalías hubiera dicho nuestro inolvidable Ríos Gómez) que le ocasionaban los ayunos, con aspirinas de "a dos por cinco" que le proporcionaba otro vate amigo a quien los azares de la vida habían convertido en bañero masagista (oportunidad que siempre fue motivo de envidia terrible para el célebre Profesor Marín, jefe de los 18, que con tan escaso número trató de emular al famoso clan de los 41); fue don Luis como se ha dicho, Presidente Municipal de la ciudad, y en esos días, aparte de recorrer por las noches las calles de la urbe, envuelto en amplia pelerina y tocado con faldudo chambergo, ambos negros "como el ala de los cuervos fatales", para escarmentar a quienes dudaran de la vigilancia del Ayuntamiento sobre los dormilones gendarmes o de la honestidad bien resguardada de los empleados municipales afectos a las "pagarias copas de otros labios" o simplemente con

respetuoso de la legislación de nuestra patria, y además estoy de acuerdo con ella. Como en el orden puramente moral no podría justificarse la conducta de los miembros de la Tribu, en el mismo orden se encuentra la única posibilidad de demostrar que recogemos respetuosamente el sentir público para actuar al frente del gobierno municipal; y como en este caso hay críticas y anhelos represivos, lo único que podemos hacer es llevar el problema a los campos risueños y piadosos de la ironía. Y de esta idea nace el propósito que pongo a consideración del H. Cabildo: propongo que se ordene teñir de rojo la banca que usan don Alberto Trécani y los suyos; así, Mayés Navarro llamaría a Trécani "El Jefe de la Tribu de la Banca Roja", con lo que dará motivo a regocijados comentarios que aplacarán la inconformidad, un poco mojigata, de los quejosos, y el ambiente humorístico que con esto se produzca, obligará a los contertulios a disolverse o a cambiar el lugar de sus reuniones. He dicho".

El acuerdo hubiera sido en el sentido propuesto, pero repetimos que el Presidente Municipal no hizo ninguna consulta y sofisticamente justificó la jocosa hostilidad a la tribu, diciendo que al pintar de rojo "su" banca, realmente honraba al grupo con la distinción, toda vez que en cierto modo oficializaba sus actividades de ágora, siendo de notarse que usaba el color rojo, teniendo en cuenta que era con el se representaban, según Rosendo Salazar, Guadalupe Escobedo y Antonio Días Soto y Gama —rojillo entonces— los ideales de la humanidad "más avanzada".

En el siguiente número de su Revista, Mayés Navarro —Pinocho,— publicó una caricatura de Trécani con este pie: Don Alberto Trécani, Jefe de la Tribu de la Banca Roja.

Excepción hecha de una leve y transitoria curiosidad, ninguna de las previsiones del Alcalde se realizó, y a las sonrisas que motivó el color encendido de la banca, correspondió el patriarca del grupo con un rosario de sonoras mentadas de madre dedicadas al buen humor del Ayuntamiento, pronunciadas sin ánimo hostil, sino muy cordiales, según su reconocido modo de expresarse. La caricatura de la revista fue perfecta. Representaba a don Alberto con su cachucha de piel de huinduri, cubriendo los cerdosos pelos que adornaban aquella cabeza, grande, pero proporcionada al carpachón que a las horas de "tenida" —de las seis de la tarde en adelante— se veía abriga-

do, en los días fríos, por una especie de sotana sin mangas con botonadura frontal en toda su longitud, —del cuello hasta un nivel inferior a la rodilla— con esclavina o capita que partiendo del cuello cubría espalda y brazos. El rostro era impresionante, en la realidad no captable por el dibujante, porque su óvalo casi se transformaba en círculo. De color blanco, aparecía rojizo, ligeramente oscurecido por la barba que revelaba rasuras de tres en tres días. Las rasuradas eran parciales, porque la piocha sólo era recortada por exigencias de varonil aliño y el recorte del bigote nunca toleró guías. Bajo la frente noble dos ojillos cafés tirando a glaucos, brillantes y expresivos, entre los que nacía una nariz de dimensiones correctas, pero de amplias aletas que la hacían aparecer un tanto cuanto roma. La boca de labios delgados, armada de poderosos dientes que dejaban marcadas sus presiones en el puro, nunca fue acusada de crueldad —de la que dicen ser señal los labios finos— sino de proferir a un ritmo acelerado las palabras insultativas, muy especialmente las que aluden a las progenitoras.

Si el Rey de la Mentada, como se solía llamar a don Alberto, era una figura sin la que no llegó a concebirse la plaza principal de la ciudad, importancia semejante tuvo en el Archivo General del Estado, del cual fue Jefe vitalicio, no obstante que, fuera quien fuera el Jefe del Gobierno y que las respectivas orientaciones ideológicas tuvieran los matices que tuvieran, él, genio impertérrito del ágora, siempre los enjuició con: agresividades de tribuno, usando para ello un lenguaje en que a la nobleza democrática de los conceptos, reunía vigorosos giros de la prosopopeya carretoneril.

Era la sensibilidad de don Alberto dueña de registros muy finos para percibir las contradicciones u oposiciones entre las ideas ajenas y sus propias ideas; los puntos vulnerables de una administración pública; los errores de su conducta. Una vez que formulaba sus juicios lógicos o sus juicios de valor, los traducía a sonoras proposiciones que respaldaba con bronca dialéctica, y que era capaz de reforzar con la intervención —casi siempre simbólica— de su grueso bastón. Sucedió esto último ante un argumento mal hecho, ante una réplica hija de nula o mala información; ante una afirmación taimada; ante una terquedad sin justificación.

Corría por las venas del Jefe de la Tribu, sangre italiana. Allá por 1870 habían culminado con la consolidación de la na-

cionalidad italiana, los esfuerzos de Manzini y de Garibaldi a cuya causa sirvieron como soldados, el abuelo y el padre de don Alberto, quien vino a México probablemente en la época de don Manuel González o quizá en 1884, en uno de los muchos periodos de don Porfirio Díaz. Esta ascendencia de carbonarios explica su afiliación a la masonería, su valentía para la crítica en materias de doctrina y administración políticas, su afición a la polémica. Por años de años fue masón, pontífice de su grupo agoral en cuyo seno a veces discutía y a veces dogmatizaba "ex banca", utilizando oratoria de ternos equivalentes a los mexicanos más agresivos. No frecuentaba otra clase de sociedad, y aunque sus ideas estaban siempre de parte de la doctrina más avanzada, no era militante de ningún partido, y rara vez se le vió concurrir a sesiones sindicales o a mitines político-electorales comunes y corrientes. Tenía el orgullo de ser una autoridad, un maestro. Y en verdad era las dos cosas, por su posición ideológica, por su conducta honradísima, por su integridad, por su trabajo permanente de expositor sui generis de su pensamiento, por su valor civil, por su bondad, por su simpatía, por su tipicidad que lo convirtió, haciéndole justicia anticipada, en elemento constitutivo de la fisonomía de la ciudad y un valor entre sus valores.

La mezcla de sangre mexicana con italiana y de la calidad de la suya, había dado aquel paquete de pasión que era don Alberto. Pero cuando no estaba dentro de su ámbito era cortés y respetuoso, sobre todo tratándose de niños, damas y personas con quienes no tenían más motivo de acercamiento que el de la cortesía.

La opinión pública de la urbe en los sectores hostiles de Trécani, no implicó nunca el odio en ningún sentido, porque los enterados restaban importancia y alcance a sus prédicas, reconociendo en el fondo, que no por ser groseramente expresados dejaban de ser justificables, y que, por lo que ve a su poder de proselitismo —no había que temer que se perdiera nada, fuera de lo que ya estaba perdido: las conciencias de Nicolás Ballesteros, el Gato Rosales, Fidencio Reséndiz, Santos García, Espino Arpide, Rodrigo Méndez, José Ramírez, don Magdaleno, Jesús Ramírez Mendoza, Othón Sosa, Antonio Mayés Navarro, José Alvarez y Gasca, El Infiernero, todos éstos, contertulios permanentes, más otros eventuales que en los más de los casos no volvían al círculo, amedrentados por la agresividad Trecaniana. Pero la razón honda de que nadie malquisiera al viejo, fue la

bondad de su corazón. Sus ideas y sus palabras fueron sus palabras y sus ideas. Pero nunca hizo daño a nadie. Tirios y troyanos lo estimaron, y los gobiernos lo mantuvieron siempre al frente del Archivo, sin importarles sus críticas. Alguna vez un gobernador de buena o mala fe le comunicó su jubilación y el pueblo todo, ante la tristeza de don Alberto, produjo tal presión, que jubilado y todo volvió a su Archivo, del que sólo se retiró con licencia, para morir.

II

Don Alberto Trécani ha llegado temprano a la "Banca Roja", porque no hubo labores en el Gobierno, y habiendo descansado por la mañana, sintió deseos de anticipar su presencia en el lugar de sus tertulias vespertinas.

La tarde es transparente. El sol ilumina aún los dos últimos cuerpos de las torres catedralicias y hace brillar uno de los cristales de la linternilla de la cupula. Niños y niñas lucen trajes de vivos y diversos colores, mientras juegan sobre la amplia banqueta, haciéndose envidiar de las rosas de los prados que visten en forma semejante y poseen la misma inocente alegría, pero carecen de la capacidad de traslado y tienen que esperar para moverse el impulso cariñoso del viento. Los surtidores arborizan los cristales del agua que para complacernos encarna el sofisma de la continuidad discontinua. Pocos adultos hay en la plaza y los niños se sienten dueños de aquel reino de luz vespéral y aromado con el aliento de las rosas. Una niña, llevando sus patines en mancuerna suspendidos del cuello, se acerca al Jefe de la Tribu.

—Oye, ¿sabes leer?

Poquito, nena —responde el viejo— ¿y tú?

—Yo no, porque no voy a la escuela todavía.

—¿No te gusta la escuela?

—Sí, pero me llevarán a la escuela hasta que tenga cinco años. Me falta uno. Y tú, ¿cuantos años tienes?

—Centenares.

—¿Qué número es ése?

—Un número muy grande.

—En tanto tiempo ¿no se te ha olvidado leer?

—No.

—Entonces, dime "qué dice" en esa tabla.

Don Alberto vuelve el rostro al lugar que el dedito de

la niña señala, y lee el aviso del Municipio colocado sobre un lotecillo del jardín:

RESPESTE USTED LOS PRADOS. NO CORTE LAS FLORES

—¿Quién escribió eso?

—Eso lo escribió un pintor por orden del Ayuntamiento

—¿Quién es el Ayuntamiento?

—Unos señores que tienen el encargo de cuidar la ciudad.

—¿Son muchos?

—Siete.

—Son muy poquitos. Podríamos cortar las flores y nada nos harían. Yo quiero una.

—Las flores no deben cortarse.

—¿Por qué? En el meracdo venden muchas. En la Iglesia también hay.

—Mira... las flores no deben cortarse, porque "están bien en su tallo"... bueno, porque es... como si se les cortara la cabecita a muchos niños; les duele... además, las flores fueron hechas para adornar los campos.

—¿Y cómo sabes que las flores sienten?

—Pues... porque si las cortas, se marchitan.

—Y si no, ¿duran siempre?

—No, porque el tiempo las deshoja.

—Y ¿no les duele que las deshoje?

—No, porque la edad las adormece.

—¿Las qué...?

—Hace que no sientan.

—Y ¿quien es la edad?

—El tiempo.

—Y ¿porqué dijiste "edad"?

—Porque pensaba en lo que dura una rosa

—¿Dura mucho?

—Tanto como la inocencia... bueno, mira... una rosa dura sólo lo que debe durar.

—Córtame tú una rosa.

—No, porque está prohibido. Esas letras que te leí dicen que no se corten las flores.

—¿Y si no estuviera prohibido?

—Tampoco habría que cortarlas, porque están allí para perfumar, para que todos disfruten de su aroma, para que todos admiremos sus colores, sintiendo gusto al ver que son bonitas.

—Pero si nadie dijera que no cartaran, ¿quién se enojaría con nosotros?

—Nosotros mismos. No podríamos dormir ni estar tranquilos, porque no siendo bueno matar, habríamos asesinado una flor, sin fijarnos en que somos más fuertes que ella, y en que nada nos hace, porque las flores no saben hacer mal.

Otra niña se ha introducido en el prado e intentando cortar una rosa, al tirar de la rama, su manecita recibe el pinchazo de una espina. La herida sangra. La pequeña llora y gimiendo se acerca a don Alberto y su interlocutora. Esta se alarma, sin que la abandone la curiosidad.

—Mira, ¿no dices que las flores no saben hacer daño?

—¿Qué te pasó? —pregunta el viejo a la niña llorosa, mientras restaña la herida, enjugándola con su pañuelo.

—Se me clavó una espina.

—Ya ves, nenita: fue la espina, no la flor.

—Sí —interrumpe la escarmentada robaflores,— pero la espina estaba en la rama del rosal.

—Eso se debe a que la vida —dueña de todas las existencias— quiere indicar con esa señal que las flores no deben ser cortadas. Ya viste el resultado.

La primera niña, la de la conversación, fija los ojitos en el pañuelo de don Alberto, que fue blanco y que ahora muestra manchas de sangre.

—Oye —dice dirigiéndose al viejo— ¡cuántas gotas de sangre le salieron! ¡pobrecita!... y acaricia a su compañerita de juegos, ya repuesta del susto y casi libre del dolor.

—Fíjate bien —afirma sentencioso el Jefe de la Tribu—, el que intenta herir a que lo hieran está expuesto.

La niña herida y curada, sin dar las gracias, se ha alejado y juega otra vez en su grupo. La niña del diálogo pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora? Tu pañuelo ya no sirve.

—Mi pañuelo se ha convertido en puñado de rosas.

—No es cierto. Lo que tiene son muchas manchas de sangre.

—Eso crees tú ahora. Cuando seas grande y te acuerdes de esto, verás que yo tenía razón. Las gotas de sangre son pétalos de rosa, de una rosa que vive dentro de nosotros y se llama corazón.

—Yo no sé qué dices.

—Ya lo sabrás. Oye, ¿quieres regalarme dos cosas?

—Si las tengo...

—Sí las tienes: que vengas a verme cuando esté aquí, es una... —¿Y la otra?

—Que me des un beso.

—Te lo doy y te diré tío.

Don Alberto ríe besa a la niña y luego ésta pone sus labios sobre la amplia mejilla a medio rasurar y que le causa escozor en la sedosa boquita. Se aleja desatando de nuevo las correas de sus patines. Amanece para ella una hora más de juego. La ronca campana de la catedral hace lo oración de la tarde. Las campanadas vibran lentamente, a intervalos largos, como latidos de un corazón a cada instante más próximo a paralizarse. La campana es como una flor que se deshoja. Amplios pétalos sonoros están cayendo de la torre.

* * * * *

Envío: estas líneas van dedicadas a los supervivientes de La Tribu. El Trécani de ellas, está visto por dentro. El estrictamente objetivo está descrito en otras páginas. Las de mi libro "LA BANCA ROJA" que, naturalmente, cuando se publique, **será un libro prohibido.**

INDICE

	Página
Don Venustiano Carranza	5
Isidro Fabela	13
D. Adolfo Ruiz Cortines	17
Las Relaciones Humanas	25
Adolfo López Mateos	29
El Discurso de Cholula	33
No Ha Muerto: Duerme.	37
Don Juan Abarca Pérez	43
Jesús Romero Flores	47
Bajo Enrique Ramírez y Lázaro Cárdenas	53
Miguel Bernal Jiménez	65
Melesio Moreno Ramos	69
Rubén C. Navarro	77
Fervores Peregrinos	83
La Rosa Blanca	91
El Viejo Taviano	97
El Maestro Serenito	103
Desde la Playa	107
Juanito el Valiente	113
El Anima de Sayula	121
Mónico Gallegos, Falsificador y Falsario	127
Con Herminio Ahumada	131
Don Alberto Trécani	137



Nombre de archivo: HOMENAJES
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos\VARIOS YA CONVERTIDOSPDF\LIBROS DE MANUEL LOPEZ PEREZ
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 01/03/2011 12:54:00
Cambio número: 15
Guardado el: 11/05/2011 15:11:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 287 minutos
Impreso el: 31/10/2011 14:43:00
Última impresión completa
Número de páginas: 129
Número de palabras: 20 (aprox.)
Número de caracteres: 110 (aprox.)